GILLIAN LARKIN



Un asesinato justo

Un asesinato justo

Gillian Larkin

Un asesinato justo

Un misterio de Julia Blake (Libro 6)

Por

Gillian Larkin

Copyright 2025 por Gillian Larkin

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin permiso de la autora.

Se trata de una obra de ficción. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Esta versión ha sido traducida del inglés original utilizando AI.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 1

«Julia, ¿cuánto tiempo me darían si asesinara a alguien?»

Julia Blake aferró el teléfono con más fuerza y se sentó en el sofá. ¿Estaba a punto de verse envuelta en otra investigación por asesinato? «Mamá, ¿qué has hecho?»

«Todavía nada. ¿Me condenarían a más de veinte años? ¿Tendría en cuenta el juez el carácter de la víctima? ¿Cómo es la cárcel? ¿Lo soportaría?

«Empiezas a preocuparme», dijo Julia.

Mamá suspiró por el teléfono. «No me hagas caso. Ha sido un día muy largo. ¿Qué tal estás? ¿Cómo va tu trabajo de limpieza? Papá dice que tienes más clientes desde que contrataste a Caín. Había olvidado que Caín ha estado en la cárcel. Quizá debería preguntarle cómo es».

«Mamá, dime qué pasa. ¿Ha pasado algo hoy en el colegio? ¿Alguien le ha molestado? ¿Ha sido alguno de los niños de tu clase?».

Mamá se rió. «Mis hijos nunca me molestan, me hacen reír todos los días. Si no fuera por sus caritas, habría dejado este trabajo hace años. Bueno, hace diez meses».

«Ah, ya veo. ¿Tiene algo que ver con tu encantadora nueva directora, la señora Paignton?»

«Desde luego que sí. Es a ella a quien estoy pensando en echar. Y no soy la única. Ha disgustado a mucha gente desde que empezó a trabajar en nuestra escuela. Estoy a favor del cambio y de poner al día la escuela, ¡pero es la forma en que lo hace! Es muy dura, no le importan los sentimientos de nadie ni cuánto tiempo lleva en la escuela».

«Mamá, cálmate. No es propio de ti alterarte tanto. Dime qué ha hecho. No te ha despedido, ¿verdad?».

«Me gustaría que lo intentara. No ha despedido a nadie como tal, pero Seth se ha ido. Hoy se ha marchado y ha dicho que no volvería. Se fue de la escuela con una cara como un trueno. Sólo sé que tiene algo que ver con Deborah Paignton».

«¿Seth? Pero lleva en esa escuela desde siempre. No es sólo el conserje, lo hace todo», dijo Julia. «¿Recuerdas hace años cuando me quedé atascada en la nieve después de dejar a Sam y Chloe una mañana? Salió con su pala y me liberó en un santiamén. ¿Cómo va a sobrevivir la escuela sin él?».

«No lo sé. Tendré que hablar con él, averiguar por qué se fue realmente. Pero tengo asuntos más urgentes en los que pensar. Y necesito tu ayuda», dijo mamá.

«¿Se trata de la feria escolar? Ya he dicho que te ayudaré. Y Caín también ha ofrecido sus

servicios».

«Lo sé, amor, gracias por eso. Es por la limpieza del colegio. Suele hacerlo Seth. Iba a darle un repaso a fondo a la sala antes del sábado. También suele limpiar las mesas y las sillas. ¿Crees que...?»

«Sí, claro que lo haremos».

«Gracias. Me quitas un peso de encima. Os pagarán, por supuesto. Ya he hablado con Deborah y está contenta de tenerte en la escuela. Digo contenta, no estaba del todo segura, creo que nunca la había visto sonreír». Se oyó un ruido de papeles revueltos. «Hoy es miércoles y estamos preparando las mesas para la feria del viernes. O sea, mañana. ¿Qué te parece? Es poco tiempo. Y sólo podrás limpiar a partir de las 18.00. El club extraescolar no termina hasta entonces. ¿Es mucho pedir?»

Julia ya tenía la agenda abierta. «Mañana es un buen día. No tenemos nada después de las tres, así que podemos comer algo antes de venir a la escuela».

«¿Crees que Caín vendrá también?».

Julia se rió. «Caín hará cualquier cosa por ti y por papá. Todas las veces que le has dado una comida cocinada te ha hecho favores durante años. ¿Estarás allí mañana?»

«No, tengo mi clase de yoga. La necesito. Mis niveles de estrés son demasiado altos. Gracias de nuevo, Julia».

Julia charló un minuto más y se despidió de mamá. No estaba acostumbrada a oír a mamá tan alterada. ¿Qué había estado tramando la nueva directora del colegio Cloverfield?

Ésa fue la misma pregunta que Caín le hizo a Julia a la mañana siguiente en el coche, mientras se dirigían a casa de su primer cliente. Dijo: «¿Crees que ha estado siguiendo al personal por la escuela, observándoles mientras daban clase? ¿Les ha hecho pagar el té y las galletas? ¿Les ha hecho hacer más papeleo?

Julia le dirigió una rápida mirada mientras conducía. «Parece que sabes mucho de escuelas. ¿Tienes un trabajo secreto en alguna escuela?».

Cain respondió: «No, vi un programa en la tele sobre los profesores y lo estresados que están. Los profesores decían que toda la atención se centra en los resultados de la escuela en su conjunto, y no en los niños individualmente. Decían que todo su tiempo libre lo dedicaban a planificar y evaluar las clases. Creo que hoy en día las escuelas se parecen más a las empresas».

Julia sonrió. «Pareces muy sabia. Mamá lleva casi veinte años en esa escuela. Yo fui a esa escuela, y Sam y Chloe también. Mamá enseña a los más pequeños, de cinco a seis años. Le encanta ese trabajo».

«¿No quiere dejarlo? Debe de estar a punto de jubilarse. No es que parezca vieja. No le digas que he dicho eso. Sé que tu padre tiene muchos planes para cuando tu madre se jubile».

Julia se rió al entrar en la calzada. Apagó el motor. «¡Ya sé cuáles son los planes de papá! Creo que por eso mamá planea trabajar el mayor tiempo posible. Quizá deberías ir a alguna de las aventuras planeadas con papá».

A Caín se le iluminó la cara. «Me encantaría. Tu padre es increíble».

«¿Le comento lo de los planes?».

Caín la agarró del brazo. Su mirada era intensa. «¿De verdad? No bromees con esos asuntos».

Julia le dio una palmada en el brazo. «Claro que se lo preguntaré. Vamos, tenemos trabajo que hacer. No gastes toda tu energía, esta noche tenemos que limpiar la escuela».

Caín movió la mano. «¿Crees que esa directora estará allí esta noche? Parece que da miedo. ¿Da miedo?» Sus ojos se abrieron de par en par. «¿Y si llegamos allí y descubrimos que alguien ha acabado con ella? Podríamos encontrar su cuerpo asesinado en la sala de profesores».

Julia frunció el ceño. «No hables de asesinatos. No vamos a meternos en más casos de asesinato».

Capítulo 2

Poco después de las seis de la tarde, Julia entró en el aparcamiento del colegio Cloverfield. Había unos cuantos coches aparcados al fondo.

Una señora de pelo corto y oscuro les abrió la puerta principal. Sonrió a Julia. «Me alegro de volver a verte, Julia. ¿Sabes que tu madre no para de hablar de ti? Está muy orgullosa de que hayas montado tu propio negocio. Y éste debe de ser Cain Andrews, me han hablado mucho de ti». Abrió más la puerta. «¡Pasad! No podemos agradecerte lo suficiente que hayas hecho esto. La Sra. Paignton ha tenido que irse pronto, pero quería que te transmitiera su agradecimiento».

Julia entró por la puerta abierta. Le dijo a Caín: «Ésta es la Sra. Humphries, lleva en esta escuela desde...».

La Sra. Humphries se rió y levantó una mano. «¡No digas desde cuándo! La mayor parte de mi vida laboral la he pasado aquí. Y, por favor, llámame Lesley, no eres uno de los niños».

Caín siguió a Julia al interior de la escuela. Miró de izquierda a derecha. «¡Vaya! Mi escuela nunca tuvo este aspecto. Me encanta todo este color».

Lesley asintió. «Nos gusta que nuestros niños se expresen». Miró hacia un despacho que tenía el nombre del director. «Espero que sigamos así». Se acercó a un libro y le dio un bolígrafo a Julia. «¿Podrías firmar, por favor? Tenemos que asegurarnos de que todos nuestros visitantes lo hagan. El jefe se preocupa mucho de que todo se haga correctamente. Y no olvides firmar al salir».

Julia firmó en su nombre y en el de Caín. Dijo: «Es una pena que Seth se haya marchado tan bruscamente».

Lesley lanzó otra mirada a la puerta de la Sra. Paignton. «Sí, es una pena. De todos modos, no le demos más vueltas. ¿Te explicó tu madre lo que había que limpiar?»

«Mencionó el salón, y las mesas y sillas que utilizaréis en la feria. ¿Quieres que limpiemos algún otro sitio?»

«¿Te importaría darle un repaso rápido a los aseos? Gracias. Me aseguraré de que estén llenos de papel higiénico y jabón. No sabía que Seth hiciera tanto por nosotros».

La cabeza de Caín giró de izquierda a derecha mientras seguía a Lesley y Julia por el pasillo hacia el vestíbulo. Julia miró las fotos que le habían llamado la atención. Era encantador ver el trabajo de los niños. Recordó todas las veces que Sam y Chloe habían llevado a casa con orgullo cuadros en los que habían trabajado en la escuela. Recordó uno que había hecho Chloe en la

guardería. El papel estaba cubierto de círculos naranjas, unos pequeños y otros grandes. La profesora de la guardería había echado un vistazo a la cara de confusión de Julia y le había explicado: «Es un cuadro de alubias cocidas en una rotonda». Julia aún conservaba aquel precioso cuadro.

Lesley las condujo hasta una puerta en la que había un cartel que decía «Habitación del conserje». Sacó una llave del bolsillo y la abrió. «Aquí es donde solías encontrar a Seth si no estaba en el patio o haciendo trabajos por el colegio. Creo que nunca hubo un momento en que yo estuviera en el colegio y Seth no. Durante un tiempo sospeché que dormía aquí. Entra, fíjate en todas las bolsas y cajas que hay al lado. Son los donativos que los padres han enviado para la feria». Se detuvo y suspiró. «Seth iba a llevárselos a casa y clasificarlos para la tómbola. Ahora tendré que hacerlo yo».

Julia dijo: «Puedo ayudarte, si quieres. ¿Es cuestión de pegar números en cada artículo?».

Lesley asintió. «Así es. No se me ocurriría pedirte que me ayudaras, ya haces bastante. Seth tiene material de limpieza en el fondo de su habitación. Empezaré a mover estas cajas y bolsas. Espero que quepan en mi coche».

Cain dijo: «Te ayudaré». Se agachó y levantó una caja grande. «¿Dónde está tu coche?»

Lesley le hizo un gesto con la mano. «¡No! No hace falta».

Julia dijo: «Déjale, harás el trabajo más rápido. Tengo que ver qué material de limpieza tiene Seth aquí, eso me llevará un rato».

Lesley dudó. Luego sonrió y dijo: «Vale, gracias. Cogeré esta bolsa. Seguidme».

Julia las observó salir de la habitación. Era muy amable por parte de Cain ofrecerse a ayudar. Frunció el ceño. No había visto a Lesley Humphries desde que había venido a la barbacoa de mamá hacía unos meses. Lesley parecía cansada, tenía nuevas canas en el pelo. ¿Qué la preocupaba? ¿Tenía la nueva directora el mismo efecto negativo en Lesley que en mamá? Julia estaba impaciente por conocer a Deborah Paignton y ver qué clase de persona era.

Julia entró en la habitación. Sonrió al ver que todo estaba etiquetado y colocado en su sitio. Miró algunas estanterías que estaban más arriba. Asintió con la cabeza al ver que los frascos que contenían sustancias químicas peligrosas se habían colocado fuera del alcance de las manos pequeñas.

Como era curiosa, Julia pasó junto a los suministros y se adentró aún más en la habitación. Al fondo había una ventanita que daba a la puerta principal de la escuela. Seth había colocado una mesita con dos sillas debajo de la ventana. Había otra mesa apoyada contra otra pared, sobre la que había una tetera con botes de té y café a su lado. Julia sonrió al ver la pequeña nevera escondida bajo la mesa. Seth tenía aquí todo lo que necesitaba. Se le borró la sonrisa. No podía creer que acabara de irse. ¿Cuál era el verdadero motivo de su marcha?

Estaba a punto de marcharse cuando un movimiento en el exterior llamó su atención. Miró por la ventana y vio a un hombrecillo calvo en la puerta de la escuela. Movía el cuello como si mirara hacia el aparcamiento. Se quedó mirando un segundo, sacudió un poco la cabeza y se alejó.

Julia no le reconoció. No era uno de los profesores, pero podría haber sido uno de los padres. Se rió para sus adentros. ¡Se estaba convirtiendo en una entrometida!

Capítulo 3

A la mañana siguiente, mamá le envió un mensaje para darle las gracias por limpiar el colegio. Añadió que Lesley había quedado impresionada por los buenos modales de Cain.

Julia sonrió. Todo el mundo estaba impresionado con Cain. Se alegraba de haberse arriesgado y haberlo contratado a pesar de saber que hacía poco había cumplido una condena por homicidio. Todo el mundo sabía que había estado encubriendo a sus malvados hermanos. A veces sorprendía a Caín mirando por encima del hombro, como si esperara que alguno de sus hermanos estuviera allí. Si alguna vez se presentaban delante de Julia, les daría un rapapolvo.

Caín no paraba de hablar de la Escuela Cloverfield mientras se dirigían a casa de su primer cliente aquel viernes por la mañana. «¡Qué sitio tan increíble! ¿Has visto todos los juegos que tienen en el patio? En mi colegio nunca tuvimos eso, ni siquiera un balón de fútbol. Ojalá hubiera ido a una escuela así. Ojalá tu madre hubiera sido mi profesora. ¿Has oído lo que ha dicho Lesley sobre la jubilación?»

«No. ¿Qué dijo?»

«No quería parecer grosera, pero le pregunté si tenía planes para su jubilación. Se rió y dijo que nunca había querido jubilarse, pero que tenía planes. Pero entonces su risa cesó bruscamente y fue como si se le borrara la sonrisa de la cara. Dijo que la jubilación podría llegar antes de lo que ella quería. ¿Qué crees que quería decir con eso?

Julia se detuvo ante un semáforo en rojo. «No lo sé. En esa escuela pasa algo raro. No me gusta. Creo que tiene algo que ver con la nueva directora. Puede que la conozcamos esta noche. ¿Seguirás viniendo a la escuela para ayudar a preparar la feria de mañana?».

Caín asintió. «Sí, iré. Ray va a estar allí. Dijo que podríamos ir al pub después».

«Sabes más de la vida de mi padre que yo. Y ten cuidado en el pub. Conoce tus límites. Papá puede beber mucho más que tú». Miró su delgadez. «Ve con calma».

Caín sonrió y miró por la ventanilla.

El semáforo cambió a verde y Julia se alejó. Estaba deseando conocer por fin a la Sra. Deborah Paignton. ¿De verdad podía dar tanto miedo?

Fue un día ajetreado para Caín y Julia. Más tarde, cuando mamá subió al coche de Julia, le dijo: «Julia, no hace falta que ayudes. Pareces cansada. ¿Por qué no me dejas en el colegio y te vas a casa?».

Julia negó con la cabeza. «No, dije que te ayudaría. Me animaré cuando lleguemos».

Desde su posición en la parte trasera del coche, Caín asomó la cabeza por los asientos delanteros. «Hola, señora Rosenthorpe».

La madre de Julia le hizo un gesto con la mano. «Ya te lo he dicho antes, Cain, llámame Kathleen. Hoy ya estoy harta de ser la señora Rosenthorpe, ya estoy harta de que los niños pequeños griten mi nombre. Esta mañana hemos estado recogiendo insectos del huerto escolar. Jason Bell pensó que sería divertido dejarlos libres dentro del aula. Así que si ves un ciempiés saliendo de mi rebeca, sabrás por qué».

Caín se sentó rápidamente en su asiento.

El aparcamiento de la escuela estaba casi lleno cuando Julia entró poco después. Consiguió una plaza cerca del fondo. Ella y Caín ayudaron a mamá a llevar las cajas que había metido antes en el maletero. Se dirigieron hacia el colegio.

«¡Caray, mamá! ¿Qué tienes aquí?

Mamá frunció los labios y dijo: «Libros. Sobre todo libros de cocina. Tu padre siempre los compra. No prueba las recetas, le gusta mirar las fotos. De vez en cuando deja uno abierto en una receta con la esperanza de que yo la haga. He encontrado estos libros por toda la casa y en el jardín. Conociendo mi suerte, ¡probablemente los vuelva a comprar todos!».

Las puertas principales de la escuela estaban abiertas a cal y canto. Mamá saludó con la cabeza a una mujer sonriente y pronunció los nombres completos de Julia y Caín. La mujer sonriente anotó los nombres de todos en el libro de firmas.

Entraron en el vestíbulo. Julia se estremeció al ver la actividad que había en el vestíbulo, pues la gente abría las mesas y amontonaba objetos encima. Cain expresó su preocupación: «¡Mira nuestro suelo! Ayer nos pasamos siglos limpiándolo. Mira, veo migas de tarta por ahí».

Julia dijo: «Lo sé. Pero supongo que los suelos son para pisarlos, no para mirarlos. Tendré que dejar pronto esta caja antes de que se me caiga».

Siguieron a mamá hasta una mesa que ya tenía montones de libros encima. Una joven de pelo largo y rubio les sonrió. Mamá dijo: «Hola, Imogen. ¿Tienes sitio para más libros?».

«Mucho sitio. Siempre se venden bien. Pon esas cajas debajo de la mesa, Kathleen, luego las ordenaré. Sigo intentando acabar con estos libros de bolsillo. Algunos no son para nada adecuados para una feria escolar». Un ligero rubor apareció en las mejillas de Imogen.

Julia echó un vistazo al libro que tenía en la mano. Lo había leído para ver por qué tanto alboroto. Nada. Se había aburrido en el tercer capítulo.

Caín colocó su caja debajo de la mesa. Cogió la de mamá e hizo lo mismo. Cogió la de Julia y se la quitó de las manos antes de que pudiera objetar.

Mamá se acercó a Imogen y le dijo: «Me bajo para ayudarte con este puesto. ¿Por qué no nos traes una taza de té y empiezo yo? Parece que te vendría bien un té fuerte».

Imogen le dedicó una sonrisa de agradecimiento. «Gracias, Kathleen. No he parado en todo el día. ¿Quieren todos un té?»

Cain dijo: «Te ayudaré. Muéstrame el camino».

Julia y mamá los vieron alejarse. Mamá dijo: «Estoy preocupada por Imogen. Hace demasiado por la escuela. Tiene dos hijos pequeños, ambos de naturaleza enérgica. Y además ayuda en el comité de padres. Nunca se pierde una reunión. Se hace cargo de demasiadas cosas. Le he dicho que deje toda la organización a otra persona, pero se niega. Es casi como si tuviera miedo de parar».

«Quizá necesite algo que la saque de casa. ¿Está casada?

Mamá asintió. «Tiene un marido encantador. Es ingeniero o algo así. Está muy orgullosa de él, se le nota en la voz cuando habla de él. Sólo le he visto un par de veces, pero la trata como a una

princesa. No sé si se da cuenta de que ella hace demasiado».

Lesley Humphries se acercó a ellos, con una gran sonrisa en la cara. «Julia, has hecho un trabajo maravilloso en nuestra escuela. Asegúrate de darnos tu factura, la liquidaremos enseguida. Creo que te apetece ayudarme en mi bonito puesto de la tómbola. ¿Quieres ayudarme a montarlo? Anoche conseguí entradas para todos los artículos».

«Por supuesto. Mamá, ¿quieres que Caín se quede aquí contigo?».

Mamá asintió. «Será estupendo. Entre los dos podemos asegurarnos de que Imogen no tenga que hacer tanto».

Lesley rezongó. «Le dije que podíamos arreglárnoslas sin ella. Pero no me escucha».

Julia siguió a Lesley hasta el otro extremo de la sala y se acercó a una mesa. Había cajas y bolsas a un lado de la mesa. Lesley se rió y cogió el único objeto que había sobre la mesa. Dijo: «Como ves, he empezado a llenar la mesa».

Julia miró la botella que Lesley tenía en la mano. «¿Se te permite tener alcohol en tu puesto?».

Lesley agitó la botella. «No tiene alcohol. Es vino casero de moras. Lo he sacado primero porque no quería que se rompiera la botella. Tú empieza con esa bolsa de ahí y yo haré esta caja. Intento ponerlas en orden numérico, así nos resultará más fácil cuando alguien saque un billete».

«Es una buena idea. Yo las habría puesto en cualquier sitio y en todas partes».

Julia no tardó en enfrascarse en su tarea. Sonreía mientras sacaba un objeto extraño tras otro. Había un oso panda de peluche, unos ovillos de lana y muchas botellas de baño de burbujas. Sospechaba que la gente aprovechaba para deshacerse de los regalos que no querían.

De repente, un escalofrío recorrió su espalda. El ruido en la habitación disminuyó bruscamente. Julia levantó la vista del bolso y susurró a Lesley: «¿Qué está pasando? ¿Por qué se ha callado todo el mundo?».

Lesley asintió hacia la entrada del vestíbulo. «Estás a punto de ver a nuestra nueva directora».

Capítulo 4

Los ojos de Julia contemplaron la visión que entraba en el vestíbulo. La señora Deborah Paignton parecía recién salida del mundo empresarial. Su pelo, perfectamente peinado, no se movía mientras avanzaba por el suelo sobre unos tacones imposiblemente altos. Su traje de negocios parecía caro, al igual que el maletín que llevaba.

El ambiente en la sala era de aprensión. La gente seguía colocando las cosas en las mesas, pero a menor velocidad, sin perder de vista a la Sra. Paignton.

Lesley dio un codazo a Julia. «Será mejor que nos pongamos en marcha, enseguida vendrá a inspeccionar nuestra mesa. No dejes que su aspecto te desanime. Ni su tono, si te habla. Intenta hacer lo mejor para esta escuela, aunque eso la haga impopular».

Julia cogió otra botella de baño de burbujas de la bolsa que tenía delante. No pudo evitar mirar hacia dónde se dirigía la señora Paignton. La directora se dirigió a una mesa llena de peluches. La joven que estaba detrás palideció cuando la Sra. Paignton cogió por la oreja un osito de peluche de aspecto raído. Julia veía que la mujer que estaba detrás de la mesa movía los labios, pero no oía lo que decía. La señora Paignton sacudió bruscamente la cabeza y arrojó el peluche a la mujer de detrás de la mesa.

«Supongo que ese oso no estaba a la altura de Deborah», dijo Lesley. «Pobre oso, acabará en la basura».

La señora Paignton se volvió y se dirigió hacia su mesa. El corazón de Julia se aceleró, la botella casi se le cayó de la mano cuando la Sra. Paignton la miró fijamente. Julia dejó la botella sobre la mesa y sonrió a la mujer que se acercaba. A la señora Paignton se le movieron las comisuras de los labios. Julia se preguntó si ése era su intento de sonreír.

La Sra. Paignton se detuvo ante la mesa y extendió la mano. Julia intentó adivinar su edad. ¿Treinta y pocos? ¿Tarde? Julia cogió la mano extendida y la estrechó. La señora Paignton dijo en tono cortante: -Es Julia Blake, ¿verdad? La hija de la señora Rosenthorpe. Gracias por tu trabajo de limpieza. Envíame la factura». Dejó caer la mano de Julia y volvió su atención hacia Lesley. «¿Ha firmado todo el mundo?»

Lesley asintió. «Sí. Y saben que tienen que firmar para salir».

«Asegúrate de que lo hagan. ¿Está todo bajo control? ¿Sabe todo el mundo lo que está haciendo?».

«Sí, y sí».

«¿Y mañana? ¿Sabe todo el mundo a qué hora debe estar aquí? ¿Se han tomado todas las precauciones de seguridad?»

«Se lo comunicaré a todo el mundo más tarde, cuando hayan organizado sus mesas».

La Sra. Paignton miró a Lesley de arriba abajo. «Deberías haberlo hecho antes. ¿Estás segura de que estás preparada para este trabajo? Eres la subdirectora, sabes cuáles son tus obligaciones. O deberías saberlo».

Lesley forzó una sonrisa. «Todo está bajo control. Llevo años organizando estas ferias escolares, siempre salen bien».

«No quiero que se desarrolle sin problemas, quiero que sea un éxito, mejor que cualquier otro año. ¿Puede encargarse de eso, señora Humphries, o debo pedirle a uno de los miembros más jóvenes del personal que se haga cargo?».

Julia sintió que Lesley se ponía rígida a su lado. La sonrisa de Lesley parecía pegada. «Puedo arreglármelas, gracias».

La Sra. Paignton bajó la vista hacia la mesa. Levantó la mano y se dirigió hacia la botella de vino de mora. La enderezó un poco, asintió secamente y se alejó hacia su siguiente víctima.

Julia soltó un suspiro. «No me importa lo que digas de ella, ¡no me gusta! Me da gusto hablarte así, después de todo lo que has hecho».

«No pasa nada. Está muy estresada. Tiene que informar a las autoridades locales sobre los resultados de la escuela. Sólo quiere lo mejor para la escuela».

«Hmm». Julia se guardó sus pensamientos. Vio cómo la señora Paignton se dirigía al puesto de libros de mamá. Si aquella mujer molestaba a su madre, iría allí en un santiamén.

Mamá sonrió amistosamente a la señora Paignton y le dio la espalda mientras recogía más libros de las cajas que había debajo de la mesa.

La Sra. Paignton había vuelto su atención hacia Imogen, que estaba de pie al otro lado de la mesa de los libros. Imogen asintió a algo que había dicho la Sra. Paignton. Imogen metió la mano debajo de la mesa y sacó un portapapeles. La Sra. Paignton cogió el portapapeles y lo recorrió con el dedo. Dio varios golpecitos con el dedo en un punto concreto y le dijo algo a Imogen. La joven empezó a temblar, se recogió nerviosamente el largo cabello detrás de la oreja derecha. Parecía a punto de echarse a llorar.

Mamá les daba la espalda y no se daba cuenta de lo que pasaba. Julia sintió la tentación de acercarse y ofrecerle todo el apoyo que pudiera. Era evidente que la Sra. Paignton no estaba contenta con algo, y que Imogen estaba soportando la peor parte de su enfado.

Caín aprovechó ese momento para entrar en el vestíbulo, llevaba otra caja de libros. Sonrió y saludó a Julia con la cabeza al pasar junto a su mesa. Cruzó el vestíbulo y se detuvo ante la mesa de mamá, depositó la caja en el suelo. La señora Paignton giró la cabeza y miró a Caín. Cain la saludó amistosamente con la cabeza. Julia sintió que se quedaba boquiabierta cuando el rostro de la Sra. Paignton se retorció de repentino odio.

La Sra. Paignton apuntó a Caín con un dedo y atronó: «¡Cómo te atreves a entrar en mi escuela! ¡Asesino! ¡Despreciable! Sal de aquí ahora mismo antes de que llame a la policía».

El mundo entero pareció moverse a cámara lenta. Julia vio que todos se quedaban boquiabiertos, incluida mamá, que se había vuelto hacia la mesa. La cabeza y los hombros de Caín cayeron como si alguien hubiera cortado una cuerda invisible que lo mantenía en pie.

La Sra. Paignton no había terminado. Lanzó miradas de asco por la habitación y gritó: «¿Quién ha dejado entrar aquí a esta persona? ¿Quién es el responsable de permitir que este despreciable criminal entre aquí?».

Julia se acaloró. Dejó caer el jabón que había cogido y marchó hacia la Sra. Paignton. Puso las

manos en las caderas y estaba a punto de gritar a la directora cuando alguien le tapó la boca con la mano.

Era papá. Asintió a Julia y le dijo: «Yo me encargo, cariño, tú vuelve a tu puesto». Soltó la mano.

Julia no iba a marcharse. Señaló a la Sra. Paignton y le dijo a papá: «¿Has oído lo que ha dicho de Caín? ¿Cómo le llamó?»

«¡Yo le llamo como me da la gana!» espetó la Sra. Paignton. «Sé quién es. Sé lo que ha hecho. ¡Ésta es mi escuela y aquí no permitimos criminales! Sacadle de aquí inmediatamente».

Papá se adelantó y dijo con calma: «Señora Paignton, no hace falta que grite, todos podemos oírla. Te agradeceré que no hables así de mi joven amigo».

«¡Es un criminal! ¡Ha estado en la cárcel! No puedo permitir que se pasee por mi escuela».

Papá dijo: «No es un delincuente. Todo el mundo en este pueblo sabe lo de Cain y por qué estuvo en la cárcel. Cain Andrews es un hombre maravilloso, honesto y trabajador. Le confiaría mi vida».

«¡Y yo también!» espetó mamá.

Cain levantó la cabeza y murmuró: «Está bien, Ray, me iré».

Papá no había terminado con la señora Paignton. «Este joven ha dedicado su tiempo gratuitamente a ayudar a vuestra escuela. Y ayer ayudó a nuestra Julia con las tareas de limpieza».

«¿Que hizo qué?» se enfureció la señora Paignton. «No sabía que ya había estado en mi escuela. ¿Quién lo ha permitido?

«Fui yo». Lesley dio un paso adelante. «Conozco el pasado de Cain y no vi ninguna razón por la que no pudiera estar en nuestra escuela».

Una mirada fría apareció en los ojos de la Sra. Paignton mientras miraba a Lesley. «Tenía razón sobre ti, eres demasiado vieja para este trabajo. No puedes pensar con claridad». Se volvió y dirigió a mamá una mirada directa. «Y no es la única».

Papá levantó una mano y dijo: «Demasiado lejos, señora Paignton, has ido demasiado lejos, no le hables así a mi mujer. Estas personas increíbles que están en esta sala han renunciado a su tiempo para ayudar a esta escuela. Un agradecimiento por su parte sería de agradecer, no insultos. ¿O prefieres que se vayan todos los presentes? ¿Te gustaría organizarlo todo tú sola?».

La Sra. Paignton le miró de arriba abajo. «No veo la necesidad de disculparme». Giró sobre sus talones y salió furiosa del vestíbulo.

Papá se acercó a Caín y lo rodeó con el brazo. «No hagas caso, muchacho».

Capítulo 5

Julia seguía aturdida por la injusticia de los comentarios de la señora Paignton cuando entró en el aparcamiento a las nueve y media de la mañana siguiente.

Mamá le soltó el cinturón de seguridad y le dijo: «Sé lo que estás pensando, pero tendrás que deshacerte de esos pensamientos, te están poniendo la cara rara».

«No puedo evitarlo. ¿Siempre es así? Ha enfadado mucho a Caín. No sé cómo la aguantas».

Mamá palmeó el brazo de Julia. «A veces tienes que tratar con gente que no te gusta. Yo estoy en clase la mayor parte del tiempo, así que no tengo mucho que ver con Deborah. Nunca viene a la sala de profesores a la hora del recreo o de la cena, así que sólo tengo que hablar con ella de vez en cuando. Vamos, que nos espera la feria. Mis hijos estaban entusiasmados cuando hablamos de ella ayer en clase. ¡Y mira qué tiempo hace! Podemos poner algunas mesas fuera».

Julia emitió un pequeño gruñido. «Intentaré dejar de pensar en ella. Caín no ha querido venir conmigo esta mañana, creo que Deborah Paignton le ha asustado para siempre».

«No te preocupes por Caín. Anoche tu padre le llevó al bar y charló con él. Luego vendrán juntos a la feria».

Julia sonrió un poco a mamá. «Gracias por vigilar a Caín, a los dos. Y gracias por tranquilizarme. No soporto que maltraten a la gente».

Mamá miró por la ventanilla del coche y soltó una carcajada. «El coche de Imogen está aquí. Le dije que llegara más tarde. Seguro que lleva aquí desde primera hora».

Después de firmar, Julia y mamá entraron en el vestíbulo. Imogen las saludó desde detrás del puesto de libros. Se acercaron a ella. Mamá la saludó con la cabeza y dijo: «Te dije que no vinieras temprano. ¿A qué hora has llegado?».

Imogen se encogió de hombros. «Sobre las ocho. De todas formas no podía dormir, no dejaba de pensar en todas las cosas que había que hacer. Quiero que todo salga perfecto por el bien de Deborah, siendo ésta su primera feria escolar en Cloverfield y todo eso».

Julia y mamá compartieron una rápida mirada. Julia dijo: «Creía que lo habíamos preparado todo ayer».

«Así fue», aceptó Imogen. «Pero Deborah me telefoneó anoche. Quería que me asegurara de que todo estaba perfecto. No me importó venir temprano». Ahogó un bostezo. «Lo siento. Creo que necesito un café fuerte. ¿Quieres uno?»

«Yo lo traeré», se ofreció Julia. «¿Ha llegado la Sra. Paignton?»

«Todavía no. He entrado sola en la escuela. Era curioso estar aquí sin Seth. Nunca he estado en la escuela sin que él estuviera aquí. Me pregunto si vendrá hoy. Espero que sí, los niños ya le echan de menos».

Julia se alejó antes de que pudiera añadir ningún comentario sobre que Deborah Paignton ni siquiera se molestara en aparecer. Se dirigió a la zona de refrescos y pidió dos tés y un café. La mujer que estaba detrás de la mesa dijo que Julia podía tomarlos gratis, ya que era ayudante. De todos modos, Julia echó algo de dinero en la caja.

Julia le dio el té a mamá y el café a Imogen, que volvía a bostezar. Le dijo a mamá que la vería más tarde y se dirigió al puesto de la tómbola.

Lesley ya estaba allí y le sonrió. «No sabía si ibas a venir o no. Creía que Deborah te había espantado para siempre».

«No me asusta, me molesta», dijo Julia. «¿Tienes té? Puedo ir a traerte uno».

Lesley levantó una petaca y anunció: «¡Estoy preparada! No me levantaré de esta mesa a menos que sea absolutamente necesario. No quiero darle a Deborah más argumentos para despedirme».

Julia jadeó. «¡Despedirte! ¡No puede hacerlo! Formas parte de la escuela».

«Seth formaba parte de la escuela y ya no está. No quiero irme, pero sé cómo funciona la mente de Deborah. Quiere que la escuela se actualice, quiere deshacerse de todo lo que no funciona con la eficacia que podría. Y eso incluye al personal». Suspiró. «Supongo que sólo hace lo que cree que es correcto».

Julia bebió un sorbo de té. Mantener bajo control todos aquellos pensamientos sobre Deborah Paignton le estaba provocando dolor de cabeza.

Lesley dejó la petaca en una repisa detrás de ella y dijo: -Creo que ya estamos listos para irnos. Algunos de los puestos se han trasladado fuera, incluido el de pintura de caras. Siempre me sobresalto cuando veo a algún niño o niña pintado como Spiderman».

rió Julia. «A mis dos les encantaba que les pintaran la cara. A mí no me encantaba tener que limpiarlas después». Miró el reloj. «Queda poco para que llegue la multitud».

«Espero que sea una multitud. Espero que la gente no haya decidido quedarse en casa en este ...»

Los ojos de Lesley se entrecerraron al mirar por encima del hombro de Julia. Julia se volvió para ver a quién miraba. Sintió que sus ojos también se entrecerraban.

Deborah Paignton entró en el vestíbulo con una enorme sonrisa en la cara. Julia pudo ver que su sonrisa era falsa, no le llegaba a los ojos. ¿Qué estaba pasando? Deborah se detuvo en medio de la sala y abrió los brazos. En voz alta dijo: «Quiero daros las gracias a todos por el duro trabajo que habéis hecho».

Julia vio bocas abiertas por toda la sala. Una mujer mayor se frotó los oídos como si no estuviera segura de que funcionaran bien.

Deborah continuó. «Debo disculparme por el pequeño malentendido de ayer». Se volvió hacia Julia. «Por favor, transmite mis disculpas a ese hombre».

¿A ese hombre? Tiene nombre. Julia apretó más fuerte la taza.

Deborah siguió sonriendo. «¡Estoy segura de que esta feria va a ser la más exitosa de todas! Las puertas se abrirán pronto, pero déjame ser la primera en donar algo de dinero». Se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de una libra. Levantó la moneda y se dirigió al puesto de Julia y Lesley. Sin dejar de alzar la voz, dijo: «¡Creo que éste es un buen sitio para empezar! Aquí está mi dinero. Por favor, dadme mis entradas». Dudó y añadió: «Gracias».

«Puedes conseguir los boletos tú misma en el bombo de la tómbola», señaló Julia.

Lesley dijo: «No hace falta. Los sacaré para la Sra. Paignton. Julia, ¿puedes coger su dinero?»

Deborah dejó caer la moneda de una libra en la mano de Julia. Su sonrisa era tan estirada que Julia se preocupó por la seguridad de sus mejillas.

Lesley miró los billetes. Levantó uno y dijo: «¡Enhorabuena! Has ganado».

La sonrisa de Deborah vaciló ligeramente al mirar los objetos de la mesa. «Estupendo. ¿Qué he ganado?»

Lesley levantó la botella de vino casero de moras.

Deborah se quedó mirándola un momento. Luego pareció recordar dónde estaba. Su sonrisa volvió con toda su fuerza. «¡Qué fantástico!» Cogió la botella, se dio la vuelta y la agitó hacia la habitación. «¿No es maravilloso? ¿No tengo suerte? Nuestros padres y amigos van a pasar hoy un día increíble. Gracias de nuevo por toda vuestra ayuda».

Lesley empezó a aplaudir. Todos se unieron a ella, también Julia, pero con menos entusiasmo. Puede que Deborah Paignton les engañara con su actuación, pero no engañaba a Julia. Esos pensamientos se confirmaron cuando Deborah se volvió hacia ellos. Su sonrisa desapareció. Siseó: «¡Pon esta espantosa botella en algún sitio! Me alegraré cuando acabe esta maldita feria». Miró a Lesley. «¿Cuánto tiempo tengo que quedarme?»

«Hasta que acabe la feria. Podrías mezclarte un rato y luego ir a tu despacho», dijo Lesley amablemente.

Deborah empujó la botella hacia Julia, volvió a pegar su falsa sonrisa y se dirigió hacia otro puesto.

Julia cogió la botella. Sabía exactamente dónde iba a ponerla.

Capítulo 6

Julia agitó la botella hacia Lesley y dijo: «¿Puedo dejar esto en el despacho de Deborah? Tengo que entregar la factura antes de que se me olvide. ¿O puedo dártela para que la entregues?».

«Ve a ponerlo en su despacho ahora, a Deborah no le importará. Dice que tiene una política de puertas abiertas. Aunque a menudo tiene la puerta cerrada. Vete antes de que nos inunden los clientes locos por la tómbola».

Julia miró hacia donde estaba Deborah Paignton. Ahora estaba en el puesto de libros. La pobre Imogen parecía marchitarse bajo su mirada. ¿Por qué le tenía tanto miedo a Deborah?

Julia se alejó rápidamente del puesto y caminó por el pasillo. La puerta de Deborah estaba entreabierta. Julia llamó de todos modos por si había alguien dentro. Nadie respondió. Empujó la puerta y entró en el despacho.

Se fijó en lo que la rodeaba. Estaba muy limpio y ordenado. El escritorio estaba despejado, la silla estaba arrimada a la mesa y había un posavasos sobre ella. Julia hizo un gesto de aprobación. Le gustaba que la gente utilizara posavasos. Se acercó a la mesa. Olfateó. Olía a cera de abeja. Le encantaba ese olor. ¿Había sido uno de los trabajos de Seth limpiar aquí? Si era así, había hecho un trabajo concienzudo. Julia volvió a oler y sonrió.

Casi se le cae la botella de vino de moras cuando alguien dijo: «¿Puedo ayudarle?».

Se dio la vuelta. Deborah Paignton estaba en la puerta, con los brazos cruzados. En su rostro no había ni rastro de una sonrisa.

Julia levantó la botella. «Estaba trayendo tu premio». Se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre. «Y mi factura».

Deborah asintió. «Gracias. No me sorprendería que hubieras doblado la cantidad tras mi arrebato de ayer».

«Sí que lo pensé», admitió Julia.

Deborah suspiró y bajó los brazos. «Siento mucho lo de tu amiga». Se frotó la frente e hizo una mueca de dolor. «Este trabajo me está afectando. Quiero que todo salga perfecto. En cuanto reconocí a Caín me entró el pánico y pensé que se mezclaba con los niños. Por supuesto, no ha estado cerca de ningún niño. No es que tuviera que preocuparme si lo estuviera. Lesley me dio toda la información sobre él en cuanto se fueron todos». Volvió a frotarse la cabeza.

Julia dijo: «¿Estás bien?

«Sólo un dolor de cabeza. Me pasa a menudo. Tengo analgésicos en el cajón. Me tomaré un par, dejaré que hagan efecto y luego volveré al vestíbulo. Gracias por traer el vino. ¿Podrías ponerlo en ese posavasos, por favor? Odio que me pongan anillos en este escritorio. Era de mi padre, me dejaba pulirlo con cera de abeja todas las semanas. No te rías, pero todavía lo hago».

«Me encanta el olor de la cera de abejas». Julia colocó el frasco sobre el posavasos y apoyó la factura contra el frasco. Se volvió hacia Deborah y le dijo: «¿Puedo ofrecerte algo? ¿Una taza de té? ¿Café?»

Deborah hizo un gesto de dolor mientras sonreía. «Podrías bajar la persiana de la ventana por mí. Gracias». Se dirigió a su escritorio, se sentó y metió la mano en un cajón.

Julia se acercó a la ventana. Deborah tenía la misma vista de las puertas principales que Seth desde su habitación. Julia cogió la cuerda de la persiana. ¡Oh! ¡Ahí estaba otra vez aquel hombrecillo calvo! ¿Qué hacía ahora? Julia miró más de cerca. ¿Estaba utilizando prismáticos? ¡Sí! ¿Qué estaba mirando? Si quería venir a la feria, ¿por qué no entraba sin más en lugar de quedarse a las puertas con cara de sospechoso?

Julia bajó la persiana y estuvo a punto de preguntar a Deborah si sabía quién era aquel hombre, pero una mirada a la cara pellizcada de Deborah la detuvo. Se lo preguntaría más tarde, cuando se le pasara el dolor de cabeza. Julia levantó la mano en señal de despedida mientras se dirigía hacia la puerta. Deborah le dedicó una pequeña sonrisa de agradecimiento y se metió un par de pastillas en la boca.

Julia cerró la puerta en silencio. Se sentía culpable. Quizá Deborah Paignton no era tan mala después de todo.

Julia tampoco tuvo tiempo de plantear el asunto del calvo a Lesley cuando regresó a su mesa. El puesto de la tómbola estaba atestado de niños con caras ansiosas que sacaban el dinero. Julia corrió hacia la mesa y le dedicó a Lesley una sonrisa de disculpa. Los entusiastas clientes se abalanzaron sobre ellas y los premios de su mesa empezaron a desaparecer.

Cuando hubo una pausa, Lesley le dijo a Julia: «Hay más premios debajo de la mesa. ¿Te importaría cogerlos? Yo no tengo problemas para bajar, el problema es volver a subir».

Julia metió la mano debajo de la mesa y cogió una caja. Cuando se levantó, se encontró con la cara sonriente de Spiderman. Julia dejó caer la caja sobre la mesa y se echó a reír. «¡Cain! ¿Eres tú? No sabía que te gustara Spiderman».

Caín se llevó el dedo a los labios pintados de rojo. «¡Shh! Voy disfrazado. No quiero que esa directora me vuelva a gritar».

«No lo hará. Me ha dicho que siente haberte gritado. ¿No eres un poco mayor para que te pinten la cara?».

«Nunca me han pintado la cara», dijo Caín. «De todas formas, espera a ver la cara de tu padre».

«¡Habla del diablo y aparecerá!» anunció papá mientras se acercaba a la mesa.

Julia parpadeó. «¿Hulk? ¿En serio?»

Papá levantó los puños dramáticamente y dijo: «¡No me hables, insignificante humano!».

Lesley se echó a reír. «Tu padre es muy gracioso. No me extraña que tu madre sonría tanto».

Papá asintió. «Mi Kathleen es una mujer muy afortunada. Me gusta recordárselo a diario».

Julia se cruzó de brazos y miró a la pareja pintada. Dijo: «¿Pensabais pintaros la cara?».

Papá le dirigió una mirada inocente. «Claro que no, fue algo improvisado. ¿Verdad, Caín?».

Caín asintió. «Una cosa del momento».

Julia dijo: «¿Entonces por qué llevas un jersey verde, papá, y por qué Caín lleva una camiseta roja y negra? Es un poco coincidencia que esos colores hagan juego con la pintura de vuestra

cara».

Papá levantó una mano e intentó parecer indignado. «No me interesan sus acusaciones, señorita Blake. Si sigues por ese camino no te enseñaremos nuestros tatuajes a juego».

Julia sintió que se le ponían los ojos en blanco. «Espero que sean tatuajes temporales».

«Claro que lo son. Tu madre me mataría si me hiciera uno de verdad. Sólo hemos venido para salir del sol y preguntaros si Lesley y tú queréis comer algo. Hay un par de puestos de comida fuera. Uno tiene deliciosas hamburguesas y el otro aburridas patatas fritas».

Julia frunció el ceño. «¿Almorzar?» Miró el reloj. «¿Cuándo han dado las doce?».

«El tiempo vuela cuando te diviertes», dijo Lesley. «Ray, me encantaría una hamburguesa, pero mi barriga no discutirá conmigo hasta media hora después de comerla. Una patata asada suena bien, gracias. Deja que te dé algo de dinero».

Papá negó con la cabeza. «No, yo invito. Julia, ¿una hamburguesa para ti? ¿Con toda la guarnición?

Julia dio un suspiro fingido. «Oh, si insistes».

«Insisto. Vamos, Caín, tenemos una misión que cumplir».

Caín asintió. «Cuidado con el peligro, Hulk, siento el cosquilleo de mis sentidos arácnidos».

Lesley volvió a reír. Julia sacudió la cabeza y sonrió mientras los superhéroes se alejaban. Era bueno ver sonreír a Caín.

Lesley dejó de reír. Dio un codazo a Julia y dijo: «Oh, no, aquí vienen los problemas».

Capítulo 7

Un hombre mayor, de cara y cuerpo redondos, cojeaba hacia ellos. Sonrió al acercarse y levantó la mano. «¡Hola! ¿Cómo va la feria?» Miró hacia su mesa. «Debéis de haber pasado una buena mañana, apenas os quedan premios. De todas formas, voy a intentarlo». Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de una libra.

Julia sonrió al coger su dinero. «Me alegro de verte, Barney. Creo que nunca te he visto sin tu bastón».

Lesley se cruzó de brazos y dedicó a Barney una sonrisa tensa. Julia frunció el ceño al ver su expresión.

Barney metió la mano en el tambor de la tómbola y sacó unos boletos. Dijo: «Me siento perdido sin mi palo». Contó cinco boletos y guardó otros. Y continuó: «¿Sabías, Julia, que ya no puedo llamarme a mí mismo hombre piruleta? Tengo que referirme a mí mismo como oficina de la patrulla de cruce escolar». Se le arrugó la cara. «No suena tan amistoso».

reprochó Julia. «Hoy en día todos tenemos que ser políticamente correctos. ¿Tienes una multa con un cero o un cinco al final?». Julia miró a Lesley, que seguía con la misma sonrisa forzada en la cara. ¿Qué le pasaba? Lesley y Barney Samson se conocían desde hacía años, eran grandes amigos.

Barney escaneó las entradas. Sonrió y levantó uno. «¡Ajá! ¡He ganado!».

Julia cogió el boleto, localizó su premio y se lo entregó.

Barney soltó una risita. «Siempre he querido un libro para colorear de piratas. ¡Y además tiene pegatinas! ¿Me lo dejas a un lado, por favor? He visto que la gente tiene problemas para cruzar la calle a la salida del colegio. Sé que no es día lectivo oficial y que no debería estar trabajando, pero saldré un momento y ayudaré a la gente a cruzar la calle. No queremos accidentes».

Lesley habló por fin: «No creo que sea una buena idea, Barney. No creo que Deborah lo aprobara».

Barney le entregó el libro de colorear de piratas a Julia y dijo: «Ya lo he hecho otras veces el día de la feria escolar. La gente lo aprecia. Creo que podré soportar la ira de Deborah Paignton. Cogeré mi bastón de la habitación de Seth. ¿Está Seth por aquí? Aún no le he visto».

Lesley y Julia compartieron una rápida mirada. Lesley dijo: «Hoy no está. Barney, no creo que debas coger tu bastón, no deberías trabajar hoy».

Barney le hizo un gesto con la mano. «¡Deja de preocuparte, Lesley! La seguridad de nuestros

hijos y padres es más importante que cualquier otra cosa. Entraré en la habitación de Seth, llevo la llave encima».

Lesley parecía que iba a decir algo más, pero Barney ya se había marchado.

Julia le dijo a Lesley: «¿Ocurre algo entre Barney y tú? ¿Habéis discutido?»

Lesley negó con la cabeza. Le temblaba la barbilla y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se acercó más a Julia y le dijo: «Le van a despedir el lunes, aún no lo sabe. Todo forma parte del plan de Deborah para mejorar la escuela. No ve por qué debemos pagar los servicios de Barney cuando en su lugar podemos instalar un paso de cebra». Se enjugó una lágrima.

Julia frunció el ceño. «¡Pero Barney lleva toda la vida en el colegio! Es tan popular entre todos. Siempre sonriente, siempre servicial, pase lo que pase. No puede echarlo».

«Puede y lo hará. Me contó sus planes hace unos días. Julia, ¡me siento como una traidora! ¿Cómo voy a hablar con Barney sabiendo que va a perder su trabajo? Se le romperá el corazón».

Julia miró hacia la habitación de Seth. Barney salió, la saludó alegremente con su bastón de control de tráfico, cerró la puerta y se marchó cojeando. A Julia le dolía el corazón. Primero se iba Seth y ahora iban a despedir a Barney. ¿Qué le estaba ocurriendo a este precioso colegio? ¿Quién iba a ser el siguiente?

Lesley intentó sonreír. «Lleva aquí más de treinta años. Hemos charlado mucho durante ese tiempo. No sé cómo se las va a arreglar la escuela sin él».

Julia y Lesley guardaron silencio mientras pensaban en Barney Samson.

Su silencio se rompió cuando papá y Caín corrieron hacia ellas. Papá gritó: «¿Qué os pasa? Vuestras caras harían que la leche se pusiera agria». Sin esperar respuesta, lanzó una patata asada hacia Lesley y una gran hamburguesa hacia Julia. «¡No puedo quedarme!»

Caín casi les tiró las servilletas. «¡Vamos a ver la exhibición de baile irlandés! ¡Empiezan fuera dentro de unos minutos! Nunca había visto a gente de verdad bailando danza irlandesa!».

Papá agarró a Caín del brazo y dijo: «Rápido, Spidey, no queremos perdernos nada. El año pasado me dejaron participar, puede que me dejen hacerlo otra vez, se me daba genial».

Caín sonrió. «¡Estupendo! Yo también me apunto».

Julia negó con la cabeza y observó cómo se alejaba el dúo. Le llamó la atención algo que ocurría en el puesto de libros. Imogen estaba de pie detrás de su puesto, con expresión asustada en el rostro. El cliente que parecía preocuparla era el hombre calvo que Julia había visto ya dos veces. ¿Qué le estaba diciendo a Imogen para asustarla tanto?

Julia se volvió hacia Lesley y estuvo a punto de preguntarle si sabía quién era el calvo, pero no tuvo ocasión. Deborah Paignton irrumpió en la sala y se acercó a su mesa. Tenía el rostro enrojecido por la ira. Levantó un dedo hacia Lesley y siseó: «¿Quién le ha dicho a Barney Samson que podía trabajar hoy? ¡Puedo verle desde mi ventana, audaz como el bronce, ayudando a la gente a cruzar la calle! ¿Cómo se atreve? Hoy no es día de colegio. ¿Dijiste que estaba bien?»

«YO... YO...» tartamudeó Lesley. «Intenté decirle que no lo hiciera».

Deborah levantó los brazos. «¡Inútil! Tengo que ocuparme de todo yo sola». Se marchó.

Julia se tragó la bola de ira que había aparecido en su garganta. Toda la simpatía que había sentido hasta entonces por Deborah Paignton se evaporó. Mordisqueó su hamburguesa y comió demasiado.

Julia iba por la mitad de su hamburguesa cuando Barney regresó al vestíbulo. Sus pasos eran lentos y tenía la espalda encorvada. Dio unos pasos hacia ellos y dijo con tristeza: «Me ha despedido. Me ha despedido de verdad. Y delante de todos». Sacudió la cabeza, dio media vuelta y se dirigió hacia el pasillo principal.

Julia se tragó la hamburguesa que tenía en la boca y gritó: «¡Barney!». Él no respondió. Julia se volvió hacia Lesley. «¡No puedo creer que le haya despedido! Y delante de todo el mundo. ¿Cómo puede alguien ser tan mezquino?

Lesley miró su patata a medio comer. «Deborah Paignton es más que capaz de ser así de mezquina. Lo siento, Julia, no puedo comer esto. He perdido el apetito».

Capítulo 8

El ambiente en el puesto de la tómbola estaba apagado cuando la feria empezó a amainar. Lesley intentaba mostrarse alegre con los clientes, pero Julia se daba cuenta del esfuerzo que le suponía.

Faltaban casi cinco minutos para la una cuando unos alegres Caín y papá regresaron a la sala.

Papá llevaba el brazo lleno de libros. «Mira, Julia, más libros de cocina para mí. Algunos me resultan familiares, puede que tenga ediciones anteriores en casa». Le dedicó una sonrisa radiante. «Nunca se tienen demasiados libros de cocina».

Cain levantó una bolsa de plástico. «¡He ganado un pez de colores!», declaró con orgullo. «Sólo me ha costado cinco intentos. Creo que le llamaré Buster».

«Excelente nombre», dijo papá. Papá miró de Julia a Lesley. «¿Qué os pasa ahora? No parecéis muy felices».

Lesley le dedicó una sonrisa tensa. «Creo que sólo estamos cansadas, sé que yo lo estoy. Lo hemos vendido todo en nuestro puesto. ¿Cómo fue el baile irlandés?»

Papá puso mala cara. «Estuvo bien, no nos dejaron participar».

Caín añadió: «Probablemente temían que fueras demasiado bueno para ellos, Ray».

Papá asintió lentamente con la cabeza. «Probablemente tengas razón. Os perdisteis algo de acción fuera con Deborah Paignton. ¿Os cuento lo que pasó?»

«No, gracias», dijo Lesley.

«¡Sí!» dijo Julia.

Papá continuó: «Estaba charlando con ese hombre de las piruletas, Barney, al borde de la carretera. Barney se alejó, pero a Deborah se le acercaron unas personas que parecían enfadadas. Gritaban y levantaban los dedos».

«No podíamos oír lo que decían, así que nos acercamos, ¿verdad, Ray?

«Sí, Caín. Parece que los enfadados eran residentes que se quejaban del ruido y de todos los coches aparcados frente a sus casas. ¡Tendrías que haber oído algunas de las palabrotas que soltaban! Cain tuvo que explicarme algunas».

«Lo hice», dijo Cain con orgullo.

«De todas formas, Deborah no les gritó, estaba bastante tranquila y se disculpó por las molestias. Estuvo allí de pie mucho tiempo con ellos. En un momento dado pensé que uno de ellos iba a pegarle. Todos estábamos dispuestos a correr a rescatarla, ¿verdad, Caín?

Caín asintió. «Como auténticos superhéroes».

Lesley dijo: «¿Ya está bien Deborah?».

Papá asintió. «Los residentes parecen más tranquilos, ella sigue ahí fuera ahora. No puedo quedarme aquí escuchándoos charlar, tengo que aclarar algunas cosas. Le prometí a la madre de Julia que Caín y yo apartaríamos las mesas del puesto».

Caín le dio la bolsa de plástico a Julia y le dijo: «¿Puedes cuidar de Buster, por favor? Ten cuidado con él».

Julia cogió la bolsa y la colocó con cuidado en la estantería que tenía detrás. Antes había puesto allí el libro de colorear de piratas de Barney. Hablando de eso, ¿dónde estaba Barney?

Papá y Caín se alejaron. Lesley miró el reloj y dijo: «Es la una, la feria ha terminado oficialmente». Sonrió a la mesa vacía. «Me alegro de que se hayan ido todos los premios, menos trabajo para nosotros».

Imogen pasó con una caja de libros. Señaló su mesa con la cabeza y dijo: «¡Bien hecho! No conseguimos vender todos nuestros libros, los pondré en la habitación de Seth y los llevaré a una tienda de caridad en algún momento. Volveré enseguida a por tu recaudación».

«De acuerdo», dijo Lesley. Se volvió hacia la hucha y echó un vistazo rápido. «Espero que lo hayamos hecho bien, que Deborah esté contenta con la recaudación de hoy de todos».

Julia replicó: «¡Debería estar contenta! Todo el mundo ha trabajado muy duro para que la feria fuera un éxito».

Imogen volvió a su mesa y recogió su dinero. Dijo: «Ya tengo el de los demás. Será mejor que meta el dinero en la caja fuerte del despacho de Deborah. ¿Está ahí?»

«No tengo ni idea. Lo último que supe es que estaba discutiendo con los vecinos de la calle».

Imogen sacudió la cabeza. «¿Otra vez? Encuentran cualquier motivo para quejarse de esta escuela». Se dirigió hacia el pasillo donde estaba el despacho de Deborah. Volvió unos minutos después. «Deborah sigue fuera, junto a la puerta del colegio. Parece que los padres están hablando con ella. He metido el dinero en un cajón de su escritorio para que pueda guardarlo en la caja fuerte más tarde. Bien, será mejor que empiece a ordenar».

Lesley levantó la mano. «¡No harás tal cosa, Imogen Walters! Ya has hecho bastante. Vete a casa a ver a esa encantadora familia tuya».

La indecisión cruzó el rostro de Imogen. Julia dijo: «Me quedo para ayudar, y también mi padre y Caín».

Imogen le dedicó una sonrisa de agradecimiento. «Gracias. Voy a decir que sí antes de que cambiéis de opinión. Hasta luego». Se alejó con una sonrisa en la cara.

Lesley negó con la cabeza. «Hace demasiado por la escuela».

«Tú también», señaló Julia. Señaló con la cabeza hacia el otro lado del pasillo. «Mira cómo papá y Caín mueven esas mesas, están haciendo un gran trabajo. Quizá deberíamos dejar que lo hagan».

Lesley dijo: «Dejaremos que muevan las mesas, no tenemos mucho que hacer aquí. ¿Podrías poner el tambor de la tómbola en el despacho de Seth, por favor? Te daré mi llave. Gracias. Iré a hablar con Deborah, si está en su despacho. Tengo que darle mi opinión sobre la feria, decirle cómo ha ido en comparación con años anteriores». Lesley se armó de valor, como si se enfrentara a una batalla. Puso una mano en el hombro de Julia y dijo: «¡Si no he vuelto en veinte minutos, ven a rescatarme!».

«Lo haré», prometió Julia. Lesley le dedicó una sonrisa y se dirigió hacia el pasillo.

Julia se acercó a papá y a Caín para ver cómo estaban. Papá dijo: «Ya casi hemos terminado. Tu madre se está despidiendo de la gente fuera, ya sabes cómo es para charlar. ¿Por qué no te

vas? Yo me encargaré de guardarlo todo».

Julia miró al suelo y apretó los labios.

Su padre se echó a reír. «¡No me digas que quieres limpiar el suelo! Creía que lo habías hecho el otro día».

Julia volvió a levantar la vista. «Lo hice, pero está hecho un desastre. No soporto dejarlo así».

«Yo tampoco», añadió Caín. «¿Le damos un repaso rápido? Te echaré una mano».

«Gracias. Yo también podría hacer una limpieza rápida de los lavabos, no quiero dejarlos así. Cogeré las cosas de limpieza de la habitación de Seth».

Julia se acordó de recoger el tambor de la tómbola de camino a la habitación de Seth. Sus cejas se alzaron al ver que la puerta estaba abierta. Entró y dejó el tambor en el suelo. Apoyó las manos en las caderas y observó la escena que tenía delante. Había botellas de productos de limpieza tiradas en el suelo y rollos de papel higiénico esparcidos por la habitación. ¿Habría entrado alguien?

Julia salió de la habitación, cerró la puerta y echó el cerrojo. Tendría que informar a Lesley y Deborah de inmediato.

Recorrió el pasillo y se detuvo ante la puerta cerrada del despacho de Deborah. Llamó y esperó. No hubo respuesta. Abrió la puerta.

Se llevó las manos a la boca al ver los cuerpos inmóviles de Lesley Humphries y Deborah Paignton.

Capítulo 9

Deborah Paignton estaba desplomada sobre su escritorio, con la cabeza apoyada en el brazo extendido. Junto a su mano había un vaso tumbado de lado; en la abertura del vaso se acumulaba un líquido púrpura.

Lesley Humphries estaba en el suelo, con la mano extendida igual que la de Deborah. Para completar el efecto espejo, Lesley también tenía un vaso vacío en la mano con el mismo líquido morado goteando sobre la alfombra.

Julia corrió al lado de Lesley y se agachó. Palpó el pulso de Lesley. Allí estaba. «¡Lesley! Soy yo, Julia. Voy a llamar a una ambulancia».

Julia se levantó y sacó el teléfono. Al pulsar los números, corrió al lado de Deborah y le puso la mano en el cuello. No sentía el pulso.

Julia habló por teléfono con la mayor calma que le permitió su acelerado corazón. Cuando terminó la llamada, Julia volvió junto a Lesley y se arrodilló a su lado. «La ambulancia está en camino, espera». Julia no quería separarse de las dos mujeres, pero necesitaba ayuda. Envió un mensaje rápido a su padre.

En dos minutos estaba en la puerta del despacho. Su rostro se puso blanco al ver la escena. Julia gritó: «¡Papá! No entres, podrías contaminar algo. Creo... -tragó saliva-, creo que Deborah ha muerto. Pero Lesley aún respira. He llamado a una ambulancia y a la policía. ¿Podrías esperarles en la puerta principal?».

Papá no habló. Asintió con la cabeza, pero parecía tener problemas para apartar la vista de la terrible escena. Caín apareció a su lado, miró dentro de la habitación y dijo: «Tenía el presentimiento de que hoy iba a ocurrir algo terrible, todo el mundo estaba demasiado contento. ¿Has llamado a la policía?»

Julia asintió. «Y a una ambulancia».

«De acuerdo. Les esperaremos en la puerta», dijo Caín. Agarró a papá del brazo y tiró de él.

Lesley dejó escapar un débil graznido e intentó abrir los ojos. «¿Julia? ¿Eres tú? ¿Qué hago en el suelo?»

Julia cogió la mano de Lesley y se la estrechó. «Intenta no hablar, la ambulancia no tardará en llegar».

Lesley se lamió los labios morados. Sus ojos se abrieron más. «El vino, sabía raro».

Julia miró hacia el escritorio de Deborah y hacia la botella abierta de vino de mora. Julia

respiró hondo. Alguien debía de haber envenenado el vino. Alguien había asesinado a Deborah Paignton, y casi había asesinado a Lesley. Julia apretó la mano de Lesley y le dijo: «Aguanta, Lesley, no quiero perderte». Julia se quedó callada mientras pedía a la ambulancia que se diera prisa.

Al cabo de unos minutos, las sirenas atravesaron el silencio. Julia oyó el murmullo de voces en el exterior. Las voces se hicieron más fuertes a medida que la gente se dirigía hacia el despacho de Deborah. Dos hombres uniformados entraron corriendo en la habitación y se pusieron a trabajar de inmediato.

Julia soltó de mala gana la mano de Lesley mientras un paramédico se arrodillaba a su lado. Julia señaló el vino de moras y dijo: «Creo que las han envenenado. Ésta es Lesley Humphries y la otra mujer es Deborah Paignton. Las dos trabajan en la escuela».

«Gracias, tenemos la situación bajo control. ¿Podrías salir de la habitación, por favor?»

Julia se dirigió hacia la puerta, pero sus piernas cedieron antes de llegar. Unos brazos fuertes la cogieron y tiraron de ella para abrazarla. Julia miró a papá y empezó a llorar. Papá la abrazó y le acarició la espalda. «Tranquila, tranquila, cariño. Te has llevado un buen susto, como todos». La llevó a una fila de sillas y la acomodó.

Julia resopló y se secó las lágrimas. «No puedo creerlo. ¿Quién querría hacerles daño? ¿Lo sabe mamá?»

Papá se sentó a su lado y le cogió la mano. «Sí, lo sabe. Está recogiendo sus cosas, ha dicho que va a ir al hospital con Lesley». Sacudió la cabeza. «Qué triste final para este maravilloso acontecimiento. ¿Qué hacemos ahora? ¿Nos quedamos? ¿Nos vamos a casa? Alguien tiene que cerrar la escuela».

Habló una voz familiar: «Ya puede dejarlo todo en manos de la policía, señor Rosenthorpe, ¿o debería llamarle Hulk?».

Julia levantó la vista hacia el rostro imperturbable de D. I. Clarke. Sus ojos azules le devolvieron la mirada. Sus caminos se habían cruzado muchas veces en el pasado. Julia intentó sonreírle.

Él le dedicó una pequeña sonrisa. «Nos volvemos a encontrar, Srta. Blake. No puedo decir que me sorprenda verte. Me sorprende más cuando llego a la escena de un posible asesinato y no estás allí».

Julia se levantó. «No es mi intención involucrarme en casos de asesinato. Pero fui yo quien encontró los cadáveres. Bueno, un cadáver y una persona que sigue viva. ¿Te hago una declaración?»

D I Clarke se llevó las manos a la espalda. «En buena hora. Por las pancartas que hay fuera, supongo que hoy ha habido una feria escolar. Y supongo que la mayoría de los visitantes ya se han marchado».

Julia asintió. Papá se puso a su lado y dijo: «Eso va a dificultar tu trabajo, ¿verdad? Hoy ha habido cientos de visitantes, cualquiera de ellos podría haber matado a Deborah Paignton». Suspiró. «Te aseguro que no era una directora popular. Vas a tener muchos sospechosos».

D I Clarke asintió. «Gracias por esa información. Haré que alguien te tome pronto todos los datos. ¿Te importaría esperarme mientras echo un vistazo al interior de la habitación donde ocurrió el incidente?».

«Por supuesto», contestó papá.

«¿Te acompaño?» preguntó Julia al inspector.

«No, gracias. Creo que puedo arreglármelas sola», contestó el inspector. Entró en la habitación.

Julia se quedó de pie a la entrada de la habitación y echó un vistazo. Se apartó mientras sacaban a Lesley en una camilla. Julia la llamó: «Mamá va contigo en la ambulancia». Luego volvió a centrar su atención en la habitación. D.I. Clarke y otro hombre estaban mirando a Deborah Paignton. Julia recorrió rápidamente la habitación. Vio algo que la hizo jadear.

El inspector levantó la vista y la miró irritado. «Srta. Blake, apártese de la puerta».

Julia levantó una mano hacia la pared del fondo. «¡Mira! ¡El palo que utiliza nuestro hombre de la piruleta! Está agrietado y doblado, no estaba como antes. ¿Han golpeado a Deborah con él?».

D I Clarke miró el palo y luego volvió a mirar a Julia. «Sabes perfectamente que no voy a darte ningún detalle en este momento. Te lo diré una vez más: aléjate de la puerta. Más tarde te tomaré declaración personalmente. Entonces podrás darme todos los pequeños detalles que recuerdes. ¿De acuerdo?»

Julia asintió, pero no se movió.

D I Clarke la miró más de cerca. En un tono más suave dijo: «Los paramédicos me han dicho que Lesley Humphries se pondrá bien».

«Gracias», dijo Julia y se apartó de la puerta.

Capítulo 10

Mamá telefoneó a Julia más tarde aquella noche. Le dijo que Lesley estaba bien y que pasarían la noche en el hospital. Mamá aún no había tenido ocasión de hablar con ella. Entonces mamá quiso saber todo lo que había pasado después de salir del colegio con Lesley en la ambulancia.

Julia dijo: «Papá y yo tuvimos que esperar una hora antes de que D I Clarke estuviera dispuesta a hablar con nosotros. Cain también esperó con nosotros, nos dijeron que nos sentáramos fuera, en los jardines del colegio. Había mucha gente yendo y viniendo». Hizo una pausa. «Papá se enfadó cuando se llevaron a Deborah en una camilla cubierta. ¿Está bien ahora?»

Mamá dijo: «Está bien. Aparte de ver cosas inquietantes en la tele, nunca había visto nada parecido. Me dijo que había hecho una declaración completa a la policía, y Caín también. ¿Qué les dijiste?

Julia suspiró y se recostó más en el sofá. «Les conté todo. Me senté con D. I. Clarke en un banco del jardín. Él escuchaba y un hombre a su lado tomaba notas. Le hablé de mi primer encuentro con Deborah y de cómo reaccionó cuando vio a Caín. Espero que D I Clarke no piense que Caín es sospechoso».

«Todos somos sospechosos, Julia. Tuve pensamientos asesinos hacia Deborah Paignton, estoy seguro de que no soy el único».

«Tener pensamientos asesinos es una cosa, actuar en consecuencia es otra. Le conté al inspector lo del vino y que era una botella donada para el puesto de la tómbola. Creo que va a intentar averiguar quién la donó».

Mamá dijo: «Le costará mucho hacerlo». Cuando se acerca una feria escolar, encontramos donaciones anónimas por todo el colegio. Aunque Lesley podría tener una idea. ¿Qué más le dijiste al inspector?».

«Le dije que había puesto el vino de mora en el despacho de Deborah. Le expliqué que su puerta estaba siempre abierta. Se limitó a asentir cuando se lo dije. Tuve que contarle lo de Barney Samson y su encontronazo con Deborah. ¿Te dijo papá que el palo de Barney estaba en el despacho de Deborah?».

«Sí. Dijo que estaba dañado, como si alguien lo hubiera golpeado contra una pared o algo así».

«Sí, no sé cómo se puso así. Pero significa que Barney entró en el despacho de Deborah después de haber hecho un trabajo de cruzado escolar fuera. Deborah lo vio desde su ventana

ayudando a la gente a cruzar la calle, salió y le echó la bronca. Mamá, le echó delante de todos. Barney volvió a la sala para contarnos a Lesley y a mí lo que había hecho, y luego se dirigió al pasillo y, presumiblemente, al despacho de Deborah».

Se hizo el silencio por un momento. Mamá lo rompió diciendo: «¿Cree D I Clarke que Barney puso algo en el vino? ¿Cree que Barney mató a Deborah?».

Julia suspiró. «D I Clarke nunca me deja saber lo que piensa, pero ahora Barney debe de ser sospechoso. ¡No puedo creer que hiciera algo así! D I Clarke ha dicho que va a hablar con Barney. Sé que alguien más entró en el despacho de Deborah antes de que terminara la feria. No quería decírselo al inspector, pero tenía que hacerlo».

«¿Quién era?»

«Imogen. Recogió todo el dinero de los puestos y entró en el despacho. Sólo estuvo un par de minutos, pero fue tiempo suficiente para...». Julia no terminó la frase.

Mamá dijo: «No creo que Imogen sea capaz de asesinar. Supongo que el vino de moras estaba envenenado. ¿De dónde sacaría Imogen el veneno?».

Julia explicó: «Hay muchos productos químicos peligrosos en la habitación de Seth, cualquiera podría haber vertido algo en el vino si tenía acceso a esa habitación. Barney tenía llave de la habitación de Seth, e Imogen también. Y cuando fui a recoger el material de limpieza al final de la feria, la puerta estaba abierta».

Mamá soltó una carcajada. «¡Esto no me gusta, Julia! No creo ni por un segundo que Barney o Imogen hicieran algo tan drástico como envenenar a Deborah y Lesley. ¿Por qué lo harían?»

Julia dudó un segundo y luego dijo: «Deborah ha despedido hoy a Barney. Ya sabes cuánto le gusta ese trabajo». Mamá volvió a reírse. Julia continuó: «Y en cuanto a Imogen, siempre parecía tener miedo de Deborah. ¿Por qué? ¿Sabía Deborah algo sobre ella que nadie más sabía?».

«Hmm, esa idea ya se me había pasado por la cabeza antes. Bueno, ¿qué vamos a hacer con Barney e Imogen? Tenemos que limpiar sus nombres».

Julia dijo: «Aún no he terminado con los visitantes del despacho de Deborah. D Clarke miré el libro de firmas de hoy. Seth había firmado a las 12.20».

Mamá se quedó boquiabierta. «¿Seth? ¿Nuestro Seth? Nunca le he visto».

«Yo tampoco. Pero vi algo extraño en la habitación de Deborah cuando la encontré con Lesley. En su escritorio, junto al vino de mora, vi dos jarras, una de té y otra de café. Se parecían a las que Seth tenía en su habitación. Le dije a D. Clarke esto. Envió a un hombre a comprobar la habitación de Seth, las caddies no estaban allí».

«No lo entiendo. ¿Por qué iban a estar los caddies en la habitación de Deborah?».

«No estaban antes, cuando puse allí el vino. Seth debió de entrar en la escuela a las 12.20 y se fue a su habitación. Cogió los caddies y los colocó en el escritorio de Deborah. Quizá dejó su habitación sin cerrar».

Un pensamiento tácito pasó entre ellos. Mamá acabó diciendo: «¿Estás pensando que Seth podría haber cogido algún producto químico de su habitación y luego haber puesto algo en el vino de mora? ¡No! No puedo creerlo».

«Mientras hablaba con el inspector recibió una llamada de su despacho. La policía se había llevado el vino de mora, lo habían analizado inmediatamente y habían descubierto que había sido envenenado».

Mamá dijo: «Julia, ¿qué está pasando? No puedo creer que ninguno de nuestros amigos asesinara a Deborah Paignton e intentara asesinar a Lesley».

Julia se detuvo un momento y luego dijo: «Alguien lo hizo».

Capítulo 11

Julia no durmió bien aquella noche. No dejaba de pensar en Deborah Paignton y Lesley. En un momento dado se sobresaltó al pensar en el vino de mora. ¿Y si alguien le guardaba rencor a la escuela y había donado una botella de vino envenenado, sin importarle quién la bebiera? Le entró un sudor frío en la frente. Estuvo tentada de telefonear a D. I. Clarke para contarle sus pensamientos, pero eran las tres de la madrugada. Sabía que él no apreciaría una llamada suya a esa hora, ni a ninguna hora, aunque sólo fuera para expresarle sus preocupaciones.

Se levantó unas horas más tarde y estuvo dando vueltas por su casa la mayor parte de la mañana. Se puso al día con sus cuentas y limpió bien la casa. Desde que Sam y Chloe se habían ido a la universidad, la casa nunca necesitaba mucha limpieza. Julia suspiró mientras guardaba el aspirador. Prefería tener a sus hijos en casa, por mucho desorden que hicieran.

Mamá llamó a la una de la tarde. Después de preparar una taza de té y sentarse a la mesa de la cocina, dijo: «He ido a ver a Lesley esta mañana. Tenía mucho mejor aspecto. Hemos hablado de lo que pasó ayer en el despacho de Deborah».

Julia acercó su taza. «¿Lesley está bien?»

Mamá asintió. «Los médicos encontraron restos de arsénico en su sangre, pero no mucho».

«¡Arsénico! ¿La gente todavía usa eso? ¿De dónde lo sacarían? ¿Pusieron arsénico en el vino de moras o sólo en los vasos?».

Mamá levantó la mano. «Si dejas de interrumpir, te lo contaré todo. Sí, había arsénico en el vino. En fin, volvamos a la feria y a lo de ayer. Lesley te dejó en el vestíbulo cuando terminó la feria. Entró en el despacho de Deborah. Deborah estaba allí, sentada en su escritorio. Deborah se quejó de que la pillaran fuera del colegio y de tener que hablar con la gente. Lesley escuchó y luego le contó a Deborah lo bien que había ido la feria escolar, mejor que ningún otro año por lo que parecía. Al parecer, Deborah sonrió en ese momento».

Julia enarcó las cejas. «¿Una sonrisa de verdad?

Mamá asintió. «Al parecer, sí. Deborah cogió el vino de mora y dijo que debían tomar una copa para celebrarlo, incluso había servido el vino en copas antes de que Lesley entrara en la habitación. Incluso hizo la broma de desear que fuera una botella de algo más fuerte. Lesley quería volver a la sala, pero sintió que debía compartir una copa con Deborah. Cogió el vaso que Deborah le ofrecía, bebió un sorbo y luego intentó sentarse. Fue entonces cuando empezó a sentirse mareada, dijo que todo se volvió negro, y eso es lo último que recuerda. Recuerda

vagamente que estabas allí antes de que llegara la ambulancia».

Julia bebió un trago de té y pensó en lo que había dicho mamá. «¿Lesley sabe lo de Deborah?».

Mamá suspiró. «Sí, lo sabe. Se lo dijo un médico. Y tu inspector vino a hablar con ella esta mañana a primera hora». Mamá negó con la cabeza. «Lesley se siente muy culpable. Dice que si no hubiera ido a la consulta de Deborah, ésta no habría sentido la necesidad de beberse el vino».

«Eso no tiene sentido. Podría haberse bebido el vino tanto si Lesley estaba allí como si no. Mamá, ¿crees que la botella se envenenó deliberadamente cuando estaba en el despacho de Deborah?».

Mamá le dedicó una sonrisa irónica. «Sé lo que estás pensando. Yo también lo he pensado. Sé que es muy duro decirlo, pero espero que en el despacho de Deborah envenenaran la botella a propósito. Odiaría pensar que alguien donó una botella manipulada sin importarle quién saliera herido».

Hubo un momento de silencio mientras bebían su té.

Mamá dejó la taza y dijo: «Bueno, ¿qué vas a hacer al respecto?».

Julia se encogió de hombros. «No puedo hacer nada, no tiene nada que ver conmigo. La policía se encargará de la investigación». Miró hacia la mesa y añadió: «Las últimas palabras que me dirigió D. I. Clarke fueron que les dejara la investigación a ellos y que no interfiriera de ninguna manera».

Mamá dio un golpecito en la mesa. «¿No te dice siempre eso? Julia, mírame». Julia lo hizo. Mamá continuó: «Nuestros amigos se han convertido en sospechosos de asesinato. No podemos dejar que esta investigación se alargue mientras la policía se las arregla. Tienes que limpiar sus nombres de alguna manera».

«Me gustaría, pero ¿cómo? No puedo acercarme a cada persona e interrogarla».

«Tengo una idea al respecto», dijo mamá. «Mañana por la noche tenemos una reunión en el colegio para hablar de cómo ha ido la feria del sábado. Tienes que estar allí».

«¿Sigue en pie la reunión? Después de...»

«Sí, tiene que ser. Acompáñanos y vigila a todo el mundo, fíjate si alguien actúa de forma especialmente sospechosa. Y así es como te acercarás a los principales sospechosos». Mamá esbozó su plan.

Julia asintió. «Vale, puede que funcione. Mamá, yo haré mis propias investigaciones, pero tú tienes que prepararte. Seth, Barney o Imogen podrían resultar ser asesinos. Ya me he dejado engañar antes por la supuesta inocencia de la gente».

Mamá le dedicó una sonrisa triste. «Estoy preparada para eso. Gracias por hacer esto, Julia».

Capítulo 12

Cuando Julia recogió a Caín el martes por la mañana, le contó todo lo ocurrido en la reunión de la tarde anterior en el colegio.

Caín asintió mientras escuchaba. «Me hubiera gustado estar allí, pero no quería dejar solo a Buster, aún se está adaptando».

Julia sonrió mientras conducía. «Papá me dijo que ayer te llevó a comprar una pecera para Buster».

«Sí. También le compré a Buster algunos juguetes, unas cuantas rocas para que nadara alrededor y un puente bajo el que nadar». Se rió. «Incluso le compré un barco pirata hundido, creo que es su favorito. Ray me dijo que comprara algunos libros sobre el cuidado de los peces de colores. Me alegro de que lo hiciera. Tener una mascota es mucha responsabilidad. Imagino que es como tener hijos».

«Me lo imagino», dijo Julia con una sonrisa. «¿Qué te parece el plan de mamá?»

«Me gusta. ¿Cómo reaccionó Imogen cuando se enteró?»

«Un poco sorprendida. Bueno, se sorprendería, ¿no? Cuando mamá anunció que había puesto el nombre de todo el mundo en una rifa secreta y que Imogen había ganado el primer premio, bueno, Imogen no sabía qué decir. Pero como el primer premio consistía en seis horas de limpieza gratis de nuestra parte, no podía negarse mientras yo le sonreía. Me llamará más tarde para concertar nuestra primera visita».

«¿Y los otros supuestos ganadores? ¿Cómo reaccionaron?»

Julia giró a la izquierda en una calle de casas adosadas. «Seth y Barney no estaban allí. Mamá intentó llamarles, pero no obtuvo respuesta». Detuvo el coche a mitad de camino. «Por eso estamos ahora delante de la casa de Seth. Vamos a hacerle una visita sorpresa y a decirle que ha quedado segundo en el sorteo secreto de mamá. Espero que participe».

Caín se soltó el cinturón de seguridad. «¿Cómo estaba la gente anoche en la reunión? ¿Habló la gente de Deborah Paignton?».

«La gente no habló de otra cosa durante los primeros quince minutos. Mamá les dijo que Lesley ya estaba en casa y que no iría al colegio durante un tiempo». Hizo una pausa y frunció el ceño. «Pero había algo. ¿Sabes que últimamente Imogen parece cansada y casi asustada?».

Caín asintió. «He visto esa mirada muchas veces en la cárcel en hombres que son víctimas de algún tipo, parece como si estuvieran esperando su próximo ataque en cualquier momento».

Sacudió la cabeza. «He visto cometer más crímenes dentro de la cárcel que en la tele».

«Lo siento, Caín, no pretendía disgustarte. De todos modos, Imogen parecía relajada anoche, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima».

«Podría ser la posible asesina», anunció Cain. Captó la mirada sorprendida de Julia y levantó las manos. «¡Estabas pensando lo mismo!»

«Supongo que sí, es difícil no pensar en alguien como posible sospechoso. Venga, vamos a charlar con Seth. Si está».

Julia y Caín salieron del coche. Julia recogió el equipo de limpieza del maletero y subió por el pequeño sendero hasta la casa de Seth. La puerta se abrió al segundo golpe.

«¿Sí? ¿Qué quieres? No voy a comprar nada».

Julia miró a la mujer corpulenta que tenía delante. Fornida fue la palabra que le vino a la mente. La mujer llevaba unos pantalones de jogging desteñidos y una camiseta de aspecto bobalicón. Llevaba el pelo corto y gris, y de la boca le colgaba un cigarrillo encendido.

Julia esbozó una sonrisa y dijo: «Busco a Seth, Seth Maddocks. Creía que vivía aquí».

La mujer se quitó el cigarrillo de la boca y miró a Julia de arriba abajo. Su atención se volvió hacia Caín y también lo miró de arriba abajo. «Puede que viva aquí, puede que no. ¿Para qué lo quieres?

Julia dijo: «Ha ganado un premio».

«¿Sí? ¿Qué clase de premio?»

Julia levantó su bolsa de artículos de limpieza. «Ha ganado cuatro horas de limpieza de mi parte. Soy Julia Blake, tengo mi propia empresa de limpieza. Y éste es Cain, trabaja conmigo».

La mujer dio una calada a su cigarrillo y entrecerró los ojos.

Julia continuó: «Mi madre trabaja en el colegio Cloverfield. El sábado celebraron una feria escolar y Seth entró en un sorteo. ¿Vive aquí?».

La mujer sacó el cigarrillo y sopló una nube de humo hacia ellos. «Claro que vive aquí. Nunca me dijo nada de un sorteo. ¿Ha ganado el último premio? Es un inútil, nunca gana nada que merezca la pena».

Julia se encrespó. «En realidad ganó el segundo premio. ¿Se apunta o no?»

«¡No me hables en ese tono, jovencita! Has llamado a mi puerta, eres tú quien me molesta. No, no está. No le veo desde el sábado por la mañana. Se ha ido a pasar una temporada con su hermano».

«¿Sabes cuándo volverá?».

La mujer se encogió de hombros. «Ni idea, no me cuenta nada. Sólo soy su esposa».

¿Esposa? Julia esperó que el asombro no se reflejara demasiado en su rostro. No tenía ni idea de que Seth estuviera casado. Y casado con una mujer que parecía ser todo lo contrario a él.

Julia empezó a darse la vuelta. «Vale, gracias. Siento haberte molestado».

«¿Adónde crees que vas?», gritó la mujer. «Todo lo que ha ganado Seth también me pertenece». Se hizo a un lado y abrió más la puerta. «Puedes empezar por el cuarto de baño. Hace unas semanas que no lo limpio bien».

Julia se estremeció cuando el humo de la puerta abierta se dirigió hacia ellos. Una parte de ella sintió ganas de salir corriendo, pero recordó por qué estaba allí. Quizá podría hablar más con la mujer de Seth una vez que estuvieran dentro, averiguar por qué Seth había abandonado la escuela tan bruscamente. Y averiguar por qué se había presentado el sábado en la feria escolar.

Julia entró en la casa. Miró por encima del hombro y asintió a Caín con la cabeza. El pobre hombre también parecía querer salir corriendo.

Caín siguió a Julia al interior de la casa. La mujer cerró la puerta tras ellos y levantó el pulgar.

«El baño está ahí arriba. No hagáis ruido, estoy viendo mis programas». Los empujó y entró en una habitación cercana. Julia y Caín caminaron por el pasillo y miraron la habitación en la que ella acababa de entrar.

Caín parpadeó y se secó los ojos. Siseó: «¡Julia! Aquí apesta a cigarrillo!».

Julia asintió y susurró: «Lo sé, no nos quedaremos mucho tiempo». Miró a la mujer de Seth, que ahora estaba instalada delante de un gran televisor. Las personas que aparecían en la pantalla discutían sobre quién era el verdadero padre del bebé de otra persona. Julia echó un vistazo al papel pintado, era amarillo. No estaba segura de si era su color original o si lo había teñido el humo constante de los cigarrillos.

Julia y Caín se alejaron de la habitación y subieron las empinadas escaleras. Se detuvieron arriba. Julia dijo: «Aún no has conocido a Seth, pero es uno de los hombres más amables y dulces que puedas conocer. No me lo imagino casado con alguien como...». Indicó el piso de abajo.

Cain se encogió de hombros. «Quizá la quiera. ¿De verdad tenemos que limpiar el baño?».

Julia abrió la puerta del baño. «La mujer de Seth dijo que hacía unas semanas que no lo limpiaba, no puede estar tan mal». Entró en la habitación e inmediatamente volvió a salir. Hizo una arcada y se tapó la boca con la mano. Luego abrió el bolso y sacó dos mascarillas. Le dio una a Caín y le dijo: «Vamos a necesitarlas. Prepárate, vamos a entrar».

Julia y Caín nunca habían limpiado un cuarto de baño con tanta rapidez. Julia abrió la ventana para que entrara aire fresco. Aún les costaba respirar.

A través de la mascarilla, Caín dijo: «¿Estás seguro de que Seth vive aquí? Esa mujer podría estar mintiendo, podríamos estar limpiando la casa de un completo desconocido».

Julia limpió rápidamente la manilla de la puerta y tiró de ella para cerrarla. Se bajó la máscara y dejó escapar el aliento que había estado conteniendo. «¡Qué asco! Espero que sea la mujer de Seth, si no, le cobraré el doble a esa mujer de abajo».

Llamaron con fuerza a la puerta principal. Julia puso la mano en el brazo de Caín y susurró: «Conozco ese golpe».

Escucharon cómo la mujer de abajo maldecía y luego se dirigió hacia la puerta principal. La abrió y dijo: «¿Sí? ¿Qué quieres? No voy a comprar nada».

Una voz fría respondió: «No vendo nada. Soy D I Clarke. Supongo que eres la Sra. Bessie Maddocks».

«Sí, ¿y qué?»

«Vengo a hablar con su marido, Seth Maddocks. ¿Está?»

«No.»

«Entonces hablaré con usted, Sra. Maddocks. ¿Puedo pasar?» La última parte no la dijo como una petición.

Caín miró a Julia y susurró: «¿No deberíamos bajar y avisar al inspector de que estamos aquí?».

Julia le hizo un gesto con la mano y dijo: «Enseguida. ¡Shh! No oigo lo que dicen».

Bajó sigilosamente unos escalones, se sentó y ladeó la cabeza. Caín hizo lo mismo. La televisión se quedó en silencio. D I Clarke empezó a hablar.

Capítulo 13

Julia frunció el ceño al oír el murmullo de la voz de D. I. Clarke. «Habla más alto», murmuró.

No necesitaba decirle a Bessie Maddocks que hablara más alto, pues la mujer tenía una voz tan fuerte como la proverbial sirena de niebla.

Bessie declaró en voz alta: «¡No me sorprende que quieras hablar con Seth sobre una investigación de asesinato! Es tan tonto como para involucrarse en algo tan estúpido. ¡A saber por qué me casé con ese vago! ¿Cómo? ¿Adónde ha ido? A casa de su hermano». Hubo una pausa. «Claro que tengo su dirección, espera». Hubo otra pausa y entonces Bessie leyó en voz alta una dirección. Julia la introdujo en su teléfono.

Se oyeron más murmullos de D. I. Clarke. Bessie respondió a su pregunta: «No sé qué hizo el sábado por la mañana, ¿por qué iba a saberlo? Sólo sé que me dejó una nota diciendo que se iba a quedar en casa de su hermano. No sé cuándo volverá, no soy su guardián. ¿Qué me dijiste de ese estúpido trabajo suyo en la escuela?». Una pausa. «Ha presentado su renuncia. ¿Por qué lo ha hecho? ¡Idiota! ¿Cómo voy a pagar ahora las facturas? No puedo conseguir trabajo, tengo problemas de salud».

El inspector murmuró aún más. Bessie dijo: «Le encantaba ese trabajo en la escuela, Dios sabe por qué, no es natural que te guste tanto trabajar. Siempre estaba en aquella escuela, desde primera hora de la mañana hasta última hora de la noche. Apenas le veía. No es que quisiera. Cuando está en casa me pone de los nervios, siempre quejándose de que fumo».

Julia pensó en el comentario de Lesley, en que Seth pasaba mucho tiempo en la escuela. Empezaba a comprender por qué lo hacía.

Bessie volvía a hablar: «No sabía que había un nuevo director, Seth nunca hablaba de ello. ¿Cómo iba a saber lo que sentía por ella? Eso no es asunto mío. ¿Hemos terminado? Me estoy perdiendo el programa».

Se oyó un poco más de murmullo por parte del inspector y luego el ruido de gente caminando. La puerta principal se abrió y D I Clarke dijo: «Aquí tienes mi tarjeta, si tu marido vuelve a casa dile que me llame lo antes posible».

Bessie emitió una especie de gruñido a cambio. Dio un portazo y se marchó. La televisión volvió a sonar cinco segundos después.

Julia miró a Caín. «Bueno, ¿qué te parece?».

Caín se encogió de hombros. «No nos dice mucho más. ¿Vamos a ver al hermano de Seth?».

Julia se levantó. «Creo que deberíamos». Su teléfono emitió un pitido y ella miró el mensaje que le había llegado. Sus mejillas se sonrojaron. «Es de D I Clarke, sabe que estamos aquí. Ha visto mi coche fuera». Apretó los labios mientras leía el resto del mensaje.

Cain dijo: «¿Te está diciendo que te alejes del hermano de Seth?».

Ella asintió. «Ha añadido que si mamá o Lesley tienen noticias de Seth se lo comuniquen inmediatamente». Sonrió a Caín. «Si pasamos por delante de la casa del hermano de Seth, siempre podemos entrar a saludar, no haremos ningún daño». Su rostro se tornó sombrío mientras recogía su bolsa de la limpieza. «Es hora de escapar. Seguidme».

Julia bajó rápidamente los escalones, Caín iba justo detrás de ella. Se acercaron de puntillas a la puerta principal y la abrieron en silencio. Julia le dio las llaves del coche a Caín y siseó: «¡Arranca el coche!». Caín cogió las llaves y corrió hacia el coche. Julia esperó un segundo y gritó: «¡Señora Maddocks! ¡Hemos terminado! Adiós». Salió corriendo por la puerta.

Justo antes de que pudiera cerrarla, oyó un gruñido de Bessie Maddocks seguido de: «¡Espera! Hay más cosas que hacer».

Julia cerró la puerta, corrió hacia su coche, arrojó la bolsa de la limpieza a Caín, saltó al asiento del conductor y se alejó a toda velocidad como si el mismísimo Diablo los persiguiera.

Caín dijo: «¡No volveré nunca a esa casa! ¿Cómo puede ensuciarse tanto un cuarto de baño?

Julia hizo una mueca. «La verdad es que los he visto peores. La pregunta más importante es: ¿por qué está casado Seth con una mujer así? ¿Tiene algún tipo de control sobre él?». Miró por el retrovisor. «¡Casi esperaba que saliera corriendo detrás de nosotros! ¿Estás bien?

Caín asintió y luego sonrió. «La vida no es aburrida trabajando para ti».

Julia y Cain pasaron el resto del día en varias casas. Julia seguía sin tener noticias de Imogen sobre hacer trabajos de limpieza para ella. Y a pesar de dejarle varios mensajes, Barney Samson tampoco se había puesto en contacto con ella.

Después de dejar a Caín en su casa, Julia condujo hasta la suya y se alegró de ver el coche de papá aparcado fuera. Se alegró aún más cuando entró en la cocina y encontró un pastel de carne caliente esperándola.

Papá cogió su abrigo y su bolso y la condujo hacia la mesa. «Buenas noches, señora, su mesa está lista».

Julia le dio un rápido abrazo. «Gracias, papá, eres muy amable conmigo».

«Lo sé. ¿Cómo te ha ido el día?» Puso su bolso y su abrigo en un armario y luego se reunió con ella en la mesa.

Julia le contó su visita a casa de Seth.

Papá asintió. «Ah, conociste a Big Bessie».

El tenedor de Julia se detuvo a medio camino de su boca. «¿La Gran Bessie? ¿La conoces? ¿Así es como la llamas? Yo no me atrevería a llamarla así».

Papá se cruzó de brazos. «Sí, todo el mundo la llama así. Es una habitual del bar».

Julia le hizo un gesto con el tenedor, ahora vacío. «¿Desde cuándo la conoces? ¿Sabías que estaba casada con Seth? Y si es así, ¿por qué no me lo dijiste?».

Papá se apartó el tenedor de la nariz. «Hablas como la policía. Creía que sabías que Seth estaba casado con Big Bessie. Tu madre lo sabe, creía que era de dominio público. ¿No has oído a tu madre y a Lesley cotillear sobre ellos? ¿Diciendo lo extraña que es la pareja?».

«Nunca escucho cotilleos. ¿Bessie va al bar con Seth? ¿Cómo son juntos?

«Seth nunca va al bar. Bessie va a menudo y siempre tiene algo que vender. Hay muchos rumores sobre el tipo de cosas que vende».

«¿Cosas robadas?»

«Posiblemente».

Julia comió en silencio un rato más y luego apartó el plato vacío. «¿Cómo puede vender Bessie cosas robadas en el bar, qué dirá el dueño si se entera?».

Papá le dedicó una sonrisa amable. «Oh, mi inocente hija. ¿Has visto el tamaño de la Gran Bessie? ¿Querrías decirle que se fuera de tu bar? Además, el dueño es su hermano». Se levantó y llevó el plato de Julia al fregadero. «Esta noche voy al pub, es noche de concursos. Caín vendrá conmigo. Vigilaremos discretamente a Big Bessie, veremos qué tipo de cosas vende. Veremos si Seth está metido en algo que no debería. Yo no puedo verlo, pero no pasa nada por averiguarlo».

Julia se levantó. «Voy contigo. Tú y Caín siempre vais al pub sin mí».

Papá la devolvió suavemente a su asiento. «No, no vas. En primer lugar, discreto no es tu segundo nombre, y en segundo, nuestro equipo de concursos es sólo de hombres. Sólo nos traerías mala suerte». Señaló hacia el horno. «Ahí dentro se está calentando una tarta de manzana, ya estará lista. No querrás dejar que se enfríe e irte a un bar maloliente, ¿verdad?».

El aroma de la tarta de manzana caliente llegó hasta Julia. Ella dijo con indiferencia: «Me quedaré aquí. Pero quiero un informe completo de los movimientos de Bessie».

Papá le hizo un saludo simulado. «¡Sí, sí, capitán!»

Capítulo 14

Caín estaba pletórico cuando Julia lo recogió a la mañana siguiente. Subió al coche con un haz de luz tan enorme que Julia pudo ver los empastes de sus dientes posteriores.

El flaco pecho de Caín se hinchó y anunció: «¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado el concurso del pub! ¡Y todo gracias a mí! ¿Te ha contado tu padre lo que ha pasado? Ha sido increíble».

Julia sonrió a su joven amigo. «Aún no he hablado con papá, ¿por qué no me cuentas tú lo que ha pasado? Cuéntamelo ahora, antes de que nos pongamos en marcha».

Caín asintió y sonrió un poco más. «No creí que se me diera bien el concurso por haber estado encerrado los últimos doce años. Pensé que habría muchas preguntas sobre música y acontecimientos recientes. Y las había, para empezar». Su sonrisa se desvaneció y sacudió la cabeza. «Me sentía inútil. No respondía a ninguna pregunta. Seguro que Ray deseaba haberme dejado en casa».

«Papá nunca pensaría eso. ¿Se hicieron más fáciles las preguntas?»

La sonrisa de Cain volvió. «¡Sí! Había preguntas sobre literatura. Leí mucho por dentro y pude responder a las preguntas. Se redujo a un desempate entre nosotros y un grupo de maquinistas. Era una pregunta sobre 1984 de George Orwell. He leído ese libro docenas de veces. Y...», hizo una pausa dramática.

«Sigue con ello. No tenemos todo el día», interrumpió Julia.

«¡He acertado la respuesta! ¡Y hemos ganado! Tu padre estaba muy contento». Caín miró por la ventana y se rió para sus adentros. «Ha sido la mejor noche de mi vida. Creo que estoy haciendo más amigos, con la ayuda de Ray». Se volvió hacia Julia. «Nunca podré agradecerte lo suficiente que me emplearas. Mi vida ha cambiado a mejor desde que te conocí».

Julia le dirigió un brusco: «Está bien, no es para tanto. Me alegro de que hayas ganado el concurso. Y ahora, ¿qué me dices de Bessie, la mujer de Seth? ¿Estaba en el bar?».

Caín se estremeció. «Me había olvidado de ella. Ray y todos los demás la llaman Gran Bessie, yo no me atrevería a llamarla así a la cara. Sí, estaba allí. Estaba sentada en una esquina, rodeada de gente. Ray me dio un codazo cuando ella entró por primera vez en el bar. Llevaba una bolsa grande y era evidente que pesaba mucho. Se sentó en la esquina y el dueño le invitó a una copa. Es su hermano, ¿lo sabías?».

Julia asintió. «Lo sabía».

«Al cabo de unos minutos la gente empezó a acercarse a su mesa. Intentaban pasar

desapercibidos, pero era evidente que no tramaban nada bueno. Tenían una mirada sospechosa. Uno a uno, se sentaron y murmuraron algo a Big Bessie. Y uno a uno se marcharon con bolsas de plástico en las manos. No pude ver lo que contenían, ni tampoco lo que ocurría en la cabina de la esquina desde donde yo estaba, sólo podía ver la nuca de Big Bessie».

Julia frunció el ceño y miró por el parabrisas. «Me pregunto qué estaría vendiendo. ¿Volvemos esta noche al pub para verlo más de cerca?».

Cain sacó su teléfono. «No hace falta. Cuando hubo un descanso en el concurso le dije a Ray que necesitaba acercarme a Big Bessie. Se le ocurrió la idea de que hiciera fotos en el pub. Ahora nadie pestañea cuando haces fotos, ¿verdad? Creo que la gente ni siquiera se da cuenta de que se está haciendo una foto».

«Es verdad. ¿Has sacado fotos de Big Bessie?».

Cain le tendió el teléfono. «Tengo unas muy buenas de tu padre, ¿no te parece gracioso? Puede que imprima ésta».

Julia soltó una carcajada. «¡Déjate de mi padre! ¿Y Bessie?

Cain dio unos golpecitos en la pantalla. «Ray hizo un espectáculo haciendo poses tontas por el pub, se hacía pasar por modelo, se acercó a Big Bessie y saqué un montón de fotos». Le tendió el teléfono a Julia.

Julia enarcó las cejas. «¿Material de limpieza? ¿Rollos de papel higiénico? ¿Es papelería? Espera». Miró más de cerca. «He visto antes esas botellas de lejía. Son de tamaño industrial, sólo se consiguen en ciertos mayoristas». Bajó el teléfono. «Las he visto en la habitación de Seth en la escuela. He visto todas estas cosas que vende Bessie».

Se miraron y apretaron los labios como si intentaran retener las palabras.

Julia habló primero: «Si han salido de la escuela, entonces Seth debió de robarlas y dárselas a su mujer para que las vendiera».

Cain interrumpió: «Y quizá Deborah Paignton descubrió lo que pasaba y amenazó con contárselo a la policía».

Julia terminó diciendo: «Y Seth mató a Deborah Paignton para impedir que lo hiciera». Le devolvió el teléfono a Cain, con una mirada triste. «Esto no me gusta. Conozco a Seth desde hace años, no puedo imaginar que mataría a alguien».

Cain le devolvió el teléfono. «Pero parece que estaba robando material del colegio».

«No me sorprendería que Bessie le obligara a robar cosas. Es tres veces más grande que Seth». Julia suspiró. «Ojalá pudiéramos hablar con él, averiguar qué está pasando realmente». Volvió a mirar a Caín. «Pero sé lo que tenemos que hacer».

«¿Decirle a D. I. Clarke?» dijo Caín.

Julia sacó su propio teléfono. «Sí. ¿Puedes enviarme esas fotos y luego yo se las enviaré a D I Clarke? Gracias».

Cain reenvió las fotos y Julia telefoneó al inspector. D I Clarke escuchó amablemente y no preguntó en absoluto por qué Cain estaba en el pub la misma noche que Big Bessie. Julia le preguntó tímidamente si ya había hablado con Seth.

«No, aún no hemos conseguido localizarle. Y antes de que haga más preguntas, señorita Blake, tampoco hemos conseguido averiguar de dónde procedía el vino de moras. ¿Había algo más?»

«No, gracias», dijo Julia. Siempre se sentía como si estuviera hablando con un profesor malhumorado cuando hablaba con D. I. Clarke.

Terminó la llamada con: «Como te he dicho muchas veces en el pasado, por favor, déjanos las investigaciones a nosotros». Hubo una pausa, Julia contuvo la respiración esperando sus siguientes palabras. «Pero, como tienes un talento asombroso para interferir, si encuentras alguna

información que pueda ayudarnos en nuestra investigación, ponte en contacto conmigo. Adiós».

Julia se quedó mirando el teléfono. «Qué raro». Le contó la conversación a Caín.

Caín arrugó el ceño. «¿Significa eso que quiere que te involucres o que dejes el caso en paz?».

«No estoy segura. Julia guardó el teléfono. «Tendré que pensarlo más tarde. Tenemos que llegar a nuestro primer trabajo».

Caín se puso el cinturón. «¿Vamos a dejarlo todo en manos de la policía ahora?».

Julia arrancó el coche y le dedicó una rápida sonrisa. «Por supuesto. Pero esta tarde vamos a ver a Barney Samson. No ha vuelto a por el libro pirata para colorear que ganó. Se preguntará dónde está. Tenemos que devolvérselo. Es de vital importancia».

«Y de paso podemos charlar un poco con él», añadió Cain.

Julia asintió. «Sabía que era una buena idea emplearte».

Capítulo 15

Julia se detuvo frente a la casa de Barney poco después de las tres de la tarde.

«Es un bonito bungalow», dijo Cain. «¿Por qué hay una rampa? ¿Y por qué hay pasamanos en las paredes?».

Julia respondió: «Son para la mujer de Barney, que es discapacitada. He coincidido con ella varias veces en actos escolares, pero no la he visto últimamente. Vamos».

Julia cogió el libro para colorear y se dirigió al bungalow de aspecto cuidado.

Una mujer con uniforme azul claro abrió la puerta.

«Hola, soy Julia Blake, y éste es mi colega, Cain Andrews», empezó Julia. Tenía el premio secreto de la rifa como excusa para hablar con Barney, pero también tenía su libro. ¿Cuál utilizar primero? Levantó el libro. «Ayudamos en la feria del colegio Cloverfield el sábado y Barney ganó esto. ¿Se apunta?»

La mujer frunció el ceño y negó con la cabeza. «No, ahora estará en el colegio. Es casi la hora de volver a casa para los niños, el señor Samson siempre sale justo antes de las tres».

«Ah.» Julia compartió una mirada con Caín, estaba claro que la mujer no sabía que habían despedido a Barney. «Por supuesto. Iremos a la escuela y se lo entregaremos. Perdona que te moleste».

La mujer sonrió. «No pasa nada. ¿Conoces bien al señor Samson?»

Julia asintió. «Sí que le conozco. Mis hijos fueron al colegio Cloverfield. No creo que hubiera un solo día en que Barney no estuviera en el cruce escolar».

«Es un hombre encantador, tan bondadoso», prosiguió la mujer. Señaló con la cabeza hacia el interior del bungalow. «Trabajo para él desde hace unos años, ayudo a su mujer, es discapacitada». Suspiró y sacudió la cabeza. «Pobre señor Samson, quiere tanto a su mujer que haría cualquier cosa por ella. En mi opinión, hace demasiado por ella. Me alegro de que tenga ese trabajo en la escuela, le da un respiro de su mujer. Tuve que obligarle a pasar más tiempo lejos de ella, para recargar las pilas, por así decirlo. Va a clases nocturnas durante la semana, ¡ha aprendido de todo! Cocina, pintura con acuarelas, vinicultura, incluso mantenimiento de coches, ¡y no tiene coche! Le viene bien salir. Pero le encanta su trabajo en la escuela, no sé qué haría si lo perdiera». La mujer se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta como si se dispusiera a charlar.

Julia dijo bruscamente: «Gracias por tu ayuda, intentaremos pillar a Barney en el colegio».

Giró sobre sus talones y se alejó, con Caín a su lado.

Cuando ya estaban en el coche y se habían alejado, Cain dijo: «Era una charlatana, ¿verdad?».

«Sí. Normalmente dejaría que alguien como ella siguiera hablando, pero quiero ver si Barney ha vuelto realmente a su trabajo en la escuela. Cuando tuvo aquel encontronazo con Deborah Paignton el sábado, volvió a la sala y nos dijo a Lesley y a mí que Deborah le había despedido. Mamá dice que no ha vuelto a la escuela desde el sábado. Han intentado llamarle, pero no contesta. Es obvio que está mintiendo a esa mujer que cuida de su mujer».

Cain dijo: «A menos que Deborah no haya hecho oficial el despido. ¿Has oído lo que ha dicho esa mujer sobre las clases nocturnas?».

Julia apretó los labios y asintió.

Cain dijo: «Mencionó clases de enología. ¿Crees que Barney donó aquella botella de vino de moras? ¿Crees que la envenenó en casa?».

«Es posible que hiciera el vino, pero no creo que lo envenenara en casa y luego lo donara. Barney no haría eso». Hizo una pausa mientras sorteaba una rotonda. «Pero podría haber envenenado el vino cuando lo vio en el despacho de Deborah. Ella acababa de despedirlo. Entró en su despacho con su bastón de control de tráfico. De algún modo, ese bastón se dañó. Barney pudo haberlo dañado en un arrebato. Y tenía una llave del despacho de Seth, podría haber puesto algún tipo de producto químico en el vino».

«¿No dijo Lesley que había arsénico en el vino? ¿De dónde lo sacaría Barney?»

Julia negó con la cabeza. «Nada de esto tiene sentido». Redujo la velocidad del coche. «Voy a aparcar en esta calle lateral. No quiero aparcar justo delante del colegio y molestar a los vecinos». Detuvo el coche. «¡Oh! ¡Los residentes! ¡Uno de ellos podría haberse colado en la escuela y haberle hecho algo al vino! ¿Qué te parece?»

Cain se encogió de hombros. «En este momento, parece que cualquiera podría haberlo hecho».

Julia aparcó el coche y salió. Caminó hacia la escuela con Caín. Doblaron una esquina y se detuvieron bruscamente.

Caín dijo: «¿Es tu madre?».

«Es ella. Parece que está intentando hacer el trabajo de Barney. Venga, vamos a hablar con ella».

La madre de Julia les hizo señas con el bastón de control del tráfico mientras caminaban hacia ella. Les dedicó una sonrisa irónica y dijo: «¡Me han ascendido! Mira este palo, se está cayendo a pedazos».

Julia dijo: «¿Qué pasa? ¿Has sabido ya algo de Barney?»

«Ni una palabra. Nos estamos turnando para cubrir su trabajo». Mamá miró hacia los coches que circulaban a toda velocidad. «Es más peligroso de lo que pensaba».

Algo llamó la atención de Julia al final de la carretera. Giró la cara y dijo: «He visto a Barney, está escondido detrás de ese árbol de la esquina. Vamos, Caín, tenemos que hablar con él. Mamá, nos vemos luego».

Mamá dijo: «Intenta convencerle para que vuelva».

Julia asintió con la cabeza. Caín sonrió a mamá y dijo: «¡Buena suerte, Kathleen! Que no te atropellen».

Julia le agarró del brazo y siseó: «Creo que Barney nos ha visto yendo hacia él. Acelera, le alcanzaremos, no puede andar rápido».

Aumentaron la velocidad. Caín echó la cabeza a un lado. «Cojea, ¿se ha hecho daño?».

«Siempre ha tenido esa cojera. Mamá me contó que se la hizo por salvar la vida de un niño. Al parecer, Barney estaba ayudando a un niño a cruzar la carretera y esperaba a que hubiera un

hueco en el tráfico. El niño no esperó, salió disparado hacia la carretera y se interpuso en la trayectoria de un coche que circulaba a toda velocidad. Barney salió corriendo, apartó al niño del camino y fue atropellado por el coche. El niño estaba bien, el conductor se disculpó y Barney acabó cojeando».

Cain aminoró la marcha. «Julia, eso es terrible. Podría haber muerto. ¡Menudo héroe! ¿Deberíamos perseguirle? No puedes pensar de verdad que mató a Deborah Paignton».

Julia agarró a Caín del brazo y le obligó a acelerar. «Mira, está girando hacia el parque».

Julia y Caín empezaron a trotar mientras se dirigían al parque.

Barney Samson los esperaba en un banco cerca de la entrada. Palmeó el espacio vacío que había a su lado y dijo: «Siéntate, Julia. Por mucho que me guste que me persigan las jovencitas, me temo que no tengo aguante para seguir».

Julia le dedicó una sonrisa avergonzada y se sentó. «Perdona, Barney, sólo quería hablar contigo. Éste es Cain, creo que aún no lo conoces».

Barney le dedicó una gran sonrisa. «He oído hablar de él a tu madre. Siéntate, Cain. Ahora Julia, supongo que querrás saber si asesiné o no a Deborah Paignton».

Capítulo 16

Julia le hizo un gesto con la mano a Barney y dijo: «No es asunto mío».

Barney soltó una risita. «Buen intento de despreocupación, Julia. Te lo voy a decir de todos modos, probablemente me tengas por sospechoso, y con razón».

Julia lo miró con seriedad. «No creo que seas capaz de asesinar, Barney».

«Gracias, eso significa mucho. Ya he hablado con la policía sobre mis movimientos del sábado. Hablé con ese inspector, el de los penetrantes ojos azules. Debe de practicar esa mirada suya, es muy intensa».

Julia asintió. «Es como si te mirara directamente al alma».

Cain asintió.

Barney dijo: «Bueno, ya sabes lo que me pasó el sábado después de hablar contigo y con Lesley en el pasillo. Cogí mi bastón de la habitación de Seth y salí a ayudar a la gente a cruzar la calle».

«Tienes tu propia llave de la habitación de Seth. ¿Cerraste la puerta cuando te fuiste?» preguntó Julia.

«Sí, siempre lo hago. Sólo llevaba fuera unos minutos cuando Deborah Paignton se acercó a mí con una mirada furiosa. Me llevó a un lado y me dijo que no tenía derecho a trabajar fuera del horario contratado. Le expliqué que había mucho tráfico y que intentaba ayudar». Barney apartó la mirada. A Julia le pareció ver que se le humedecían los ojos. Barney dijo: «Fue entonces cuando me dijo que estaba despedido. Iba a decírmelo oficialmente el lunes, pero estaba tan enfadada conmigo que creo que no pudo contenerse. Me dijo que ya se habían aprobado los planos para un paso de cebra». Volvió a mirarlos, con los ojos húmedos. «Sentí que mi mundo se derrumbaba. Me encanta ese trabajo, me encanta ayudar a la gente. Pensé que estaría allí hasta que ya no tuviera fuerzas para levantar el bastón». Soltó una carcajada amarga. «Ya me siento medio hombre sin ese bastón».

Julia dijo: «¿Qué le ha pasado a tu bastón? Lo vi en la oficina, estaba doblado».

Barney se pasó la mano por la barbilla. «He sido yo. Estaba furioso cuando llevé mi bastón al despacho de Deborah. Lo golpeé contra la pared». Se rió. «Inmediatamente me arrepentí y pensé que sin duda Deborah me enviaría una factura por uno nuevo». Sacudió la cabeza. «Por supuesto, no habrá una nueva, ¿verdad?».

Julia dijo: «Lo siento mucho, Barney. No deberían haberte despedido. ¿Podrás recuperar tu

trabajo ahora que... Deborah no está al mando? Sé que a mamá le gustaría que volvieras».

«No estoy seguro de que pueda. Si los planes del paso de cebra siguen adelante, no me necesitarán. Pero tendré que hacer algo. Conoces a mi mujer, ¿verdad? Sabes que es discapacitada. Tengo una mujer que viene todos los días, y una tarde, para ayudarme a cuidarla. Se llama Sharon, es una mujer encantadora, pero sabe hablar como una burra».

Julia admitió que la habían conocido. Le dio a Barney una breve explicación sobre la entrega del libro para colorear de piratas.

Barney la miró de reojo. «Me había olvidado por completo de ese libro. ¿Estás segura de que ése es el único motivo por el que has venido a mi casa?

Julia cambió de tema. «Después de hablar con Deborah, entraste en su despacho y golpeaste la pared con tu bastón. ¿Qué hiciste entonces?

«Me enfadé conmigo mismo por haberme estropeado el bastón. Iba a dejarle una nota a Deborah cuando vi una botella de vino en su mesa. Volví a enfadarme pensando que era una bebedora secreta. Es increíble cómo tu mente puede revolotear de un pensamiento a otro. Pude verla desde la ventana, estaba hablando con algunos vecinos de la zona. Sin duda se quejaban de que los padres volvían a aparcar delante de sus casas. Le dije unas palabras, que no repetiré ahora, y salí de su despacho. Iba a pasar más tiempo en la feria, pero no soportaba enfrentarme a nadie, así que salí de la escuela y me fui a casa.»

Julia se quedó pensativa un momento. Cain le dio un codazo y dijo: «¿Y Seth? ¿No dijo D. I. Clarke que se había registrado en la escuela después de las doce?».

Barney levantó una mano. «¿Seth? Sí, lo vi caminando hacia la escuela cuando me marchaba. Le saludé con la mano, pero seguí andando, no quería hablar con nadie, ni siquiera con Seth».

«Me pregunto qué hacía en el colegio», dijo Julia. «Barney, ¿sabías que había dejado la escuela esa semana, que había presentado su renuncia?».

Barney silbó por lo bajo. «No, no lo sabía. Apuesto a que tiene algo que ver con Deborah Paignton, parecía seguirle mucho. Siempre que recogía mi bastón de su habitación, ella parecía estar allí mirando las estanterías».

Julia dijo: «Conocimos a su mujer, ¿verdad, Caín?».

Caín se estremeció y asintió.

Barney soltó una sonora carcajada. «¿La gran Bessie? Sí, yo también la he conocido. Ha convertido la vida de Seth en un infierno. Ha pasado mucho tiempo en la escuela sólo para alejarse de ella. No sé por qué la ha aguantado tanto tiempo, siempre he sospechado que tiene algún tipo de control sobre él».

«La policía quiere hablar con Seth. Bessie dijo que se había ido a casa de su hermano», dijo Julia.

Barney sonrió. «¿Ah, sí? Déjame que te cuente el secreto de Seth, Julia. Seth no tiene hermano».

«Pero Bessie dio una dirección a la policía».

«Oh, la dirección es real, pero la policía no encontrará a ningún hermano. Seth me confesó que utiliza a su supuesto hermano como excusa para alejarse de Bessie. Sabe que ella es demasiado perezosa para vigilarle. Se va de vacaciones a pescar».

«¿Sabes adónde va en esas vacaciones de pesca?» preguntó Julia.

Barney se encogió de hombros. «Nunca se lo he preguntado, no es asunto mío. Supongo que debería informar a la policía sobre su hermano inventado. De todos modos, será mejor que me vaya a casa y les cuente a Sharon y a mi mujer lo de mi trabajo. No quería decírselo todavía. Por mucho que quiera a mi mujer, necesito un descanso de vez en cuando». Rezongó. «Suena muy

egoísta, ¿verdad?

«En absoluto. Si necesitas un trabajo, siempre están buscando ayuda en las tiendas de beneficencia», señaló Julia.

Barney asintió. «Es una buena idea. Me gustaría hacer algo así. ¿Hay algo más que quieras saber sobre el sábado?».

Julia le sonrió. «No, gracias. ¿Te llevo a casa? Aún tengo tu libro de piratas en el coche».

Barney le dio una palmada en la pierna. «No, gracias. Si no hago ejercicio con regularidad, esta vieja pierna se me agarrotará. ¿Puedes echarme una mano, Cain?».

Caín se levantó de un salto y tiró de Barney para levantarlo del banco.

Julia le dijo a Barney que se mantuviera en contacto y lo vieron alejarse cojeando.

Cain dijo: «Qué hombre tan encantador. ¿Por qué tuvo que despedirle Deborah Paignton?».

«Todo forma parte de su plan para mejorar la escuela, supongo. Ojalá pudiéramos hablar con Seth. Estuvo en la escuela poco antes de que Deborah muriera. Y vi sus jarras de té y café en el escritorio de ella, seguro que las puso allí por alguna razón».

Sonó su teléfono. Contestó y habló un rato. Colgó el teléfono y miró a Caín. «Era Imogen Walters. Quiere que mañana vayamos a su casa a hacer limpieza. Parecía reacia y dijo que prefería darle su premio a otra persona».

«Y tú la hiciste sentirse culpable por rechazar nuestros servicios», señaló Cain. «Oí tu versión de la conversación».

Julia se encogió de hombros. «Yo no utilizaría la palabra culpable. No olvides que Imogen entró en el despacho de Deborah cuando terminó la feria. Imogen se quedó a solas con el vino en un momento dado. Y sabemos que Imogen tenía miedo de Deborah por alguna razón».

Caín asintió. Salieron del parque. Cain dijo: «Hay algo que quiero saber».

«Continúa».

«Si Barney no quiere el libro para colorear, ¿a quién se lo vas a dar?».

Julia miró su cara esperanzada y se echó a reír. «¿Te gustaría, Caín?».

Él sonrió. «Sé que parece una tontería, pero cuando yo era pequeño nunca teníamos cosas así».

«¿Nunca tuviste un libro para colorear?». Julia se sorprendió.

Caín se miró los pies mientras caminaba. Murmuró: «No».

A Julia se le retorció el corazón. Pobre Caín. Seguía olvidándose de su terrible pasado. Le dijo: «Puedes quedarte con el libro. Tengo unos lápices de colores viejos en casa, te los sacaré».

Caín la miró y dijo: «Gracias, Julia. Eres como una madre para mí».

Julia le dio un empujón juguetón. «Sabes que soy demasiado joven para ser tu madre». Siguieron caminando un momento. Ella añadió: «De acuerdo, sé lo que estás pensando. Sí, soy lo bastante mayor para ser tu madre».

«No estaba pensando eso en absoluto», dijo Caín con un brillo en los ojos.

Capítulo 17

Al día siguiente era jueves y Julia y Caín estuvieron liados con el trabajo toda la mañana. Tras un almuerzo rápido, se dirigieron a casa de Imogen.

Cuando Julia aparcó delante de la casa de Imogen, señaló con la cabeza hacia la puerta principal. «¡Mira! ¡Otra vez ese hombre! Está hablando con Imogen».

«¿Qué hombre?» preguntó Caín.

«Ese hombrecillo calvo, lo he visto en la escuela».

Caín miró al hombre que ahora estaba señalando con el dedo a Imogen. «¿Quién es? No parece muy amistoso».

Julia apagó el motor y se soltó el cinturón de seguridad. «No sé quién es, pero no me gusta cómo le habla a Imogen. Parece petrificada. Vamos, no puedo quedarme aquí sin hacer nada».

Julia saltó del coche y trotó hacia la casa de Imogen. Ni el calvito ni Imogen se dieron cuenta de su llegada.

Imogen dijo: «Por favor, déjame en paz. No puedo hacer más. Ya he tenido bastante».

El hombrecillo calvo se burló y dijo: «Te diré cuándo has tenido bastante, Imogen querida. Haz lo que te digo y todo seguirá igual».

Julia emitió una tos cortés que hizo saltar a Imogen. El hombrecillo se volvió y la fulminó con la mirada.

Con voz temblorosa, Imogen dijo: «¡Oh, Julia! Había olvidado que venías».

«Espero no interrumpir nada», dijo Julia, sabiendo perfectamente que lo hacía.

El hombrecillo soltó un bufido y se volvió hacia Imogen. Dijo en tono sombrío: «Estaré en contacto».

Imogen le dedicó una sonrisa temblorosa. «Adiós, gracias por venir, señor Paignton».

Caín se cruzó con el calvo mientras éste caminaba por el sendero cargado con su bolsa de artículos de limpieza.

Julia esperó a que el calvo se alejara antes de estallar: «¿El señor Paignton? ¿Es el padre de Deborah?».

Imogen soltó una carcajada nerviosa. «No, es su marido. ¿No lo conoces?».

Julia entrecerró los ojos. «No, pero le he visto merodeando por el colegio algunas veces». Se dio la vuelta y vio alejarse al señor Paignton. «¿Su marido? No puedo creerlo, no es en absoluto lo que esperaba». Volvió a mirar a Imogen. «Para serte sincera, Imogen, no me gustó cómo te

hablaba. Sonaba como si te estuviera amenazando».

Imogen levantó una mano y dijo: «No, no me estaba amenazando. Quería que siguiera trabajando para la escuela. Le dije que quería pasar más tiempo con mis hijos, pero insistió en que la escuela me necesitaba ahora más que nunca. Quizá tenga razón». Se hizo a un lado. «Pasad».

Caín y Julia compartieron una mirada cuando entraron en la casa. Era evidente que Imogen mentía.

«Qué casa más bonita», dijo Julia cuando entraron en el salón.

Imogen se rió y dijo: «Gracias, perdona el desorden».

Julia miró a su alrededor. «¿Qué desorden? No creo que tengamos nada que limpiar».

Imogen le dedicó una pequeña sonrisa. «Intenté decírtelo, pero tú y tu madre insistíais en que reclamara mi premio».

Caín se adelantó. «Puedo limpiarte las ventanas, si quieres».

Imogen juntó las manos. «¡Oh! ¿Lo harías? Es el único trabajo que odio. Por mucho que limpie las ventanas siempre me quedan manchas».

Julia asintió hacia Caín. «Se le dan muy bien las ventanas. ¿Hay algo que quieras que haga?».

Imogen observó la habitación y puso mala cara. «Creo que no. A menos que... ¿tienes tiempo para una taza de té y charlar? Con el cuidado de mi familia y la ayuda en la escuela, no tengo mucho tiempo para sentarme y charlar».

«Me parece estupendo», dijo Julia. Se volvió hacia Caín y le dijo: «Anda, jovencito, haz tu magia en esas ventanas».

Imogen dijo: «Tengo tarta en la cocina. Caín, te guardaré un par de trozos para que te los lleves a casa».

«Gracias. Empezaré arriba». Cain salió de la habitación.

Imogen insistió en que Julia se sentara mientras preparaba el té y la tarta. Imogen fue a la cocina y dejó a Julia sola en el salón.

Julia sintió una punzada de culpabilidad al recordar por qué estaba allí. ¿Podría ser Imogen la que había matado a Deborah? Julia no podía verlo, pero ya se había equivocado antes con la gente.

Julia miró las fotos de la pared. Qué hijos tan preciosos tenía Imogen. Y su marido era un tipo guapo. Parecían la familia perfecta. Julia sacudió la cabeza. Seguro que Imogen no tiraría todo esto por la borda.

Julia pensó en el marido de Deborah. ¿Por qué había estado espiando en la escuela? ¿Estaba a cargo de algún tipo de seguridad? ¿Le había pedido Deborah que vigilara a algunos miembros del personal? ¿Y por qué se había presentado en la puerta de Imogen? A Julia no le gustaba nada su aspecto.

Imogen regresó con una bandeja de té. La dejó sobre una mesa delante del sofá. Sirvió el té y le dio a Julia un plato con un trozo de tarta.

Julia dio las gracias. Miró hacia las fotos y dijo: «Tienes una familia encantadora».

Imogen se sentó frente a Julia y sonrió. «Lo sé, soy muy afortunada. Nunca pensé que sería tan afortunada».

Julia dio un sorbo a su té y luego dijo: «¿Cómo conociste a tu marido?».

«En un pub de Leeds. Nunca pensé que tendría una oportunidad con él, creía que estaba totalmente fuera de mi alcance. Él pensaba lo contrario».

«¿En qué trabaja?» preguntó Julia. Captó la mirada de sorpresa de Imogen y añadió: «Perdona, soy muy cotilla. No tienes por qué contestar».

«No, está bien. No me importa hablar de Scott, estoy muy orgullosa de él. Trabaja en una empresa de ingeniería en Leeds. Le va muy bien. Yo tenía varios trabajos a tiempo parcial antes de conocernos, incluso hice de modelo. Nos casamos y tuvimos hijos, y Scott me convenció para que me quedara en casa». Imogen se rió. «No necesité que me convencieran mucho. Me encanta estar en casa con mi familia». Miró hacia una foto de sus hijos. «Adoro a mi familia, haría cualquier cosa por protegerla».

Julia casi se atraganta con la tarta. Era una afirmación peculiar para Imogen. Julia se bebió el pastel con té. Luego dijo: «Sigo sin creerme que ese hombre esté casado con Deborah. O debería decir, estuvo casado».

Imogen dejó la taza. «Sé lo que quieres decir. Quién sabe por qué algunas personas se enamoran. ¿Has conocido a la mujer de Seth? Ésa sí que es una pareja extraña. Perdona. No debería estar cotilleando».

«Adelante. A mí no me importa. Creo que la policía sigue buscando a Seth. Estuvo en la feria el sábado. No le vi, pero se registró después de las doce».

Imogen apartó la taza y miró directamente a Julia. «Sé a ciencia cierta que Seth no mató a Deborah».

Capítulo 18

Imogen no quiso decir nada más sobre Seth a pesar de la sutil indagación de Julia. Imogen desvió la conversación hacia Julia y le preguntó cómo le iban los negocios. Caín eligió el momento en que Julia cantaba sus alabanzas para entrar en la habitación. Rápidamente dirigió su atención hacia las ventanas, Julia se dio cuenta de que las puntas de sus orejas estaban rojas.

Julia no había renunciado a sus preguntas. Preguntó a Imogen: «¿Ha hablado la policía contigo sobre el sábado? Hablaron conmigo, tuve que hacerles una declaración completa».

Imogen asintió. «No tenía mucho que contarles. Estuve en el vestíbulo casi toda la mañana. La única vez que entré en el despacho de Deborah fue justo después de hablar contigo y con Lesley. Recogí la recaudación de la feria y la dejé en un cajón del escritorio de Deborah para que pudiera guardarla en la caja fuerte más tarde. Dejé una nota para decirle lo que había hecho con el dinero. Pude verla fuera hablando con los residentes. Parecía que se estaban burlando de ella. Le dije a la policía que había visto el vino en el posavasos y recordé que Deborah lo había ganado antes en tu puesto».

«¿Notaste algo más?» preguntó Julia.

Imogen frunció el ceño y pensó un momento. «Sí, vi unas jarras de té y café, eran iguales a las que Seth guardaba en su habitación». Sacudió la cabeza. «No se me ocurre nada más. Espera, vi el bastón de Barney, el que utiliza cuando trabaja. Estaba apoyado contra la pared».

Julia asintió. Imogen se había dado cuenta de muchas cosas en su visita al despacho de Deborah. Se hizo el silencio. A Julia no se le ocurrían más preguntas sin parecer increíblemente grosera.

Cain se apartó de la ventana y dijo: «Ya está, las he hecho todas. ¿Hay algo más que pueda hacer?».

Imogen se levantó y miró el reloj. «No me había dado cuenta de que era tan tarde». Sonrió a Caín. «Gracias por limpiar los cristales, ¡ni una mancha a la vista! Te prepararé un poco de tarta». Salió de la habitación.

Julia se acercó a Caín y le susurró: «¿Y bien? ¿Qué has visto arriba? ¿Algo sospechoso?»

Caín asintió y le susurró: «Sí, una casa sospechosamente ordenada y limpia teniendo en cuenta que aquí viven niños pequeños».

Julia soltó una carcajada. «¡No quería decir eso!»

Caín se acercó más. «¿Querías decir si había encontrado alguna botella de arsénico?».

«¡No! Bueno, sí. ¿Lo encontraste?»

«No.» Caín miró por encima del hombro de Julia y sonrió cuando Imogen volvió a la habitación.

Imogen le entregó un paquete de papel de aluminio. «Te he puesto tres lonchas, eso te mantendrá un rato».

Julia sacudió la cabeza y sonrió. «No sé por qué, pero todos mis clientes sienten la necesidad de alimentar a Caín».

Caín cogió el paquete. «No me importa. Gracias».

Imogen se apretó las manos y miró nerviosa a Julia. «¿Te ofenderías si te pidiera que no volvieras? Yo hago mi propia limpieza y lo prefiero así. ¿Podría donar mi premio de limpieza a otra persona?».

Julia tenía más preguntas para Imogen, sabía que ocultaba algo y que tenía que ver con el marido de Deborah. Pero no podía obligar a la pobre mujer. «No me ofende en absoluto, no hace falta que volvamos para hacer más limpieza. Ha sido un placer charlar contigo. Te daré mi tarjeta y si alguna vez te apetece volver a quedar, llámame».

Imogen cogió la tarjeta. «Gracias. Te acompaño a la puerta».

Se despidieron e Imogen se quedó en la puerta mientras los veía alejarse. En cuanto desaparecieron de la vista de Imogen, Julia dijo: «No estoy segura de si la visita ha merecido la pena o no. Tenemos que averiguar más cosas sobre el marido de Deborah».

Cain dijo: «¿Crees que tenía una aventura con Imogen? Quizá Deborah se enteró y amenazó a Imogen, quizá Deborah iba a contárselo al marido de Imogen».

«Posiblemente. O el marido de Deborah podría haber sido quien la mató. Estuvo allí el sábado, lo vi. Me pregunto si D. I. Clarke habrá hablado con él». Suspiró pesadamente. «Creo que quizá tenga que volver a hablar con D. I. Clarke. Sé que piensa que estoy interfiriendo, pero no es culpa mía si me tropiezo con información nueva, ¿verdad?».

Caín se lo pensó un momento. «Bueno, sí es culpa tuya que estuviéramos en casa de Imogen bajo un falso pretexto».

Julia puso mala cara. «Eso fue idea de mamá. Omitiré esa parte cuando hable con él». Miró por el retrovisor y frunció el ceño. Siguió conduciendo un rato y volvió a mirar. «¡Ya está! Ya está».

Paró el coche y se detuvo. Saltó del coche y se dirigió al que se había detenido detrás de ella. Golpeó la ventanilla del conductor. La ventanilla se bajó. Una cara que le resultaba ligeramente familiar la miró y dijo: «¿Qué?».

Julia le señaló. «¡No me digas 'qué'! Me has estado siguiendo. ¿Cuál es tu problema? ¿Para quién trabajas? ¿Es para D. I. Clarke? Puedes decirle que no estoy haciendo nada malo».

Caín llegó al lado de Julia y trató de agarrarle la mano que agitaba locamente.

El hombre del coche resopló y se cruzó de brazos. Sus ojos se entrecerraron y su boca se movió en una mueca de desprecio.

Julia dejó de agitar la mano y lo miró más de cerca. Miró a Caín por encima del hombro y enarcó las cejas.

Caín asintió y dijo en voz baja: «Julia, éste es uno de mis hermanos, Gary».

Julia se volvió hacia Gary y lo estudió un momento. Tenía los ojos de Caín, pero el resto de la cara era de aspecto tosco. Llevaba días sin afeitarse, o sin lavarse por lo que parecía. Tenía una de esas caras por las que cruzarías la calle para evitarlas.

Gary miró a Caín de arriba abajo. «Caín, me decepciona que no hayas venido a ver a la familia desde que saliste de la cárcel. ¿Qué te pasa? ¿Te avergüenzas de nosotros?».

Caín tragó saliva e intentó sonreír. «Yo... no he tenido tiempo».

«No me lo creo ni por un momento. Mírate, trabajando para una mujer. Te has vuelto blando en la cárcel».

Julia puso las manos en las caderas. «¡No te atrevas a hablarle así después de lo que ha hecho por ti! Pasó tiempo en la cárcel por ti y por tus hermanos».

Gary se encogió de hombros. «No hicimos nada malo, no tienes pruebas».

Caín se irguió un poco más y dijo: «¿Qué quieres? Si es dinero, no tengo mucho».

Gary soltó una carcajada cruel. «Tengo dinero más que suficiente. Quiero que vuelvas a la casa familiar, para un té de bienvenida. Eso es todo. La familia quiere ponerse al día contigo».

Julia sintió que el miedo le recorría la espalda. Dio un paso atrás. Había algo amenazador en el tono de Gary.

Cain dijo con firmeza: «No quiero tener nada que ver contigo».

Gary lanzó una mirada a Julia y luego de nuevo a Caín. «Sé lo que habéis estado tramando, sé que habéis estado haciendo preguntas sobre esa mujer que fue asesinada. Esa mujer con la que hablabas hace un momento, esa rubia, sé algo sobre ella. Tiene un sucio secreto. Puedo contártelo si vuelves a nuestra casa».

Julia dijo: «Caín, no. No vayas, es un truco».

Gary volvió a reírse. «Creo que Caín puede decidirse, ¿verdad hermanito?».

Caín apartó a Julia y dijo en voz baja: «Iré con él. Si no lo hago, no hará más que seguirnos. Y si voy con él, podré averiguar lo que sabe de Imogen».

Julia negó con la cabeza. «¡No! No confío en él. No me importa el secreto de Imogen».

Cain la empujó suavemente hacia un lado. «Sabía que me seguirían la pista. Será mejor que me enfrente a ellos ahora. ¿Hemos terminado por hoy? Cuanto antes me vaya, antes acabaré con esto».

Julia observó impotente cómo Caín entraba en el coche de Gary. Gary le guiñó un ojo mientras se alejaba a gran velocidad.

A Julia se le apretó el estómago de miedo. A Caín le iba a pasar algo terrible, ella lo sabía.

Capítulo 19

Julia no pudo dejar de pensar en Caín durante el resto del día. Le envió varios mensajes, pero él no contestó a ninguno. Le telefoneó, pero sólo le contestó el servicio de atención al cliente.

Desesperada, llamó a papá. Rompió a llorar mientras hablaba. «¡Papá! Estoy muy preocupada, ¡tendrías que haber visto la cara de Gary! Parecía tan malvado. ¿Qué podemos hacer?

«No podemos hacer nada, Caín es un hombre adulto. Puede tomar sus propias decisiones. Vamos, amor, cálmate».

«No puedo evitarlo. Me siento responsable de él. Papá, creo que Gary y su familia aún viven en la finca Clover. ¿Crees que yo...?»

«¡Vaya!» interrumpió papá. «¡Ni se te ocurra ir a esa finca! Los autobuses ni siquiera irán a la finca Clover. Julia, ¡lo digo en serio! Es peligroso. Prométeme que no irás allí».

Julia se enjugó una lágrima. «No lo haré, te lo prometo. ¿Voy a su casa? Puede que tenga que cargar el móvil, por eso no me contesta a los mensajes».

«No, no irás a ninguna parte. Tengo una llave de repuesto de casa de Caín, iré a ver si está allí».

Julia resopló. «¿Por qué tienes una llave de repuesto?».

Podía oír la sonrisa en la voz de papá. «Porque somos amigos y él sabe que sólo utilizaría su llave en caso de emergencia. No como tú, que encontrarías cualquier excusa para ir allí».

Julia hizo una mueca, pero no replicó: su padre tenía razón.

Papá continuó: «Iré ahora y luego te llamaré. ¿De acuerdo?»

«De acuerdo. Gracias, papá».

Julia trató de mantenerse ocupada mientras esperaba la llamada de su padre.

Llamó treinta minutos después. «Estoy en casa de Caín, no está. He dado de comer a Buster, su pez, he cerrado las cortinas y le he dejado un mensaje para que te llame por teléfono o te envíe un mensaje de texto cuando llegue a casa. No puedo hacer más que eso».

«Vale, gracias de nuevo, papá».

«Duerme un poco», dijo papá al terminar la llamada.

Julia no durmió mucho. Al día siguiente se levantó temprano para mirar el teléfono. No había mensajes de Cain. Intentó llamarle, pero no contestó.

Julia condujo hasta su casa. Las cortinas estaban cerradas y nadie abrió la puerta. Julia se tragó

su creciente pánico y telefoneó a papá. Prometió buscar a Caín, aunque eso significara conducir hasta la finca Clover. Papá dijo: «Me llevaré al Gran Steve».

Julia apenas pensaba en su trabajo mientras visitaba las casas de sus clientes aquella mañana. Esperaba que nadie se quejara de su trabajo inusualmente chapucero.

A la hora de comer supo que tenía que hacer algo. Llamó a D.I. Clarke.

«Ah, Sra. Blake, estaba a punto de llamarla», dijo el inspector. «Su colega, Cain Andrews, ha sido encontrado...».

«¡Encontrado!» gritó Julia al teléfono. «¿Cómo que lo han encontrado? ¿Está muerto? ¿Inconsciente?»

«Creo que me ha reventado el tímpano, señorita Blake». Su tono se suavizó. «Está vivo. Le han encontrado inconsciente esta mañana al borde de la finca Clover. Lo encontró alguien que paseaba a su perro. ¿Te has fijado alguna vez en que la gente que pasea a sus perros suele encontrarse cadáveres?».

Julia no estaba de humor para charlar. «¿Cómo está? ¿Dónde está?

«Está en el hospital. Está despierto y pregunta por ti y por tu padre. Sra. Blake, le han dado una paliza tremenda. Temo que le hayan dado por muerto. El Sr. Andrews no me dice nada de su ataque. ¿Puede decirme algo?»

Julia agarró el teléfono con más fuerza. «¡Claro que puedo! ¡Fue uno de sus hermanos, Gary! Caín fue ayer con él. Gary lo llevaba de vuelta a la casa familiar para que pudieran hablar. ¡Sabía que pasaría algo! ¡No me gustó el aspecto de ese Gary! ¿Vas a detenerlo?».

Hubo un momento de silencio. «Me temo que no puedo hacer nada hasta que tenga la declaración del Sr. Andrews. Volveré a hablar con él. Ahora estoy en el hospital, ¿le digo que estás de camino?».

«Sí, gracias». Julia aprovechó para preguntar algo al inspector. Con voz más calmada dijo: «Me preguntaba si habías avanzado en el caso de asesinato, el de Deborah Paignton».

Entrecerró los ojos al oír algo que sonó sospechosamente como una risita. Sacudió la cabeza, el inspector no se rió.

D I Clarke dijo: «Hemos recibido una llamada de Barney Samson, creo que hace poco charlaste con él en un banco del parque. Nos habló del hermano inventado de Seth. Ya habíamos estado en la dirección que nos dio la mujer de Seth, pronto nos dimos cuenta de que era una pista falsa. Estamos haciendo más averiguaciones sobre el paradero de Seth. ¿Querías decirme algo sobre el caso?».

La imagen del marido de Deborah acudió a su mente. «¡Sí! Había un hombre de aspecto sospechoso merodeando por la escuela, es pequeño y calvo. Le vi con unos prismáticos el sábado. Él...»

D I Clarke la detuvo. «Es Melvin Paignton, el marido de la difunta señora Paignton. No sé si lo describiría como de aspecto sospechoso, pero hemos hablado con él. Realizaba tareas de vigilancia en la escuela. Lo hace muy a menudo».

«¿Y tú le crees?»

«¿Por qué no iba a hacerlo? Con aspecto sospechoso o no, está lidiando con la muerte de su mujer. Espero que no hayas estado molestando al pobre hombre. Ahora tengo que irme».

La llamada terminó bruscamente. Julia miró el teléfono y dijo: «Yo nunca molesto a nadie». Luego telefoneó a su padre y le contó lo de Caín.

Al cabo de treinta minutos estaban caminando por el pasillo que conducía a la sala de Caín. D I Clarke se reunió con ellos en la puerta.

«Buenas tardes», dijo papá con una sonrisa alegre.

«Buenas tardes, señor Rosenthorpe, señorita Blake».

Julia dijo: «¿Has vuelto a hablar con Caín? ¿Sobre su ataque?»

D I Clarke asintió. «Al principio se mostró reacio a contármelo, tiene un peculiar sentido de la lealtad cuando se trata de su familia. No me dio todos los detalles, pero tengo suficiente información para visitar a su familia. Ahora voy a verles».

«Ten cuidado en esa finca Clover», advirtió papá. «He ido esta mañana y casi me pinchan las ruedas. Iba conduciendo en ese momento».

D I Clarke le dedicó una pequeña sonrisa. «Gracias por preocuparte. Llevaré refuerzos conmigo, es el procedimiento habitual para las visitas a esa zona». Miró a Julia con sus penetrantes ojos azules. Julia se quedó paralizada como un conejo atrapado en unos faros azules. «Srta. Blake, el Sr. Andrews ha recibido una buena paliza. Su aspecto te chocará».

Julia parpadeó y apartó la mirada. «Puedo encargarme».

El inspector asintió y se alejó.

Papá cogió a Julia de la mano y la condujo a la sala de Caín. En cuanto Julia vio a la criatura de aspecto maltrecho que era Caín, rompió a llorar ruidosamente.

Papá le pasó el brazo por los hombros y dijo: «Caín intenta hablar».

Caín levantó una mano vendada, hizo una mueca y dijo: «Julia, por favor, cállate. Necesito decirte algo urgentemente. Es sobre Imogen».

Capítulo 20

Los ojos hinchados de Caín miraron de Julia a papá y viceversa. Le hizo un gesto a papá para que se acercara y le susurró algo al oído.

Julia se secó las lágrimas. ¡Mira cómo estaba! Si no hubiera sabido que era Caín, nunca lo habría reconocido. Tenía las manos vendadas, al igual que la cabeza. Tenía los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos. Tenía los labios cortados y moratones por toda la cara. ¿Cómo había podido hacerle esto su propia familia?

Papá asintió a Caín y luego se llevó a Julia a un lado. Dijo: «Caín está demasiado avergonzado para contarte lo que ha averiguado. Al parecer, Imogen Walters fue modelo en sus primeros tiempos».

Julia asintió. «Sí, me lo contó ayer. ¿Qué te parece?»

«¿Te dijo qué tipo de modelaje hacía?».

Julia apretó los labios y negó con la cabeza.

Papá continuó: «Desde luego, no es modelar ropa para un catálogo. De hecho, por lo que me contó Cain, Imogen no necesitaba nada de ropa».

La boca de Julia hizo una O mientras miraba fijamente a papá.

«No eran sólo fotos -continuó papá-, también había vídeos. Los hermanos de Cain son grandes admiradores del trabajo de Imogen».

Julia encontró la voz. «¡No me lo puedo creer! ¡Imogen! ¿Cain está seguro?»

Papá le dedicó una sonrisa sombría. «Sus hermanos de buen corazón le hicieron ver uno de los vídeos de Imogen».

Julia miró a Caín. El joven cerró los ojos, que parecían doloridos, como si intentara borrar las imágenes.

Julia dijo: «¿Crees que el marido de Imogen conoce su pasado?».

«No tengo ni idea», dijo papá.

Julia se dio un golpecito en la barbilla. «Quizá Imogen intente ocultárselo». Levantó un dedo. «Quizá Deborah, o su marido de aspecto sospechoso, se enteró del pasado de Imogen e intentó chantajearla. Eso explicaría por qué siempre parecía asustada cuando estaba con Deborah, y por qué sentía la necesidad de hacer tanto trabajo gratis para la escuela.»

Papá asintió. «Es una teoría interesante».

Julia apuntó con el dedo hacia papá. «Eso podría explicar por qué Melvin Paignton estuvo ayer

en casa de Imogen. Quizá siga chantajeándola». exclamó. «Esa escoria de aspecto sospechoso». Se clavó el dedo con más fuerza. «¡Oh! Deborah podría haber estado chantajeando a Imogen y luego Melvin se enteró. Quizá mató a Deborah para ser el único que recibiera dinero del chantaje de Imogen».

Papá apartó el dedo de su pecho. «Todo esto son especulaciones y tu imaginación hiperactiva. Caín no le ha contado a D I Clarke nada de esta nueva información sobre Imogen y su modelado, quizá debería hacerlo».

Julia le asintió con firmeza. «Lo haré. Quiero saber cómo va su visita a los hermanos de Caín. Espero que los encierre y tire la llave».

Papá sonrió. «Dudo que la policía tire las llaves». Miró hacia Caín, que ahora miraba al techo. «¿Qué vamos a hacer con nuestro joven amigo? Yo puedo quedarme con él, pero tú tienes trabajo que hacer».

Julia se acercó a Caín y le dijo: «Caín, gracias por descubrir el secreto de Imogen». Agitó una mano sobre su cuerpo. «Pero ojalá no hubiera sido a este precio. Lo siento mucho. Si no hubiera sido por mí y mi entrometimiento, nunca habrías sentido la necesidad de irte con Gary».

Con voz ronca, Caín dijo: «No es culpa tuya. En algún momento tuve que enfrentarme a mis hermanos. Por favor, Julia, averigua quién mató a Deborah». Tragó saliva con dolor y giró ligeramente la cabeza hacia papá. «Ray, ¿puedes cuidar de Buster, por favor?».

«Claro que sí. Cuando salga de aquí lo recogeré y lo llevaré a mi casa. Y prepararé la habitación de invitados para ti. En cuanto los médicos consideren que puedes irte, Kathleen y yo cuidaremos de ti hasta que te recuperes del todo».

La barbilla de Caín se tambaleó y parpadeó.

Julia dijo: «Caín, ahora tengo que irme. Volveré a visitarte más tarde. ¿De acuerdo?»

Caín asintió e intentó sonreír.

Julia vaciló. «Antes de irme, tengo que decirte que ha habido un accidente con los trozos de tarta que te dio Imogen, los que dejaste en mi coche».

Papá soltó una carcajada. «No me digas, ¿te los comiste sin querer?».

Las mejillas de Julia se encendieron. «Estaba estresada por esperar noticias de Caín. De todos modos, ahora no habrías podido comértelos. Así que en realidad te estaba haciendo un favor». Asintió como convenciéndose a sí misma.

Papá volvió a reírse. «Será mejor que te vayas antes de que le hagas más favores a Caín. Te llamaré más tarde. Vete a ganar dinero».

Julia besó a su padre en la mejilla y se despidió de Caín con la mano. Se sintió más ligera mientras caminaba hacia el aparcamiento, contenta de que Caín estuviera vivo y de que cuidaran de él. Pero la culpa pronto se apoderó de ella y sus pasos se sintieron más pesados. Dijera lo que dijera Caín, era culpa suya que estuviera tan maltrecho.

Con renovada determinación, Julia subió al coche. Averiguaría quién había matado a Deborah Paignton, y lo haría antes de que Caín saliera del hospital.

Salió del aparcamiento y se dirigió a la salida principal. Esperó a que cambiara el semáforo. Llegó un coche que Julia reconoció. Saludó con la mano, pero Lesley no la vio.

Mientras Julia se alejaba, pensó que Lesley debía de ir a ver a Caín. Era muy amable por su parte.

Capítulo 21

Papá se presentó en casa de Julia a la mañana siguiente.

«No esperaba verte hoy, mamá suele tener una larga lista de tareas para que hagas los sábados», dijo Julia mientras llenaba la tetera.

Papá se sentó a la mesa de la cocina. «Estoy al día con mis tareas. Pensé en venir a verte en persona y ahorrarte la molestia de telefonearme cada hora para ver cómo le va a Caín».

Julia sacó unas tazas de un armario. «No creo que te haya telefoneado cada hora, quizá cada dos horas. ¿Sigue bien?»

«Igual que anoche, cuando hablé contigo. Le he llamado esta mañana, le han salido aún más moratones. No sabía que hubiera tantos tonos de morado. Está más animado. Creo que le gusta que las enfermeras le molesten. Pobre chico, antes no le hacían mucho caso».

Julia se sentó a la mesa. «¿Le visitó Lesley Humphries? La vi entrar en el aparcamiento del hospital cuando me iba ayer».

Papá se lo pensó un momento. «Nunca la vi. Sólo me separé de Caín unos minutos para tomar una taza de té. Nunca dijo nada de que Lesley viniera de visita».

Julia frunció el ceño. «Me pregunto por qué estaba en el hospital entonces».

«Le preguntaré a tu madre más tarde, ella sabrá por qué». Miró hacia la tetera que acababa de hervir. «El té no se hace solo, ¿sabes?».

Julia soltó una carcajada y se levantó.

Papá se frotó la barriga. «Y el bocadillo de beicon que me vas a ofrecer no se hará solo».

Julia volvió a reír, pero luego sonrió. No le importaba, papá hacía más que suficiente por ella.

Julia pensaba desayunar yogur y fruta, pero le pareció más educado tomar lo mismo que papá.

Mientras comían sus bocadillos, hablaron de Caín.

Julia dijo: «Ayer intenté hablar con D. I. Clarke. Le dejé varios mensajes, pero nunca me contestó. Iba a hablarle de Imogen, pero también quería saber cómo se llevaba con los hermanos de Caín. ¿Volvió al hospital y habló con Caín más tarde?».

«No, que yo sepa. Ojalá pudiera ponerle las manos encima a los brutos que hirieron a Caín».

Julia sonrió. No podía imaginarse a papá siendo físico con nadie, era demasiado bondadoso. Ni siquiera soportaba tener espray para moscas en casa, prefería pasarse horas sacando una mosca por la ventana antes que hacerle daño.

Papá terminó su bocadillo y bebió un buen trago de té. «Ha estado muy bien. ¿Qué planes

tienes para hoy?

«Lo de siempre: ponerme al día con el papeleo y revisar mi agenda para la semana que viene. Esta tarde iré a ver a Caín. ¿Por qué lo preguntas?

Papá sonrió y dijo: «¿Quieres ir a pescar conmigo?».

«No».

La sonrisa de papá aumentó. «No dejes que ese incidente con esos gusanos te desanime. Sólo estaban explorando».

Julia se estremeció. «Aún recuerdo cómo los sentí en el pelo. Nunca volveré a pescar contigo».

Papá apartó la mirada despreocupadamente. «Es una lástima. Puede que algunos de mis compañeros de pesca sepan dónde está Seth Maddocks. ¿No dijo Barney que Seth estaba pescando en alguna parte?». Se levantó y se quitó una miga del jersey. «Pero si no quieres ir, no pasa nada».

«Voy a por mi abrigo». Julia se levantó. «Pero no pienso acercarme a ningún gusano». Empezó a darse la vuelta. «Papá, la colada no se hace sola».

Diez minutos después se alejaban de casa de Julia. Julia había echado un vistazo rápido al coche de papá para asegurarse de que no había ningún gusano maquinador esperando para saltar sobre ella.

Mientras conducían, Julia dijo: «¿Dónde está tu equipo de pesca? No he visto nada en el maletero».

Papá mantuvo la mirada fija en la carretera. «Ah, ¿no te lo he explicado? Cuando te pedí que fuéramos a pescar me refería a pescar información, no peces». Se rió para sus adentros.

Julia apretó los labios e intentó no sonreír. No quería dar a papá la impresión de que era gracioso, pues de lo contrario le soltaría una broma tras otra.

Papá cantaba con la radio mientras conducían. Julia se acomodó en el asiento. No era frecuente que otra persona la llevara a algún sitio, era un cambio agradable.

Al cabo de treinta minutos llegaron a un aparcamiento junto a un pequeño lago. Papá le dijo a Julia que se quedara en el coche mientras él hablaba con sus amigos.

«¿Por qué no puedo ir con vosotros? preguntó Julia.

«Porque haces demasiadas preguntas. Y eres demasiado ruidosa, espantarás a los peces. No tardaré mucho».

Papá se acercó al hombre que estaba pescando más cerca. Le hizo un gesto con la cabeza y ambos miraron hacia el lago.

«Adelante», murmuró Julia desde el coche.

Pasaron unos minutos antes de que papá hablara con el hombre. Su conversación fue breve. Papá asintió y se dirigió al siguiente hombre que estaba pescando. Se saludaron con la cabeza y se quedaron mirando el lago.

Julia tenía ganas de gritar. Esta expedición de pesca de papá podía durar horas. Julia sacó el móvil y se puso al día con sus correos electrónicos de trabajo. No dejaba de mirar a papá, que se alejaba cada vez más por el lago.

Pasó más de una hora antes de que volviera al coche. Julia se guardó cualquier comentario sarcástico y le preguntó cómo le había ido.

Papá se acomodó en el asiento del conductor. «Ojalá hubiera traído mis cañas, hay una nueva reserva de carpas en este lago. Puede que vuelva mañana. Aunque tendré que arreglar lo de la licencia de pesca, debería sacarme una anual».

Julia apretó los puños y dijo con toda la calma que pudo: «Sí, me parece una buena idea».

Papá la miró, con un brillo en los ojos. «¿No quieres saber lo que he averiguado sobre Seth?».

«¡Claro que sí!»

Papá movió las cejas de forma espectacular. «Sé dónde está. Ha alquilado una cabaña de pesca no muy lejos de aquí. ¿Quieres ir a verle?

«¡Claro que sí!» repitió Julia.

«Pensé que querrías. Hay una cafetería de camino. Ese bocadillo de beicon ya es un recuerdo lejano. Julia», papá hizo una pausa y la estudió un momento. «¿Qué vas a decirle exactamente a Seth?».

Julia bajó los hombros. «No tengo ni idea».

Capítulo 22

Se detuvieron en una cafetería veinte minutos después. Julia había estado pensando en lo que iba a decirle a Seth durante el trayecto. Otro pensamiento rondaba su cabeza. ¿Debería decirle a D. I. Clarke dónde estaba Seth? Lo haría. Después de hablar con Seth.

Papá terminó la llamada y miró a Julia al otro lado de la mesa. «Tu madre no sabe por qué Lesley estuvo ayer en el hospital. Pero está preocupada por la salud de Lesley desde el incidente del envenenamiento de la semana pasada».

«¿Qué quieres decir?»

Papá cogió una rebanada de pan tostado con mucha mantequilla. «Lesley volvió al trabajo el miércoles, a pesar de que todo el mundo insistía en que se quedara en casa. Tu madre dijo que Lesley tenía un aspecto horrible, pálida y cansada. Empeoró a lo largo de la semana, no comía y tenía mareos. Tu madre está muy preocupada por ella. Está aún más preocupada desde que le conté lo del viaje de Lesley al hospital». Mordió la tostada.

Julia acercó la taza y frunció el ceño. «Me pregunto qué le pasa». Se quedó mirando el té mientras papá mordisqueaba la tostada. Dio un respingo cuando Julia lanzó un grito de angustia. «¡Lesley! Ella podría haber sido la víctima prevista, no Deborah».

Papá recogió la tostada que acababa de dejar caer. «¿Qué quieres decir? Y usa tu voz interior».

Julia dijo: «Tanto Deborah como Lesley fueron envenenadas en el despacho de Deborah. Puede que el veneno fuera sólo para Lesley. Puede que el asesino supiera que Lesley se llevaba el vino a casa para prepararlo para la tómbola. Podrían haber pensado que Lesley estaría tentada de bebérselo».

Papá le hizo un gesto con la mano para que brindara. «Parece una razón endeble, esperar que alguien se bebiera un vino sin alcohol».

Julia arrugó la nariz. «Tienes razón. Espera un momento. ¿Y si Deborah era la víctima prevista, pero Lesley sabía quién era el asesino? Podría haber visto algo antes de beber el vino. Tal vez el asesino sepa que Lesley tiene información y...» vaciló.

Papá terminó por ella. «Y ahora el asesino está envenenando lentamente a Lesley».

A Julia se le humedecieron los ojos y asintió.

Papá se limpió los dedos en una servilleta y cogió el teléfono. «Suena descabellado, pero se lo diré a tu madre. Puede vigilar más de cerca a Lesley y averiguar por qué fue ayer al hospital».

Julia ahuecó las manos alrededor de la taza, esperando que el calor le quitara el frío miedo que

le recorría el cuerpo. Si alguien estaba envenenando lentamente a Lesley, sería una persona de corazón frío, no podía ser Barney, Seth o Imogen, ¡no podía ser! Julia se sintió abrumada por este nuevo conocimiento y decidió telefonear a D I Clarke. Su desesperación creció al recibir su servicio de atención telefónica.

Papá tenía el rostro sombrío cuando terminó la llamada con mamá. «Vamos a hablar con Seth Maddocks, a ver qué sabe. No me gusta nada este asunto del envenenamiento, Julia».

Papá pagó la cuenta y dejaron atrás el café. Ninguno de los dos habló mientras se adentraban en el campo.

Siguieron las indicaciones que le había dado a papá uno de los hombres del lago de pesca.

«Debe de ser aquí», dijo papá cuando aparcaron delante de una cabaña de madera de aspecto acogedor. La puerta se abrió y Seth Maddocks salió. Esperó a que Julia y papá subieran los escalones de la cabaña antes de hablar. Su voz era tranquila cuando dijo: «Supongo que estáis aquí para hablar del asesinato de Deborah Paignton. Y también supongo que crees que tengo algo que ver con ello». El rostro normalmente amable de Seth era pétreo.

Julia abrió la boca, pero no supo qué decir.

Papá miró directamente a Seth y dijo: «Por eso estamos aquí. ¿Podemos entrar?»

Seth abrió más la puerta y dijo: «Por supuesto. Me alegro de que estéis aquí. Necesito hablar con alguien».

Julia intentó no dejarse llevar por el interior de la cabaña, realmente era preciosa. Sería el refugio perfecto para las vacaciones. Tendría que preguntarle a Seth cómo alquilarla. Cuando terminara de acusarle de asesinato.

Seth les invitó a sentarse en el salón principal. Les ofreció té y café, pero lo rechazaron. Julia se sintió mal por ser descortés, pero no se trataba de una visita social.

Una vez que Seth se hubo sentado, papá empezó la difícil conversación. «Seth, la policía te ha estado buscando, ¿lo sabías?».

Seth asintió.

Papá continuó: «Según el libro de firmas del colegio, estuviste allí a las 12.20 del sábado pasado. Encontraron muerta a Deborah Paignton poco después».

Seth se frotó la nuca con la mano. «Lo sé, lo oí en las noticias. Pero te digo la verdad cuando te digo que la muerte de Deborah no tuvo nada que ver conmigo».

Julia dijo: «Seth, ¿por qué no nos lo cuentas todo, incluso por qué dejaste tu trabajo unos días antes de que mataran a Deborah?».

Seth se reclinó en la silla. «Supongo que ha llegado el momento de contároslo todo». Sacudió la cabeza y suspiró. «No sé en qué estaba pensando al huir. Como si pudiera huir de este lío». Volvió a suspirar. «¿Conoces a mi mujer?»

Julia asintió. «Fui a tu casa la semana pasada».

Seth soltó una carcajada. «Es aterradora, ¿verdad? No era así cuando nos conocimos. Ha cambiado con los años. Culpo a su familia, son de la finca Clover. La mayoría sigue viviendo allí. Bessie quería superarse, y al principio hizo todo lo que pudo para que tuviéramos una vida mejor. Pero su familia no la dejaba en paz. Vieron lo bien que le iba, lo bien que nos iba, y querían formar parte de ello».

Julia se tragó un grumo de miedo. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación, no le gustaba que Seth hubiera mencionado la finca Clover.

Seth continuó: «Son como parásitos, su familia. Prefieren vivir a costa de otro que trabajar para sí mismos. Pronto involucraron a Bessie en sus planes. Robaban todo tipo de mercancías de todos los sitios y luego conseguían que Bessie las vendiera. Para una mujer es más fácil vender

bienes robados, aparentemente son más dignas de confianza. Intenté disuadirla muchas veces, pero no me escuchaba. Le gustaba tener la aprobación de su familia, le gustaba ser el centro de atención en el pub cuando vendía cosas robadas y le gustaba el dinero extra».

«Sé que es una pregunta tonta, pero ¿se lo contaste alguna vez a la policía?». preguntó Julia.

«¿Has visto el tamaño de esa mujer? Su familia es aún más grande. No se lo pensarían dos veces antes de darme una paliza. No, intenté pasar todo el tiempo que pude lejos de Bessie». Agitó la mano alrededor de la cabaña. «Me quedo aquí a menudo, utilizo la excusa de ir a ver a mi hermano. No tengo hermano, sé que a Bessie le da pereza vigilarme. También paso mucho tiempo en la escuela. Llego pronto y soy la última en irme. También me he quedado allí algunas noches. Cualquier cosa es mejor que estar en casa. Y antes de que preguntes, he intentado dejar a Bessie, pero su familia me ha dicho que sería mejor para mi salud que me quedara con ella. Bessie tiene más autoridad como mujer casada». Se miró las rodillas.

Julia sintió una punzada de compasión por él. Pero aún no tenían toda la historia. «Cuéntanos por qué dejaste el trabajo en la escuela».

Seth levantó la vista. «Lo dejé antes de que me despidieran. Cuando estaba el otro director, me dejaba llevar a casa botellas medio vacías de líquidos de limpieza. Creo que le daba pena que viviera con Bessie y era lo único que podía ofrecerme. Bessie llenaba los envases con agua y luego los vendía. Eran de tamaño industrial, valían mucho. Probablemente puedas adivinar lo que ocurrió a continuación. Bessie me obligó a robar más y más objetos, no sólo los de limpieza, cualquier cosa que cayera en mis manos. El jefe debía de saber lo que pasaba, pero nunca dijo nada. No me sorprendería que Bessie o algún miembro de su familia hubiera amenazado al pobre hombre».

«¿Se enteró Deborah de lo que estabas haciendo?» preguntó Julia.

«Desde luego que sí. Me amenazó con despedirme. Me marché antes de que lo hiciera, no podía soportar la idea de que todo el mundo supiera lo que había hecho. El sábado fui a recoger algunas cosas de mi habitación. Firmé por costumbre. Puse mis botes de té y café en el despacho de Deborah, no quería que pensara que estaba robando algo más. Hice un poco de desorden en mi despacho, debería haberlo limpiado pero tenía prisa. Me fui inmediatamente después. Os vi a ti y a Lesley en el pasillo, pero no me visteis».

Papá miró a Julia como preguntándole si creía a Seth.

Julia tenía otra pregunta. «Cuando la policía habló con Bessie, dijo que no sabía que habías perdido el trabajo. ¿Es cierto?»

Seth negó con la cabeza. «Sí que lo sabía. Se enteró en el bar el viernes por la noche. No sé quién se lo dijo. Aquella noche volvió a casa borracha y me amenazó con dejarme 'tenerlo' por la mañana. Por eso me escapé. Ella no sabe nada de esta cabaña. Debe de pensar que soy un cobarde».

Papá dijo: «Creo que yo haría lo mismo, sin ofender a tu mujer».

Julia dijo con cuidado: «Seth, ¿crees que Bessie o su familia son capaces de asesinar?».

«Oh, sí», su respuesta fue rápida.

Julia le contó a Seth el ataque de Caín. «¿Es posible que alguien de la familia de Bessie le atacara? Quizá pensaron que nos estábamos involucrando demasiado en la investigación del asesinato de Deborah».

Seth asintió. «Yo no me lo pensaría». Hizo una pausa y miró directamente a Julia. «Puede que ahora vayan a por ti».

Capítulo 23

Papá y Julia salieron de la cabaña de Seth poco después. Seth les prometió que llamaría a D. I. Clarke y concertaría una cita para verle.

Mientras caminaban hacia el coche, papá dijo: «Julia, no hace falta que mires así a derecha e izquierda. No creo que haya nadie escondido entre los árboles listo para saltar».

Julia miró por encima del hombro. «No puedo evitarlo. Siento un hormigueo en la nuca, como si alguien me estuviera observando. ¿Debería preocuparme?»

Papá abrió el coche y miró también por encima del hombro. «Todos deberíamos estar preocupados. Esta noche te quedas conmigo y con mamá. No me gusta nada lo que está pasando. Llama a ese inspector y cuéntaselo todo».

Julia entró en el coche y sacó el teléfono. Una vez más, le salió el contestador de D I Clarke. No sabía si el inspector la evitaba a propósito o si estaba demasiado ocupado para llamarla.

El rostro de papá estaba sombrío mientras conducían hacia la casa de Julia. Apenas pronunció palabra durante el viaje de vuelta, Julia nunca lo había visto así.

Entró en su casa mientras ella recogía algunas pertenencias. Vigilaba junto a la ventana, girando la cabeza a derecha e izquierda mientras miraba a la gente que pasaba.

Cuando llegaron a casa de sus padres, papá se lo explicó todo a mamá. El rostro de mamá se volvió tan sombrío como el de papá.

Julia se sentía más segura en casa de sus padres a pesar de que papá comprobaba cada diez minutos que las puertas estuvieran cerradas. Mamá era igual de mala, se asomaba continuamente por las cortinas cerradas. Cuando se fueron a la cama, todos estaban hechos un manojo de nervios.

Julia dormía intranquila y se levantaba antes que papá y mamá. Les preparó el desayuno.

Mamá mordisqueó su huevo revuelto. «Gracias, Julia, pero no tengo mucho apetito».

Papá acercó el plato de mamá a su lado de la mesa. «Dámelo, Kathleen. Necesito reponer fuerzas. Julia, pronto iré a ver a Caín al hospital, ¿quieres venir conmigo?».

Julia estaba mirando su teléfono. «Sí. D I Clarke aún no me ha contestado».

Mamá se levantó y apartó el plato vacío de Julia. «Llamará cuando tenga tiempo. Hoy iré a casa de Lesley. Estoy preocupada por ella, no tiene buen aspecto. Tengo la sensación de que me oculta algo».

Julia volvió a pensar que Lesley podría haber sido la víctima prevista, y no Deborah. O que

Lesley sabía quién era el asesino y ahora la estaban envenenando en secreto. Tenía que hablar con D.I. Clarke. Si no le devolvía la llamada hoy, iría a la comisaría.

Pero Julia no tuvo que ir a la comisaría. D.I. Clarke estaba junto a la cama de Caín cuando ella y papá aparecieron una hora más tarde.

El inspector les hizo una seña con la cabeza y se hizo a un lado.

Julia le dijo: «Tengo que hablar contigo».

«Sí, ya lo sé. Me has dejado dieciséis mensajes. Es usted muy persistente, señorita Blake. Supongo que necesitas hablar de un asunto de gran importancia».

«Sí.» Julia miró a Caín. Tenía mejor aspecto a pesar de los moratones morados que decoraban su cara. «Caín, ¿cómo estás?»

Sonrió con una ligera mueca. «Mejor, gracias. ¿Cómo estás tú?

Papá se adelantó. «Está bien, pero tiene ganas de hablar con el inspector, ¡mírala cómo salta de un pie a otro!».

Julia puso los pies firmemente en el suelo. «Puedo hablar con D I Clarke más tarde, es a Caín a quien he venido a ver».

Papá se rió y le puso la mano en el codo. La giró en dirección al inspector y le dijo: «Ve a hablar con D. I. Clarke, yo le haré compañía a Caín». Su sonrisa parecía ahora forzada mientras miraba directamente a Julia. «Seguro que Caín no quiere saber de qué vas a hablar con el inspector».

Julia captó el mensaje implícito. Caín no necesitaba más preocupaciones, tenía que concentrarse en mejorar.

D I Clarke echó un vistazo exagerado a su reloj. «Sra. Blake, puedo concederle diez minutos. Tengo que hablar con usted de una cosa. Hay una cafetería del hospital en la siguiente planta, iremos allí». Giró sobre sus talones y se alejó. Julia le siguió obedientemente.

Julia se sorprendió cuando el inspector le invitó a una taza de té. Se sorprendió aún más cuando le sonrió. Sólo era una pequeña sonrisa, pero una sonrisa al fin y al cabo. ¿Qué pretendía?

D I Clarke se sentó frente a Julia y bebió un sorbo de su propia bebida. «Es una taza de té asquerosa, casi criminal».

Julia soltó una débil carcajada y dijo: «¡Ja! ¿Vas a detenerla?».

D I Clarke la miró fijamente con su penetrante mirada y no dijo nada por un momento. «Ahora bien, ¿de qué vamos a hablar primero? ¿El hecho de que te pidiera que no te involucraras en una investigación policial? ¿O el hecho de que ayer buscaras a un posible sospechoso con tu padre?».

Julia se encogió de hombros y miró el té de color pálido. Dio un respingo cuando el inspector emitió un ruido extraño. ¿Se acababa de reír? Levantó la vista, definitivamente estaba sonriendo de nuevo. ¿Estaba drogado? ¿O borracho?

D I Clarke dijo: «Sólo estoy bromeando un poco contigo. Me alegro de que hayas encontrado a Seth Maddocks. Me telefoneó después de que salieras de su cabaña de madera y me lo explicó todo. En la comisaría conocemos bien a Big Bessie y también a su familia. Nunca hemos podido acusarles de nada. Le hablé al Sr. Maddocks de testificar contra su mujer, pero parece asustado. Es comprensible, la has conocido, asusta a todo el mundo. De todos modos, podemos hablar de eso con el señor Maddocks en otro momento».

Julia intervino. «¡Pero ahora tienes que hablar con Bessie y su familia! ¡Puede que hayan atacado a Caín! Puede que vayan a por mí».

D I Clarke levantó una mano. «Por favor, no grite, señorita Blake, estoy sentada frente a usted, no en otro condado. Bessie Maddocks y su familia no tuvieron nada que ver con el ataque de

Cain. Sabe quién le atacó, y ahora, yo también. Por supuesto, Cain no me dio todos los detalles, me enteré por otras fuentes».

Los ojos de Julia se entrecerraron. «¿Qué clase de fuentes?»

«No es asunto tuyo. Tenemos contactos en la finca Clover, eso es todo lo que necesitas saber. Voy a compartir contigo cierta información, pero no quiero que hagas saber a Caín que estás al corriente de estos hechos. ¿Por qué sonríes?

«Le has llamado Caín, normalmente le llamas Sr. Andrews».

«Siento un gran respeto por ese joven, pronto verás por qué. Cain fue en coche con su hermano, Gary, el jueves por la tarde. Volvieron a la antigua casa de Cain en Clover Estate. Los testigos no tardaron en oír gritos procedentes de la casa de los Andrews. Mis fuentes me dicen que la familia de Cain quería que hiciera un trabajo para ellos, un trabajo que le implicaba. Habían estado siguiendo sus movimientos desde que salió de la cárcel, también te han estado siguiendo a ti».

Julia se estremeció.

«Le dijeron a Caín que tenía que robar cosas de las casas de tus clientes. Y no sólo eso, le dijeron que tenía que comunicarles los códigos de las alarmas antirrobo de las casas más grandes e informarles de cuándo iban a estar de vacaciones tus clientes.»

Julia se quedó sin aliento. «¡No me lo puedo creer! Qué gente más horrible!»

«Tengo otros nombres para gente así, Sra. Blake, pero no ofenderé tus delicados oídos. Caín se negó a participar. Las discusiones se hicieron más fuertes, pero Caín se negó a ceder». D I Clarke apartó la mirada un momento y frunció el ceño, como si no estuviera seguro de continuar. Se volvió hacia Julia y bajó la voz. «Entonces se oyeron gritos, los gritos de Caín».

Julia enjugó una lágrima repentina. «¿Por qué esos testigos no hicieron nada?».

«La gente se mantiene unida en la finca Clover. Los gritos duraron un rato y luego se hizo el silencio. Supongo que fue entonces cuando los hermanos de Caín lo sacaron de la casa familiar y lo abandonaron en las afueras de la finca Clover».

«Lo dieron por muerto», dijo Julia en voz baja. «Todo es culpa mía. Si no trabajara para mí, sus hermanos no le habrían atacado».

«Le habrían atacado de todos modos, son un grupo desagradable. En mi opinión, que le dieras trabajo a Caín ha sido lo mejor para él. Hablé con Caín antes de que llegaras. Le conté lo que sabía. Le dije que podía presentar cargos, pero que se negaba. También le dije que hablaría profesionalmente con sus hermanos sobre sus actividades delictivas, les haré saber que les vigilamos de cerca. En ese momento se puso nervioso, pero le dije que no mencionaría su nombre en ningún momento. Les haré creer que Caín no me ha dicho nada sobre sus agresores». Hizo un gesto con la mano hacia Julia. «Seguro que no quieres oír cuáles son nuestros planes para la familia Andrews».

«Sí que quiero. ¿Vas a seguirlos? ¿Ponerles micrófonos? ¿Pagar a detectives privados para que les espíen?».

Esta última parte fue recibida con una mirada penetrante por parte del inspector. «Srta. Blake, tiene usted una imaginación hiperactiva. Lo cual me recuerda algo». Apartó la mirada de ella y suspiró. Una expresión de irritación cruzó su rostro. Julia se removió en el asiento. ¿Qué iba a decirle?

D I Clarke volvió a centrar su atención en ella. Puso las manos juntas sobre la mesa. «No conoces a mi mujer, ¿verdad?».

Julia negó con la cabeza. No estaba convencida de que el inspector estuviera realmente casado.

D I Clarke sonrió. «Es una mujer maravillosa. Siempre se interesa por mis casos. Cuando los

casos han terminado, por supuesto, va contra el procedimiento policial hablar de los casos en curso con civiles.»

«Por supuesto».

«Bueno, de todos modos», parecía incómodo. «Le he contado a mi mujer los casos anteriores en los que te has visto implicado. Por alguna razón, ella te respeta y cree que está bien que te involucres». Hizo una mueca y sacudió la cabeza. «Parece creer que te das cuenta de cosas de las que yo no me doy cuenta». Volvió a rezongar. Julia se cruzó de brazos, sin saber adónde iba a parar aquella conversación. «Mi mujer cree que deberías darme tu opinión sobre este caso, a ver si te has dado cuenta de algo que yo haya pasado por alto. Le he dicho que es probable que parlotees sobre cotilleos infundados, pero le prometí que te escucharía».

Julia se quedó boquiabierta. Volvió a cerrarla. Bajó los brazos. ¿Acaba de soñar eso?

D I Clarke tiró de su cuello. «Sra. Blake, ¿me ha oído? Me gustaría conocer su opinión sobre este caso».

Capítulo 24

Julia miró de reojo al inspector. «¿Es una broma?»

Él negó con la cabeza y la miró directamente.

«De acuerdo», empezó Julia. No estaba segura de lo que pretendía el inspector, pero si quería oír sus pensamientos, se los iba a contar. «Deborah Paignton fue envenenada con una botella de vino casero de moras. Ese vino fue donado por alguien relacionado con la escuela, no sabemos quién. Ese vino pudo ser envenenado antes de llegar a la escuela. O pudo ser envenenado después de que lo pusieran en el despacho de Deborah, mucha gente vio que ella lo había ganado». Julia hizo una pausa. «¿Vas a tomar notas?».

«No. Continúa».

«Puse el vino en el escritorio de Deborah justo antes de que empezara la feria a las diez. Su puerta estaba abierta. Cualquiera podría haber entrado y manipulado el vino en cualquier momento. Barney llegó a la feria escolar poco después del mediodía. Recogió su palo de piruleta», hizo una pausa al ver que los labios del inspector se crispaban. «Barney recogió su palo de control de tráfico de la habitación de Seth, que tiene llave, y luego salió a la carretera principal. Deborah lo vio desde la ventana de su despacho y salió para hablar con él». Julia se cruzó de brazos, con una expresión de disgusto en el rostro. «Y le echó. Barney volvió al vestíbulo, nos contó lo que había hecho Deborah y luego le metió el palo en el despacho. Me dijo que estaba tan enfadado que golpeó el bastón contra la pared. Luego se marchó del colegio».

«Continúa».

«Barney vio a Seth Maddocks a la salida del colegio. Seth me dijo que había fichado por costumbre y luego fue a su despacho a recoger algunos efectos personales. Llevó sus botes de té y café al despacho de Deborah y los puso sobre su mesa. Estaba solo allí». Julia frunció el ceño al recordar que había visto los botes. Había algo raro en la imagen, algo fuera de lugar. ¿Pero qué? Sacudió la cabeza, ya lo recordaría.

«¿Había algo más?» preguntó D I Clarke. A Julia no le pasó desapercibido el tono aburrido de su voz.

«Sí. Imogen Walters entró en el despacho de Deborah cuando terminó la feria, justo después de la una. Cogió la recaudación de la feria y la metió en un cajón. No estuvo allí mucho tiempo. Nos dijo a Lesley y a mí que había visto a Deborah fuera hablando con unos residentes». Julia apretó los labios y pensó un momento. «Si el vino fue manipulado después de ponerlo en el

despacho de Deborah, entonces Barney, Seth o Imogen tuvieron oportunidad de tocarlo. No estoy segura de por qué Barney o Imogen querrían matar a Deborah, pero Seth podría haber sido obligado por su mujer. Quizá Bessie quería quitar de en medio a Deborah para que otro director se hiciera cargo, uno al que pudiera intimidar».

«¿Has terminado?», empezó a levantarse el inspector.

«No», Julia levantó un dedo. «Creo que Deborah podría haber estado chantajeando a Imogen».

«¿Por qué?», el inspector volvió a sentarse.

Julia le habló del pasado de Imogen, con las mejillas cada vez más calientes. Era desconcertante hablar con alguien que te miraba tan fijamente. Se interrumpió. «Eso es, eso es lo que pienso del caso. ¿Has averiguado de dónde procedía originalmente el vino?»

«Eso no es información pública». D I Clarke se levantó y se puso las manos a la espalda. «Como sospechaba, parece que mi mujer se equivocaba contigo. Adiós, señorita Blake». Se dio la vuelta y salió del café.

«¡Bueno, de verdad!» resopló Julia. Vio a través de la ventana del café cómo el inspector se dirigía hacia su coche. Se detuvo junto a su coche y sacó un cuaderno. Escribió durante un minuto y luego subió al coche.

Julia se convenció de que estaba anotando sus valiosísimos pensamientos, y no su lista de la compra.

Volvió junto a Caín y les contó a él y a papá su conversación con el inspector.

Papá dijo: «No creo que tenga mucha fe en el sistema judicial británico si confían en una mujer de la limpieza entrometida para obtener información».

«¡Papá!» estalló Julia. Papá la miró directamente. Julia se desinfló y dijo: «Yo también pensaba eso».

Caín levantó la mano. Los dos miraron hacia él. Caín dijo: «Quizá sea una estratagema, para que no interfieras. Ya le has contado al inspector todo lo que sabes, no hace falta que vuelvas a telefonearle».

Julia levantó la barbilla. «¡Vaya! El escurridizo... inspector».

Papá dijo: «Quizá ahora deberías dejárselo todo a D I Clarke». Caín bostezó. Papá continuó: «Es hora de irse, Julia. Has cansado a Caín con tu parloteo».

Julia y papá se levantaron y se despidieron de Caín. Mientras se alejaban del hospital, Julia le contó a papá el ataque de Caín y quiénes eran los verdaderos sospechosos. Papá mantuvo la calma, pero Julia vio que sus manos se tensaban sobre el volante.

Julia estaba dispuesta a dejar en paz la investigación, hasta que volvió a casa de sus padres.

Mamá la saludó: «Julia, tenemos que hacer algo con Lesley, se va a suicidar».

Capítulo 25

El lunes por la mañana, Julia estaba ocupada con su trabajo de limpieza. Le resultaba extraño trabajar sola, se había acostumbrado a tener a Caín cerca. Pasaría algún tiempo antes de que estuviera en condiciones de volver a trabajar con ella.

A la hora de comer, Julia se dirigió a casa de Imogen Walters, necesitaba hablar de algo con ella. Podría haberla llamado por teléfono, pero prefería hablar cara a cara.

Cuando Julia se detuvo frente a la casa de Imogen, vio un coche que salía marcha atrás. Esperó a ver de quién se trataba.

El conductor era Melvin Paignton. Tenía cara de satisfacción cuando pasó junto a Julia. ¿Qué hacía en casa de Imogen? Julia sabía que no era asunto suyo, pero tenía muchas ganas de averiguar qué pasaba entre él e Imogen.

Cuando Imogen le abrió la puerta un minuto después, estaba claro que había estado llorando. Se secó los ojos con un pañuelo y le dedicó a Julia una sonrisa vacilante. «Oh, hola Julia. No te preocupes por mí, esta mañana estoy un poco sensible. ¿En qué puedo ayudarte? No has venido a limpiar, ¿verdad? Te dije que no quería el resto de mi regalo de limpieza».

«Bueno, era del regalo de limpieza de lo que quería hablarte. Me preguntaba si podrías donar el resto de tus horas a la escuela».

Imogen frunció el ceño. «Será mejor que entres y me lo expliques, no te sigo».

Julia siguió a Imogen hasta el salón. Imogen le indicó que se sentara. Julia lo hizo, y luego se explicó. «Desde que Seth dejó la escuela, Lesley se ha encargado de hacer la limpieza. Mamá habló conmigo ayer, está preocupada por la salud de Lesley, cree que se matará si sigue así. No literalmente, claro».

Imogen se sentó junto a Julia. «Yo también vi a Lesley la semana pasada, no tiene buen aspecto. ¿Crees que el veneno sigue en su organismo? ¿La ha examinado un médico?»

«Sí. No sé qué le pasa». Julia no añadió que Lesley podía ser víctima de una campaña de envenenamiento en curso. Julia estaba segura en su fuero interno de que Imogen no podía haber matado a Deborah, pero su instinto ya se había equivocado antes. En lugar de eso, dijo: «Quería utilizar esas horas de limpieza que habías ganado para la escuela. Si Lesley sabe que tengo que consumirlas en tu nombre, espero que no se ofenda porque vaya a la escuela. No quiero irrumpir y exigirle que me deje hacer la limpieza. ¿Qué te parece?»

Imogen sonrió. «Me parece una idea estupenda. ¿Tienes tiempo para una taza de té?».

Julia asintió. «Tengo treinta minutos antes de mi próximo trabajo de limpieza. Por alguna razón he trabajado más rápido sin Caín a mi lado. Aunque prefiero que esté él».

«Había oído hablar de Caín. ¿Cómo está?»

«Mejor. Está siendo valiente. Creo que le gusta la atención que le prestan las enfermeras. Hay una enfermera en particular que le hace brillar los ojos. Saldrá dentro de unos días, se quedará con mamá y papá».

Imogen negó con la cabeza. «No puedo creer que alguien le hiciera eso, es un hombre tan encantador. ¿Sabe la policía quién lo atacó?»

Julia hizo una pausa. Sintió la oportunidad de llevar la conversación en otra dirección. ¿Debería? Sí.

«Imogen, Caín se reunió con su hermano, Gary, el otro día. Gary llevó a Caín a la casa familiar en la finca Clover. El ataque a Cain ocurrió esa misma noche. Me resulta difícil decirlo». Julia bajó la mirada hacia su regazo, no estaba segura de poder continuar. Tomó aire y volvió a mirar a Imogen. «Gary nos había estado siguiendo a Caín y a mí. Nos vio salir de tu casa, te vio a ti. Te reconoció».

Imogen frunció el ceño. «Creo que no conozco a ninguno de los hermanos de Caín. ¿Es uno de los padres del colegio?»

«No. Te reconoció por tu trabajo como modelo y por tus vídeos».

Imogen palideció. Se quedó mirando a Julia sin decir nada.

Julia se sentía fatal, pero tenía que continuar. «¿Es por eso por lo que Melvin Paignton ha estado viniendo por aquí? ¿Te ha estado chantajeando? ¿Te amenaza con revelar tu pasado?».

Imogen se llevó las manos a la cara y rompió a llorar. Julia le rodeó los hombros con el brazo y la abrazó hasta que se le pasó el llanto.

Imogen retiró las manos, la pena en su rostro hizo que a Julia se le retorciera el corazón. «Oh, Julia, estoy tan avergonzada. Ojalá pudiera huir de este terrible desastre». Empezó a llorar de nuevo.

Julia dijo: «Voy a poner la tetera, luego me lo cuentas todo. Si quieres».

Imogen asintió entre sollozos.

Unos minutos después, Julia puso una taza en las manos de Imogen. Julia se sentó junto a Imogen, también con una taza en las manos.

Imogen bebió un trago y dejó la taza en el suelo. Sacudió la cabeza. «Es un desastre. Cometí tantos errores cuando era joven, era estúpida e ingenua».

«Todos cometemos estupideces cuando somos jóvenes».

Imogen le dedicó una sonrisa irónica. «Algunos hacemos estupideces que quedan registradas para que las vea todo el mundo. Sí, me hicieron fotos y aparecí en vídeos. Entonces tenía un representante que me dijo que hiciera fotos y vídeos, que era la única forma de hacerme famosa. Le creí. Pero no tardé en darme cuenta de lo que pasaba. Mi representante quería que hiciera vídeos aún más extremos. Huí de todo, cambié de nombre, incluso de color de pelo. Me mudé al norte y conseguí un trabajo en los bares. Allí conocí a Scott. No sabe nada de mi pasado. Le destrozaría enterarse». Miró hacia una fotografía familiar. «Destruiría a mi familia, no puedo permitirlo».

Julia dejó su propia taza.

«¿Desde cuándo existe el chantaje?»

«No mucho después de que Deborah se convirtiera en directora de la escuela. Su marido vino una vez a una reunión de la asociación de padres, me miró de cierta manera y supe que me había reconocido». Se apretó más la rebeca. «Me miraba todo el tiempo. Le vi en el aparcamiento

buscando mi coche. Incluso le vi con prismáticos. ¿Te lo puedes creer?

«Puedo, le he visto».

Imogen negó con la cabeza. «Me dijo que conocía mi secreto, dijo que se lo contaría a Scott, y luego se lo contaría a todo el colegio. Todo el mundo sabría lo que había hecho. Le supliqué que no lo hiciera. Dijo que no lo haría si yo trabajaba más para la escuela. Creo que me quería allí todo lo posible para poder... mirarme. Me dijo que Deborah conocía mi pasado y que le daba asco. Creía que debía dedicar mi tiempo a la escuela, para compensar mis pecados».

«¿Ella dijo eso?»

«Según Melvin. Creí que las cosas mejorarían cuando Deborah murió, sé que es algo horrible de decir. Pensé que Melvin estaría demasiado afligido para molestarme. Pero... -no pudo continuar, pues la invadió un nuevo ataque de llanto.

Julia sacudió la cabeza. «No me digas que Melvin quiere algo más de ti».

Imogen bajó la cabeza. «Estoy muy avergonzada. No paro de decirle que se vaya, pero no me escucha. No sé qué hacer».

«Sé exactamente lo que debes hacer», dijo Julia. «Y voy a ayudarte».

Capítulo 26

Julia terminó el resto de sus tareas de limpieza antes de dirigirse a la escuela Cloverfield. Llegó a las seis de la tarde y vio cómo recogían a los últimos niños del club extraescolar.

Lesley se sorprendió al verla. Julia se sorprendió aún más al ver los cambios en Lesley. Aparte de parecer cansada, los pómulos de Lesley eran más prominentes de lo que Julia recordaba y su pelo parecía más fino. Julia se tragó su preocupación y pegó una brillante sonrisa a su rostro. «¡Enhorabuena! ¡Tu colegio ha ganado algunas de mis valiosas horas de limpieza! Bueno, no el colegio exactamente. Las ha ganado Imogen, pero te las ha donado. ¿Por dónde empiezo?»

Lesley sonrió y sacudió la cabeza. «Me había enterado de que Imogen había ganado tus horas, debo admitir que estaba celosa. Apenas tengo energía para mirar mi aspiradora estos días, y mucho menos para usarla. Me alegro de verte. Pasa».

Julia se alegró de que Lesley no fuera a rechazar sus servicios, se había preparado para discutir con ella si era necesario.

Lesley anotó el nombre de Julia en el libro de firmas. «Todo el mundo se ha ido por hoy», dijo Lesley. «Me siento tan extraña al no tener a Deborah respirándome en la nuca. Y no tener a Seth en su habitación, me costará mucho acostumbrarme. Esta mañana me ha llamado y se ha disculpado por no haber estado en contacto. Aún así, hay un resquicio de esperanza: como subdirectora en funciones, le he devuelto el puesto a Barney. De momento, creo que el paso de cebra sigue adelante».

«Son buenas noticias. ¿Por dónde quieres que empiece?»

Lesley hizo un gesto con la mano hacia el final del pasillo. «¿Te importaría empezar por las aulas? He intentado mantenerlas ordenadas, ¡pero los niños son tan desordenados! ¿Seguro que no te importa hacerlo? Sé que limpiar escuelas no es tu trabajo habitual».

Julia le sonrió. «Un desorden es un desorden. Voy a empezar».

«Estaré en el despacho de Deborah si me necesitas». Lesley negó con la cabeza. «Tengo que dejar de llamarlo así».

Julia se había traído su propio material de limpieza, pero fue a la habitación de Seth a por las bolsas de basura y el aspirador. La puerta estaba abierta. Julia entró y miró a su alrededor. Todo estaba limpio y ordenado. Miró hacia el final de la habitación, la mesa y las sillas de Seth habían desaparecido.

Julia se puso a trabajar en las aulas. Lesley tenía razón, los niños eran desordenados. Julia encontró lápices de colores en el foso de arena y más de una barra de pegamento dentro de las bombas de los niños.

Julia iba por la tercera clase cuando Lesley entró con dos tazas de té. «He pensado que te vendría bien un descanso, Julia».

«Sí, gracias. Julia tomó el té agradecida. No se había parado a hacer muchas pausas durante el día, y de repente se dio cuenta de que tampoco se había parado a comer.

Lesley se acomodó en una pequeña silla y dijo: «¿Cómo les va a Sam y Chloe? Las dos están en la universidad, ¿no?».

«Sí. Las echo de menos. Pronto volverán a casa para las vacaciones. Mamá me ha dicho que tienes un hijo, ¿Craig?».

A Lesley se le iluminó la cara. «Sí, lo tengo. Vive y trabaja en Australia. Está casado con una chica encantadora, la he visto una vez, ¡y acaban de tener una hija! Me envía fotos todo el tiempo. Estoy muy orgullosa de él».

«Debes de echarle de menos, Australia está tan lejos».

Lesley asintió. «Sí, pero tengo pensado jubilarme pronto. Me voy a vivir a Australia. No se lo digas a nadie, ¿vale? Iba a decírselo a tu madre la semana pasada, pero con todo este asunto de Deborah... no me pareció bien contarle a nadie mis buenas noticias». Se removió en el asiento. «Ya sé por qué los niños no se quedan quietos en estas sillas, son muy incómodas».

Julia se rió. «Yo no me atrevería a intentar forzar mi trasero en una, me quedaría atrapada en ella durante meses».

Lesley miró su taza y frunció el ceño. «Yo solía quedarme atascada en estas sillas. Debo de haber adelgazado un poco últimamente. Debe de ser el estrés, o algo así». Se levantó y sonrió a Julia. «Será mejor que vuelva a la oficina, siempre hay algo que hacer. ¿Crees que podrías pasar una fregona rápida por el pasillo? Será suficiente por hoy, muchas gracias».

Julia captó la mueca de dolor en el rostro de Lesley mientras salía del aula. Sin duda le pasaba algo.

Julia bebió rápidamente su té y volvió al trabajo. Terminó con las aulas y se dirigió al vestíbulo. Lesley estaba hablando por teléfono en el despacho de Deborah cuando Julia pasó por delante. Julia se detuvo al oír a Lesley decir un nombre familiar: «Sí, doctora Konchella, llamaré mañana».

Julia frunció el ceño y siguió caminando. Doctora Konchella, había oído ese nombre antes, pero ¿dónde?

Julia empleó lo que le quedaba de energía en fregar el suelo del pasillo. Lesley dio las gracias una docena de veces más y acompañó a Julia hasta su coche.

«¿Te vas ya a casa?» preguntó Julia.

«Claro que sí. Estoy agotada».

«Aún te quedan un par de horas de mi tiempo de limpieza. Puedo volver al final de la semana».

Lesley puso la mano en el brazo de Julia y dijo: «Gracias, Julia, no sabes cuánto te lo agradezco». Lesley regresó a la escuela, con pasos lentos.

Julia se agarró a la puerta del coche. Si alguien estaba envenenando lentamente a Lesley, ella... ¡oh! No sabía lo que haría. ¿Quién querría hacer daño a Lesley?

Ésa fue la misma pregunta que le hizo a mamá por teléfono cuando llegó a casa.

Mamá dijo: «Nadie querría hacer daño a Lesley. Le he preguntado varias veces si se encontraba bien, pero no quiere hablar conmigo. Es buena amiga de Barney, él la ayudó a

superar la muerte de su marido, y Lesley ha ayudado a Barney con su mujer y sus problemas. Fue Lesley quien recomendó a la enfermera para la mujer de Barney, y fue Lesley quien le dijo a Barney que se tomara un tiempo para sí mismo en esas clases nocturnas. Puede que le haya confiado a Barney lo que le pasa».

Julia miró el reloj de la cocina. ¿Cuándo habían dado las nueve? «Llamaré a Barney por la mañana. Lesley me ha dicho que le ha devuelto el trabajo, así que iré a su casa después de su turno de mañana. ¿Cómo está Caín? Hoy no he tenido ocasión de visitarle».

Mamá se rió. «Está mucho mejor. Se le ilumina la cara cada vez que cierta enfermera se acerca a su cama. No sé si querrá salir del hospital. Duerme un poco, cariño, ya tengo bastante con preocuparme por Cain y Lesley, no quiero añadirte a ti a la lista».

«Lo haré. Adiós». Julia terminó la llamada. Tenía que hacer otra llamada, a Imogen Walters. Quería saber si Imogen había denunciado el chantaje a la policía.

Capítulo 27

Al día siguiente, Julia tenía que ocuparse de más tareas de limpieza antes de pensar en visitar a Barney. Aparcó delante de la casa de Barney justo después de la hora de comer.

La puerta principal se abrió de golpe incluso antes de que Julia hubiera recorrido la mitad del camino del jardín. La mujer que Julia había visto antes la miraba fijamente. ¿Cómo se llamaba? Sharon, eso era.

Sharon salió de la casa y miró a derecha e izquierda. «¿Te has enterado? ¿No es indignante? No estoy segura de que deba quedarme aquí, pero no puedo dejar a la Sra. Samson sola, no después de lo que ha pasado. ¡Todavía estoy en estado de shock! ¡Y pensar que he estado trabajando en su casa! ¡Podría haberme pasado cualquier cosa! ¡Es indignante! Y pensar que casi se sale con la suya».

Julia se acercó. «Lo siento, no sé de qué estás hablando. ¿Está Barney?»

Sharon se llevó las manos al pecho. «¡No me menciones el nombre de ese hombre!».

«¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?»

«¡Sí que ha pasado algo! ¡He estado trabajando para un asesino! Aquí mismo, en esta casa». Sacudió la cabeza. «Pensar que probablemente estaba tramando el asesinato cuando yo estaba en la casa. Me pone enferma».

Julia alzó la voz: «Dime qué pasó, por favor».

«¿Quieres decir que no lo sabes?». Sharon soltó una carcajada y se cruzó de brazos. «El señor Samson se fue a trabajar esta mañana como de costumbre. Pero cuando volvió tenía una expresión extraña en la cara. Sabía que algo iba mal, podía sentirlo. Soy una persona sensible, capto los sentimientos de la gente».

Julia apretó los labios y se preguntó si Sharon estaría captando sus sentimientos en ese momento. Julia dijo: «¿Qué le ha pasado a Barney?».

«Entró en casa y se paseó arriba y abajo, muy agitado. Habló con su mujer y me dijo que saliera de la habitación. No pude oír ni una palabra desde la cocina. Luego llamó a la policía. No me dijo por qué, pero pronto lo supe. Llegó un policía alto y delgado con unos extraños ojos azules». Se detuvo y dirigió a Julia una mirada de satisfacción.

«¿Y?» preguntó Julia.

«Y Barney Samson confesó haber matado a Deborah Paignton, que era la directora de la escuela donde él trabajaba».

Julia soltó un grito ahogado. «¡No! ¿Estás segura?»

«Claro que estoy segura, no soy idiota. Lo vi y lo oí todo. Fue muy sincero al respecto. Ese policía alto no dijo mucho, murmuró algo y luego se llevó a Barney». Sharon sacudió la cabeza. «No puedo creerlo, Barney Samson es un asesino de masas, y pensar que esta mañana le he hecho una tostada».

La cabeza de Julia bullía de hechos. Esto no tenía sentido. ¿Barney? Debe de haber algún error. Le dijo a Sharon: «¿A qué hora ocurrió?».

«Sobre las nueve y media. ¿De qué querías hablar con él? Quizá pueda ayudarte».

Julia empezó a alejarse. «No es nada importante, gracias».

Cuando entró en el coche, Julia sacó el teléfono y llamó a mamá, con la esperanza de que aún estuviera en su hora de almuerzo. No contestó, así que dejó un mensaje. Llamó al teléfono de Lesley. Tampoco respondió. No tenía otro cliente hasta dentro de unas horas, así que decidió ir a la comisaría. Probablemente no conseguiría nada preguntando por Barney, pero valía la pena intentarlo.

Julia encontró sitio en el aparcamiento de la policía. Cuando entraba en el edificio, Imogen Walters y su marido salían. Iban cogidos de la mano.

Imogen gritó: «¡Julia! Hola, Julia. Iba a llamarte por teléfono. Éste es Scott».

Scott saludó a Julia con la cabeza. «Encantada de conocerte, tengo mucho que agradecerte».

«¿Qué?», fue la digna respuesta de Julia.

Imogen sonrió a su marido. «Después de que habláramos ayer se lo conté todo a Scott, lo de mi pasado y el chantaje. Tenías razón al decirme que lo hiciera. Lo entiende perfectamente y me perdona completamente».

Scott se llevó la mano de Imogen a la boca y la besó. «Como si fuera a hacer otra cosa». Se volvió hacia Julia. «Sabía que a Imogen le pasaba algo, pero por mucho que la molestara no me decía qué le pasaba. Fue un alivio cuando por fin me lo dijo. Mi primer instinto fue ir a casa de ese canalla y retorcerle el pescuezo por chantajear a mi Imogen. Pero me disuadió. Imogen me dijo que declararías sobre lo que habías visto y oído si ella decidía ir a la policía».

«Aún así lo haré», dijo Julia. «No es mucho, pero vi a Melvin Paignton en el aparcamiento del colegio, y le vi en tu casa el otro día. Caín también lo vio. ¿Lo has denunciado a la policía?»

«Lo hemos hecho», dijo Imogen. «Hablamos con ese encantador inspector, D. I. Clarke. Hizo que trajeran enseguida a Melvin Paignton. D I Clarke ya había investigado sus antecedentes».

Los ojos de Julia se entrecerraron. «¿Ya lo había hecho? Me pregunto por qué lo habrá hecho».

Scott dijo: «Por lo visto, el muy baboso ya había hecho este tipo de cosas antes. Esperamos mientras el inspector hablaba con él. Confesó enseguida». Scott miró a Imogen como pidiéndole permiso para continuar. Ella asintió levemente. «Cuando la policía lo detuvo, encontraron muchas imágenes de Imogen, no sólo de su pasado, sino de los últimos días. Estaban clavadas por toda su casa». A Scott se le tensó la barbilla y apartó la mirada.

«¡Ay! Me haces daño en la mano!» dijo Imogen riendo.

«¡Oh! Lo siento», Scott le acercó la mano y volvió a besarla. «No veo por qué el inspector no podía dejarme darle un puñetazo al menos una vez».

Julia tenía una pregunta. «¿Sabía Deborah Paignton lo del chantaje? Imogen, ayer dijiste que Melvin había dicho que sí».

Imogen negó con la cabeza. «No estoy segura, nunca me mencionó nada directamente. Pero debió de sospechar algo. Melvin siempre miraba demasiado a las mujeres, hasta Lesley se dio cuenta. Será mejor que nos vayamos. Muchas gracias por hablar conmigo ayer, Julia. Me alegro de que hayas metido las narices en mis asuntos. Se llevó la mano a la boca. «Lo decía en el buen

sentido».

Julia señaló con la cabeza la entrada de la policía. «¿Todavía tengo que hacer una declaración?».

«No lo sé. Podrías hablar de ello con D. I. Clarke. Adiós, gracias de nuevo».

Julia se despidió y entró en la comisaría. Tenía toda la intención de hablar con D. I. Clarke.

Capítulo 28

Capítulo 28

D. I. Clarke la esperaba al otro lado de la puerta. «Ah, señorita Blake, me preguntaba cuándo llegaría. Te vi charlando con el Sr. y la Sra. Walters, supongo que te habrán puesto al corriente de los problemas que la Sra. Walters tenía con el Sr. Paignton». Hizo una pausa y añadió: «Siempre sospeché que Melvin Paignton tramaba algo, tenía ese aspecto sospechoso, ¿me entiendes?».

A Julia se le escapó una especie de zumbido. Y a continuación dijo: «¡Parece sospechoso! ¡Eso es exactamente lo que te he dicho! ¿Le has detenido? Espero que sí, ha hecho pasar un infierno a Imogen. ¿Y has pensado que podría haber sido él quien asesinó a Deborah? Podría haberse enterado de su chantaje, y entonces él podría haber acabado con ella».

D I Clarke dio un paso adelante. Julia vio la expresión de su rostro y retrocedió un paso.

El inspector dijo: «Como probablemente sabrá, señorita Blake, tenemos a alguien detenido que ya ha confesado el asesinato de la señora Paignton.»

«¡Pero Barney no lo hizo! No puede haberlo hecho».

«Eso lo decidirá el tribunal. ¿Necesitabas decirme algo más?»

Julia bajó los hombros; sabía que no tenía sentido discutir con D. I. Clarke. Dijo: «¿Quiere que declare sobre Melvin Paignton? Le vi merodeando por la escuela unas cuantas veces, y oí lo que le dijo a Imogen el otro día».

«No, gracias, ha hecho una confesión completa. ¿Algo más?»

«No», dijo Julia de mala gana. «¿Me dirás qué le pasa a Barney Samson?»

«Puedes leerlo en los periódicos, como todo el mundo. Déjanos concluir este caso, no hace falta que te involucres más. Hasta la vista. Ya sabes dónde está la puerta».

Julia apretó los puños. «¡Sólo intentaba ayudar! ¡No me involucré a propósito! ¿Sabes, D I Clarke, que a veces puedes ser extremadamente grosero y frío?».

El inspector asintió. «Sí que lo sabía. No olvides empujar la puerta, no tirar de ella. Hay una señal, pero parece que confunde a la gente».

Julia le lanzó una mirada dura y se dio la vuelta. Agarró la manilla de la puerta y tiró. Oyó una carcajada detrás de ella. Lo ignoró y empujó. ¡Ese inspector! Le daba igual lo que dijera, no iba a abandonar el caso. Barney Samson no había matado a Deborah, ella apostaba por Melvin Paignton.

Julia se dirigió furiosa a su coche. Sacó el teléfono y volvió a intentar ponerse en contacto con mamá. Seguía sin contestar. Y tampoco Lesley.

Julia seguía furiosa mientras terminaba el resto de las tareas de limpieza de aquella tarde. La rabia le dio energía y terminó el trabajo en un santiamén.

Se había calmado cuando fue a visitar a Caín al hospital. Disminuyó la velocidad de sus pasos cuando se acercó a su cama. Una joven enfermera se ocupaba de las mantas de Caín. Caín reía y charlaba con ella. Julia sintió que el corazón se le dilataba en el pecho al ver la alegría en su rostro. Mírale, todo coqueto con esa enfermera, debe de sentirse mejor.

El color rosa se añadió a la cara morada de Caín al ver que Julia le observaba. La enfermera también la vio y se alejó corriendo. Julia se sentó junto a la cama de Caín y dijo: «¿Es tu nueva amiga? Es guapa».

Caín se encogió de hombros y dijo bruscamente: «Sólo es una enfermera. ¿Me has traído pastel?».

«No, ¿quieres un poco?

Caín señaló con la cabeza su mesa auxiliar. «Tengo más que suficiente, la gente no para de traerme más. Puedes llevarte un poco a casa si quieres».

«Gracias. ¿Cómo te encuentras hoy? Tienes mejor aspecto».

Caín asintió. «Me encuentro mejor. Puede que mañana pueda volver a casa. ¿Cómo está Buster?»

«¿Quién?»

A Caín se le borró la sonrisa. «Buster, mi pez. No te habrás olvidado de él, no está solo en mi casa, ¿verdad?».

«Ah, ese Buster. No, está en casa de papá, ven juntos el fútbol». Julia miró hacia la enfermería. «Creo que le gustas a esa enfermera, no deja de mirarte y sonreír. ¿Por qué no la invitas a salir?».

Cain se encogió de hombros. «Puede que sí. Puede que no».

exclamó Julia. «Hombres. Hablando de eso, déjame que te cuente lo que me dijo D. I. Clarke en comisaría. Si quieres saberlo, claro».

A Caín le brillaron los ojos. «Quiero saberlo todo. ¿Has averiguado ya quién es el asesino?».

Julia se inclinó hacia delante y se lo contó todo a Caín. Éste soltó un grito ahogado, soltó una carcajada y gruñó de disgusto en todos los lugares adecuados. Compartía la opinión de Julia de que Barney no era capaz de asesinar a nadie. Le preguntó qué iba a hacer a continuación.

«Quiero hablar con Lesley. Llevo todo el día llamándola a ella y a mamá, pero no he conseguido hablar con ellas. Lesley es buena amiga de Barney, quizá sepa por qué ha confesado».

Cain se quedó pensativo un momento. «¿Y si nos equivocamos? ¿Y si Barney perdió los nervios y mató a Deborah?».

Julia puso mala cara. «Entonces tendremos que aceptarlo. Aquí viene otra vez tu amiga».

La misma enfermera volvió al lado de Caín con un vaso de agua. Dijo alegremente: «Aquí tiene, señor Andrews, pensé que le apetecería una bebida fría». Arruinó el efecto profesional soltando una risita mientras lo colocaba en la mesita auxiliar. «Siento que no tengamos posavasos, esto no es el Ritz».

Julia sintió que se le ponían los ojos en blanco. Dio un respingo cuando Caín se rió demasiado alto. «No pasa nada», dijo él. «Nunca he estado en el Ritz».

«Yo tampoco», dijo la enfermera mientras permanecía a su lado.

Julia se levantó. «Caín, tengo que irme, cosas que hacer, gente que ver. Volveré mañana». Sonrió a la enfermera. «Para que lo sepas, Caín está soltero. No soy su novia ni nada parecido».

La enfermera frunció el ceño. «Creía que eras su madre, o su abuela».

Julia apretó los dientes, asintió y se marchó. ¡Pues sí, abuela! Esa enfermera necesita que le revisen los ojos. Debe de haber muchos médicos que podrían hacerlo en este enorme hospital.

Julia estuvo a punto de tropezar cuando dos pensamientos chocaron en su mente. ¡El posavasos! Por supuesto. Eso era lo que le preocupaba de la escena en el despacho de Deborah. Cuando Julia encontró a Deborah tumbada sobre la mesa, la botella de vino abierta no estaba en un posavasos. Si Deborah se la hubiera servido, la habría vuelto a poner en un posavasos para proteger su precioso escritorio. Lo que significaba que otra persona había servido el vino. ¿Qué había dicho Lesley sobre el vino? ¿Que ya lo habían servido? ¿Quién y cuándo lo había servido? ¿Melvin Paignton? Deborah no se lo pensaría dos veces antes de quitarle una copa de vino a su marido.

Julia asintió para sí mientras caminaba por el hospital. Eso tendría sentido. Melvin envenenó a su mujer para quitársela de en medio, quizá envenenó también a Lesley, ella podría haber sabido de su chantaje.

El otro pensamiento seguía en su cabeza mientras caminaba hacia la recepción principal. Hizo su consulta, dio las gracias a la mujer que le dio la información que quería y se dirigió hacia su coche.

Julia se sentó en el asiento del conductor y apoyó la cabeza en las manos. Recordaba dónde había oído antes el nombre del doctor Konchella, uno de sus clientes había tratado con él. El doctor Konchella trataba a pacientes con cáncer. ¿Lesley era una de sus pacientes?

Capítulo 29

Julia había terminado su jornada laboral, así que condujo hasta su casa. Se preparó una taza de té bien cargado y se sentó a la mesa de la cocina. Por su mente pasaban todo tipo de pensamientos, pero el principal era Lesley. ¿Tenía cáncer? ¿Recibía tratamiento? Y si era así, ¿cuál era el pronóstico? Julia se frotó los ojos cansados con una mano. ¿Sobreviviría Lesley?

Julia dio un respingo cuando sonó el teléfono. Era mamá.

«¡Mamá! Llevo todo el día intentando ponerme en contacto contigo. ¿Sabes algo de Barney? Ha confesado que mató a Deborah».

«Lo he oído, es una tontería total, por supuesto», contestó mamá. «He ido a la comisaría con la esperanza de hablar con él, pero se niega a recibirme. Y el inspector no ha servido de nada, me ha dicho que me vaya a casa».

«¿Qué piensa Lesley de todo esto? Es buena amiga de Barney, puede que hablara con ella antes de confesar».

Hubo una pausa y luego mamá dijo: «Lesley ha desaparecido. Esta mañana se presentó a trabajar como de costumbre, con aspecto cansado pero feliz. Hizo sus comprobaciones habituales por el colegio y luego salió para hablar con Barney. Sabes que ha recuperado su trabajo, ¿verdad?».

«Sí, lo sé».

«Estaba en el despacho de Deborah y los vi fuera, al lado de la carretera. Estaban charlando, pero ninguno de los dos sonreía. Me di cuenta de que algo iba mal, así que seguí observándoles. Barney ayudó a un niño y a sus padres a cruzar la calle, pude ver que su rostro estaba serio, no era en absoluto propio de Barney. Lesley esperó a que volviera a su lado y entonces empezó a hablar, sus manos iban de un lado a otro. Eso tampoco era propio de Lesley. Barney tiró el palo a la hierba y agarró las manos de Lesley. Habló un poco más y luego se marchó. Lesley se tapó la cara con las manos y vi que le temblaban los hombros, como si estuviera llorando».

«¿De qué crees que estaban hablando? ¿Barney acababa de confesárselo? Puede que ella intentara convencerle de que no fuera a la policía».

Mamá suspiró. «Era algo tan fuera de lo normal para los dos. Lesley recogió el bastón de Barney cuando éste se marchó. Había unos cuantos padres y niños más que necesitaban cruzar la calle, así que Lesley puso cara de valiente y les ayudó a cruzar. En ese momento tuve que dejar el despacho de Deborah e ir a mi clase. Pensé que me encontraría con Lesley más tarde y le

preguntaría qué estaba pasando. Pero no pude encontrarla a la hora del recreo. Una de las otras profesoras dijo que había visto a Lesley marcharse en coche a las nueve y media».

«¿Dejó algún mensaje a alguien?

No. No llamó ni dejó ningún mensaje. No he parado de llamarla, pero sólo me contesta el contestador. Acabo de ir a su casa. Su coche está allí, pero Lesley no. Julia, ¿qué crees que le pasa? ¿Adónde ha ido?

Julia miró el teléfono. Odiaba oír a su madre tan disgustada, pero tenía que informarla del posible estado de Lesley. Julia respiró hondo y le contó a su madre lo de la doctora Konchella.

Hubo una pausa mientras mamá asimilaba la información. «Eso explicaría por qué Lesley parece tan cansada y por qué ha perdido peso. No lo entiendo, ¿por qué no me lo dijo a mí ni a nadie?».

«Creo que Lesley es de las que se guardan algo así para sí mismas, para intentar afrontarlo por su cuenta. ¿Tiene algún pariente cerca? Sé que su hijo está en Australia. Me pregunto si sabe algo de Lesley».

«Si no lo sabe, no nos corresponde a nosotros decírselo. Nunca me ha hablado de otros parientes. ¿Qué vamos a hacer?»

Julia dijo: «Si me das la dirección de Lesley, iré ahora mismo a ver si puedo hablar con algunos vecinos. Quizá sepan si tiene algún amigo o pariente cercano. Estoy segura de que Barney esconde algo».

«Yo también. Volveré a la comisaría a ver si puedo hablar con él, quizá hable conmigo si sabe que Lesley ha desaparecido». Mamá le dio a Julia la dirección de Lesley.

«Gracias por eso. Avísame de cómo te va», dijo Julia.

«A ti también, cariño. Adiós por ahora».

Julia miró la mesa de la cocina. Algo iba muy mal. La gente ocultaba secretos, y esos secretos tenían que ver con la muerte de Deborah Paignton.

Julia recogió el bolso y el abrigo y se dirigió a casa de Lesley. Era un adosado de aspecto cuidado. Julia subió por el sendero hasta la puerta trasera, echó un vistazo a las macetas de hierbas y flores que Lesley cultivaba. Julia admiraba a la gente que tenía tiempo y paciencia para cultivar cosas en macetas. Ella había comprado paquetes de semillas muchas veces, pero hasta ahí había llegado con sus esfuerzos de jardinería.

Julia vio que las cortinas se movían desde la puerta de al lado cuando levantó la mano para llamar a la puerta de Lesley. Bien. Los vecinos entrometidos significaban información. La mano de Julia se detuvo a medio golpe. La puerta trasera estaba entreabierta. Julia se fijó en la cerradura: la habían forzado. Se le erizó el vello de la nuca. Alguien había entrado en casa de Lesley. Julia empujó la puerta y ladeó la cabeza. Y ese alguien seguía dentro de la casa de Lesley.

Sabiendo que en ese momento debería estar llamando a la policía, Julia dejó a un lado su sentido común y entró en casa de Lesley.

Capítulo 30

El ruido que Julia había oído procedía del salón. Julia atravesó sigilosamente la cocina y se dirigió hacia aquella habitación. Oyó murmullos y palabrotas procedentes del interior. La nariz de Julia se agitó al percibir un aroma familiar. Julia empujó la puerta y dijo: «¡Bessie Maddocks! ¿Qué haces en casa de Lesley?».

Para ser una mujer grande, Bessie se giró con sorprendente rapidez. Miró fijamente a Julia, con un cigarrillo encendido colgando de la comisura de los labios. Bessie la miró de arriba abajo y preguntó bruscamente a Julia qué tenía que ver eso con ella.

Julia se irguió a pesar de que le temblaban las piernas. Estar sola en una habitación con alguien tan intimidante como Bessie Maddocks no era una buena idea. Julia dijo: «Ésta es la casa de mi amiga Lesley. Le estoy haciendo una visita social».

Bessie sacó el cigarrillo y escupió en la alfombra beige de Lesley. Julia se estremeció. Bessie gruñó: «¡No me menciones el nombre de esa mujer! ¡Vaca malvada de dos caras! Se hace la dulce y simpática cuando no es más que una...».

Julia volvió a estremecerse cuando Bessie soltó un chorro de palabras llenas de color. Cuando terminó, Julia dijo: «Te equivocas con Lesley, no es así en absoluto».

Bessie dio una calada a su cigarrillo mientras miraba a Julia con el ceño fruncido. Luego agitó el cigarrillo humeante en dirección a Julia. «A ti también te tiene engañada, ¿verdad?».

«No sé a qué te refieres. Conozco a Lesley desde hace mucho tiempo, es una de las personas más agradables que conozco».

«¿Ah, sí? ¿Una buena persona se escapa con el marido de alguien?».

Julia frunció el ceño. «¿De qué estás hablando?»

«Mi marido, Seth, el de los bajos fondos, ha sido seducido por esa vaca de aspecto escuálido». Bessie sacudió la cabeza con disgusto. «Debería haber sabido que pasaba algo. Siempre era educada conmigo cuando nos veíamos, me preguntaba cómo estaba, cosas así. Todo era una actuación. Había puesto los ojos en mi marido todos estos años».

«¿Estás seguro de eso? Lesley no parece de ese tipo».

«Sí que es de ese tipo. El idiota de mi marido fue a ver a su hermano hace poco. Volvió hace unos días con aspecto reservado. No quiso decirme qué pasaba con su trabajo en la escuela, yo sabía que había presentado su dimisión, pero no me dijo ni una palabra al respecto. Sabía que tramaba algo. Hice que mi hermano le siguiera esta mañana. Le vieron hablando con el hombre

de la piruleta a la salida del colegio, el de la cara redonda y la cojera».

Julia se acercó un paso. «¿De qué hablaban?»

Bessie se encogió de hombros. «No lo sé, mi hermano no sabe leer los labios. Dijo que parecía que discutían por algo. Seth se alejó, pero se quedó de pie junto a un árbol cercano. Luego llegó esa fulana suya y también habló con el hombre de la piruleta». Bessie la miró de reojo. «Antes de que preguntes, no, no sé lo que decían. Pero también estaban hablando». Dio otra calada a su cigarrillo y añadió: «Vaca tonta».

Julia se apartó el humo de la cara. «¿Qué pasó entonces?»

«Eres una cotilla, ¿verdad? El hombre de la piruleta tiró el palo al suelo y se alejó cojeando. Mi hermano lo vio caminar hacia Seth, se dijeron algo y luego se alejaron juntos. Fueron a casa de Lollipop. La policía apareció un poco más tarde. Mi hermano tuvo que marcharse». Sonrió con satisfacción. «Es alérgico a la policía. De todos modos, vio a Seth escabullirse por la puerta trasera y atravesar el jardín trasero. Seth volvió a nuestra casa, subió a su coche y se dirigió hacia aquí».

Julia se cruzó de brazos. Esto se estaba poniendo interesante. «Continúa».

«La fulana le estaba esperando aquí. Seth se acercó a la puerta, cogió su maleta y la ayudó a subir a su coche». Bessie resopló. «¡La fulana no le quitaba las manos de encima! Estaba apoyada en él, con los ojos casi cerrados. Seth la rodeaba con los brazos mientras caminaban hacia el coche. Mi hermano dijo que Lesley parecía borracha por la forma en que se apoyaba en él. Mi hermano me telefoneó, no podía seguirlos, tenía una... reunión de negocios». Los ojos de Bessie se entrecerraron. «Vine a buscar una dirección, a ver adónde podían haber ido». Se volvió hacia Julia y la miró directamente. Julia se sorprendió al ver que sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas. Con voz ronca, Bessie dijo: «¿Por qué me ha hecho esto? Creía que estábamos bien juntas. Sé que he engordado unos kilos, pero sigo siendo la chica con la que se casó».

Julia sintió una punzada de compasión por Bessie, pero era una punzada diminuta. «¡Has estado obligando a Seth a robar cosas del colegio para poder venderlas!».

Bessie se encogió de hombros. «¿Y qué? No lo echan de menos».

«¡Claro que sí! El nuevo director se había enterado y amenazaba con ir a la policía».

Bessie volvió a encogerse de hombros. «La policía nunca encontrará pruebas. ¿Qué quieres decir?

«Lo que quiero decir es que tu matrimonio no es tan bueno como pareces creer, y no es asunto mío».

Bessie bajó el cigarrillo y se acercó un paso. «Ya lo creo que no es asunto tuyo. Seth no tenía derecho a liarse con otra mujer, es mío. Y cuando los encuentre a él y a esa fulana se lo haré pagar». Se acercó un paso más y levantó un dedo amarillo. «¿Sabes dónde están?»

«No, no lo sé. Y creo que te equivocas con ellos». Julia apartó el dedo de Bessie y se arrepintió de inmediato al ver la ira que se encendía en el rostro de Bessie.

Sonó un teléfono. Bessie bajó el dedo, pero mantuvo la mirada fija en Julia mientras cogía el teléfono. «¿Sí? ¿Qué? ¿Qué hace subiendo por la A1? Pues claro que deberías seguirle». Terminó la llamada y fulminó a Julia con la mirada. Julia contuvo el aliento al sentir el olor personal de Bessie. Bessie dijo: «Será mejor que no te metas en mis asuntos. Podría partirte en dos tu flaco cuello sin sudar».

Julia no dijo nada. Bessie salió tambaleándose de la habitación, dejando tras de sí su olor. Julia soltó el aliento que contenía y corrió hacia la ventana para ver cómo Bessie se metía en un coche oxidado y se alejaba.

Julia sacó su propio teléfono. Sabía adónde se dirigía Seth, tenía que llegar antes que Bessie. Y

necesitaba ayuda.

Julia terminó la llamada y estaba a punto de darse la vuelta. Soltó una exclamación al ver el desastre que Bessie había dejado en la alfombra de Lesley. No podía dejarlo así. Julia fue a la cocina y buscó material de limpieza. Los encontró, pero halló otra cosa que le encogió el corazón.

A Julia le escocían los ojos mientras limpiaba el desastre. La única posibilidad en la que había evitado pensar ahora parecía ser la única.

Capítulo 31

Papá miró a Julia mientras conducía. «Estás muy callada, cariño».

Julia no pudo corresponder a su mirada. «Estoy pensando.

Papá se concentró en la carretera. «No te preocupes por Big Bessie, seguro que es pura palabrería y nada de acción». Hizo una pausa. «No, eso no es cierto, la he visto en acción. ¿Crees que Seth estaba llevando a Lesley a su cabaña?».

«Creo que sí, se dirigía hacia el norte según el hermano de Bessie. ¿Qué dijo mamá cuando se lo contaste?»

«No cree que haya nada raro entre Seth y Lesley. Pero sí cree que ocultan algo. Y Barney también. Aún así se negó a hablar con tu madre en comisaría. Y ese inspector amigo tuyo no fue de ayuda». Se echó a reír. «Se va a quedar en comisaría hasta que pueda hablar con Barney. Es tan cabezota como tú».

Julia deseó que mamá estuviera en el coche con ellos. Deseó que fuera ella quien tuviera pronto una conversación difícil. «Papá, ¿qué sabes de Lesley? Sé que su marido murió hace tiempo y que su hijo vive en Australia».

«¿Craig? Sí. Sabes lo que le ocurrió cuando era joven, ¿verdad?».

«No, ¿qué?»

«Sabes que Barney cojea».

«Sí. Salvó la vida de un niño arrojándose delante de un coche, todo el mundo lo sabe».

«¿Pero sabes a quién salvó la vida?».

A Julia se le erizó la piel de repente. En voz baja, dijo: «¿Fue Craig, el hijo de Lesley?».

«Desde luego que sí. Ahora ya sabes por qué ella y Barney son tan buenos amigos. Ella haría cualquier cosa por Barney. Según tu madre, que conoce todos los cotilleos, Lesley llevaba a Barney a clases nocturnas cuando necesitaba un descanso de cuidar a su mujer. Lesley también iba a clases nocturnas».

El corazón de Julia se sintió aún más oprimido.

Papá continuó: «De nuevo, según tu madre, Lesley pasaba mucho tiempo escuchando a Seth hablar de su matrimonio sin amor». Papá vaciló y frunció el ceño, como si no estuviera seguro de continuar. «No debería contarte esto, pero ya que te has metido en los asuntos de todo el mundo, puedo hacerlo. Hace unos años, Seth estaba de capa caída e iba a quitarse la vida. Lesley le encontró y le convenció para que no lo hiciera. No me sorprendería que Lesley encontrara esa

cabaña de madera para que Seth se retirara a ella. Es una mujer muy considerada».

Julia pensó en aquella mujer reflexiva. Lesley tenía una gran deuda con Barney, y Seth estaba en deuda con Lesley por haberle salvado la vida. Ahora las cosas empezaban a tener sentido.

Papá se dirigió por un camino conocido. «Ya casi hemos llegado. ¿Puedes enviarle un mensaje a tu madre para avisarla? Ta. Quiere que le enviemos un mensaje cuando hayamos hablado con Lesley y Seth». Papá miró hacia delante. «Ahí está su cabaña, veo el coche de Seth pero no ningún otro. Esperemos que Big Bessie y su hermano se hayan perdido».

Papá se detuvo frente a la cabaña de Seth. Casi había amanecido. Papá apagó el motor y se volvió hacia Julia. Se le desencajó la cara. «¡Oh! ¡Julia! ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Julia se secó una lágrima. «Papá, tengo que decirte algo antes de que entremos».

Le contó a papá lo que había descubierto. La expresión devastada de papá coincidía con la de ella mientras escuchaba. Terminó diciendo: «Papá, todo tiene sentido, ¿verdad?

Él asintió lentamente. «Por desgracia, sí. Venga, cariño, vamos a charlar con Seth y Lesley».

En cuanto salieron del coche, un Seth de rostro sombrío les abrió la puerta. «No estoy de humor para recibir visitas. Podéis dejarme solo. Por favor».

Julia se acercó un paso. «Seth, sabemos que Lesley está ahí dentro».

Seth empezó a cerrar la puerta. «Julia, esto no es asunto tuyo».

Julia levantó las manos: «Seth, tengo que hablar con Lesley. Sabes que tengo que hacerlo. Por favor, déjanos entrar».

Lesley se puso al lado de Seth. Tenía una manta sobre los hombros y el rostro pálido y demacrado. Dijo: «Seth, por favor, déjalos entrar. Ya es la hora».

«¡No!» estalló Seth.

Lesley lo apartó con cuidado y abrió más la puerta. Invitó a Julia y a su padre a entrar. Se sentaron en las mismas sillas que en su anterior visita. Lesley se sentó frente a ellos y se echó la manta más firmemente alrededor de los hombros. Les dedicó una pequeña sonrisa y dijo: «Parece que hoy en día tengo frío todo el tiempo».

Seth se colocó detrás de Lesley y le puso una mano protectora en el hombro.

Julia miró a la mujer que tenía delante, una mujer a la que consideraba su amiga. No sabía por dónde empezar.

Lesley dijo: «Julia, por tu cara sé que sabes que maté a Deborah Paignton».

Julia le hizo un pequeño gesto con la cabeza, aún incapaz de hablar.

Lesley continuó: «Creo que quieres saber por qué lo hice».

Julia encontró la voz. «Creo que ya he resuelto esa parte».

Capítulo 32

Lesley tiró aún más de la manta y dijo: «¿Quieres empezar? Me cuesta un poco hablar. Te corregiré si es necesario».

Julia se miró las rodillas. Le escocían los ojos. Enjugó una lágrima y volvió a mirar a Lesley. «Creo que mataste a Deborah por varias razones. Iba a despedir a Barney. Había salvado la vida de tu hijo hacía años y sentías que tenías una gran deuda con él. Sabías lo mucho que ese trabajo significaba para él».

Lesley asintió. «Tienes razón. Intenté disuadirla, pero a Deborah sólo le preocupaba ahorrar dinero».

Julia continuó. «No te gustaba cómo trabajaba Deborah, molestaba a todo el mundo. Especialmente a Seth. Vosotros dos sois amigos íntimos, probablemente sabías que robaba bienes de la escuela y se los daba a su mujer para que los vendiera».

Seth apartó la mirada. «Lesley lo sabía, nunca dijo una palabra. Nunca debí involucrarla en mis problemas».

Lesley le miró. «Claro que me metería en tus problemas. Estuviste a mi lado cuando necesité hablar con alguien sobre mi difunto marido». Se volvió hacia Julia. «Sin embargo, nunca pude convencerle de que dejara a esa terrible esposa suya. Sabía que Deborah se había enterado de lo que tramaba Seth. Ya había planeado despedirlo. Fui yo quien se lo advirtió».

Julia dijo: «¿Sabías lo de Imogen Walters?».

El rostro de Lesley se retorció de disgusto. «¿Sabía que el repulsivo marido de Deborah estaba chantajeando a esa pobre mujer? Sí, lo sabía. Intenté sacar el tema con Imogen muchas veces, pero no me escuchaba. Me daba cuenta de lo asustada que estaba. No podía creer que Deborah y su marido pudieran caer tan bajo».

«Imogen ha denunciado a Melvin Paignton a la policía. Imogen no está segura de si Deborah sabía lo del chantaje», dijo Julia.

Lesley frunció el ceño. «No estoy segura de creerlo. Vi cómo lo observaba cuando miraba a otras mujeres. Debía de saber que pasaba algo. ¿Cómo pudo Deborah hacer la vista gorda?».

Julia negó con la cabeza. «Quizá ella no lo sabía, supongo que nunca lo sabremos con certeza. Lesley, ¿fuiste a clases nocturnas con Barney?».

«Sí. Y ya sé cuál es tu siguiente pregunta. ¿Fui a clases de enología con él? De nuevo, sí. Hice seis botellas de vino de moras. Aún tengo cinco botellas en un armario de mi cocina».

Julia lo sabía, las había visto cuando buscaba material de limpieza.

Lesley retorció una parte de la manta, tenía los nudillos blancos. «Esa botella del puesto de la tómbola era una de las mías. Había hecho ese vino y se lo había regalado a Deborah. Luego tuvo el descaro de donarla al puesto de la tómbola. ¿No es insultante? Sabía que yo iba a estar a cargo del puesto de la tómbola, ¡sabía que lo vería! Era como si no le importara nadie».

«¿Cuándo envenenaste el vino?» preguntó papá. Había estado tan callado que Julia se había olvidado de que estaba allí.

«Me llevé el vino a casa el jueves por la noche con todas las demás donaciones de la tómbola. Les puse boletos a todos. Iba a asegurarme de que Deborah ganara ese vino. Estaba furiosa con ella. Seth se había marchado aquella semana, Barney estaba felizmente ajeno a su trabajo y la pobre Imogen estaba agotada intentando hacer todo lo que Deborah le exigía.

«Hablé con Deborah antes de que empezara la feria y le sugerí que empezara con nuestro puesto de la tómbola. Aún puedo ver la cara de asombro que puso cuando ganó mi vino». Lesley hizo una pausa. «Julia, siento haberte involucrado en todo esto».

Julia no habló.

Lesley continuó: «Después de que pusieras el vino en el despacho de Deborah, empecé a tener dudas sobre si matarla». Su rostro se retorció de odio. «Entonces despidió a Barney delante de todos. Fue la gota que colmó el vaso. Mi plan era que Deborah y su asqueroso marido compartieran el vino en casa. Pero entonces pensé que ella podría tirar mi vino. Fui a su despacho después de la feria y le conté el éxito que había tenido. ¡Tendrías que haber visto su cara! Como si todo el éxito se debiera a ella. Me obligué a sonreír e insistí en que lo celebráramos con un vaso de vino de moras. Me serví rápidamente dos copas y la obligué a beber una. No dejé entrever ni por un momento que sabía que era mi vino».

«El posavasos», señaló Julia. «Si Deborah se hubiera servido el vino, lo habría vuelto a poner en el posavasos. Dijiste a la policía que el vino ya se había servido, así que supusieron que lo había servido Deborah».

Lesley asintió. «Tuve que mentir. Y tuve que dar un pequeño sorbo al vino para que la policía no sospechara de mí. Y funcionó». Miró hacia el otro extremo de la habitación. «Entonces las cosas empezaron a ir mal. Seth desapareció justo cuando necesitaba confiar en él, Barney no iba a recuperar nunca su trabajo e Imogen seguía siendo chantajeada».

Julia añadió: «Y tu salud empeoró. Te oí hablar por teléfono con tu médico, sé que es especialista en cáncer. Lesley, ¿tienes cáncer?».

Lesley volvió a mirar a Julia. «Lo tengo. Ésa es la razón principal que tuve para matar a Deborah, quería detener sus planes. Sabía que no tenía nada que perder. Quería ayudar a mis amigos por última vez. Sabía que la policía acabaría resolviéndolo, con tu ayuda, Julia. Por eso insistí en tenerte en mi puesto. Tenía intención de confesar pronto a la policía».

«¿Y tu hijo? ¿Qué pensará?»

Una lágrima rodó por la mejilla de Lesley. «Espero que Craig lo entienda. Le he escrito una carta explicándoselo todo. En cuanto supe que no iba a mejorar, me di cuenta de que mis planes de trasladarme a Australia nunca se harían realidad. Craig le debe la vida a Barney, tenía que hacer todo lo posible para salvar el trabajo de Barney». Se le escapó un sollozo. «Parece una razón tan ridícula para matar a alguien. Pero tienes que entender que fue una cosa tras otra».

Papá interrumpió: «Pero Barney está en la cárcel, ha confesado que mató a Deborah».

Lesley asintió. «Está asumiendo la culpa en mi nombre. Hace tiempo que sabe que yo maté a Deborah. Reconoció el vino de su mesa. Sabe que no me queda mucho tiempo de vida. Se quedará en la cárcel hasta que yo muera. Pensaba dejarle a Seth una confesión completa. No me

gusta este plan, es algo que Seth y Barney han ideado juntos. Esta mañana he intentado disuadir a Barney».

Seth golpeó el sofá con el puño. «¡Maldita sea, Julia! ¿Por qué no podías dejar esto en paz? Sabía lo que había hecho Lesley, tenía ganas de hacerle lo mismo a Deborah. Teníamos un plan preparado. A Lesley sólo le quedaban unas semanas de vida y yo iba a asegurarme de que fueran buenas semanas aquí, en mi cabaña».

Lesley suspiró. «Seth, no pasa nada. Julia hizo bien en venir aquí. No estaba contenta con su plan, lo sabes. Estoy demasiado débil para seguir discutiendo. No quiero que Barney permanezca en la cárcel ni un segundo más de lo necesario. Necesito confesar. Lo que he hecho está mal. Me consumía el odio hacia Deborah, no pensaba con claridad. Tengo que arreglarlo todo, tengo que confesar, por el bien de mi hijo».

Todo el mundo dio un respingo cuando la puerta se abrió de golpe. La Gran Bessie Maddocks gritó mientras salía disparada por la habitación y se lanzaba contra Lesley.

Sin pensar en su propia seguridad, Julia se puso en pie de un salto y se lanzó contra Bessie. Julia oyó crujir algo. El dolor le atravesó el brazo y los colores se desvanecieron de la habitación.

Capítulo 33

«No hace falta que te quedes a mirar», dijo Julia mientras le vendaban el brazo.

D I Clarke dijo: «Creo que sí. ¿Te duele mucho?».

Julia le lanzó una mirada. «No mucho, sólo es un esguince. El crujido que oí fue el de la mesa de madera de Seth. Mira, te he dado mi declaración. Y papá dio la suya. Y Seth dio la suya. Y tienes a Lesley detenida. ¿Qué más quieres?»

«Quería darte las gracias».

Julia parpadeó. Se volvió hacia la enfermera y dijo: «¿Qué potencia tienen los analgésicos que me has dado? ¿Estoy alucinando?»

D I Clarke dijo: «No voy a repetirme, ya me has oído. No estoy seguro de que hubiéramos seguido adelante con el caso, porque Barney Samson se empeñó en decir que fue él quien mató a Deborah Paignton. Incluso tenía botellas de vino de moras en casa».

Julia asintió. «Lo tenían todo planeado, Seth y Barney hacían lo que creían correcto. Lo siento por Lesley, siente verdadero remordimiento por haber matado a Deborah. ¿Qué va a pasar con ella?».

El inspector suspiró. «Hemos hablado con su médico, no le queda mucho tiempo de vida. Tomaremos todas las declaraciones, recogeremos las pruebas de su casa, pero es poco probable que el caso llegue a los tribunales. Su hijo va a venir a verla».

«Ésa va a ser una conversación difícil. ¿Y Seth y Barney? ¿Les vas a acusar de entorpecer tus pesquisas, o como quieras llamarlo?».

«Si pudiera detener a alguien por entorpecer mis pesquisas, usted, Sra. Blake, estaría permanentemente bajo llave. Ya he hablado con las autoridades sobre Seth y Barney, no tienes que preocuparte por ellos. Ahora, ¿necesitas que te lleve a casa?».

Julia miró a la enfermera y enarcó las cejas. La enfermera dijo: «Ya casi he terminado».

Julia volvió a mirar al inspector. «¿Me ofreces llevarme?»

«No, pero puedo llamarte a un taxi».

Julia negó con la cabeza. «No, gracias. Creo que mi padre vendrá a recoger a Caín de todos modos, me llevarán ellos». ¿Algo más? Siento como si te regodearas en mi dolor».

«Nunca haría tal cosa. Creo que el joven Caín ha invitado a salir a una de las enfermeras».

Julia sonrió. «¿Son chismes, inspector?».

«Cotilleos no, hechos. Me lo dijo cuando hablé con él antes. ¿Quieres presentar cargos contra

Bessie Maddocks?».

«¿Por casi aplastarme hasta la muerte? No, está bien. Ya tiene bastante con lo que lidiar. Parecía realmente disgustada cuando Seth le dijo que quería el divorcio».

«De acuerdo. Entonces te dejo. Adiós». Le hizo un gesto seco con la cabeza y se marchó.

Julia no pudo resistir la última palabra: «Hasta la próxima, D I Clarke».

Miró hacia atrás por encima del hombro. «Esperemos que no haya una próxima vez, Srta. Blake». Reanudó la marcha.

Julia se estremeció cuando la enfermera la ayudó a levantarse de la camilla. Ella también esperaba que no hubiera una próxima vez. Involucrarse en investigaciones de asesinatos se estaba convirtiendo en un hábito doloroso.